

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 278.

LA

DEPOSITO EN LA BIBLIOTECA
ATENCION DE LA BIBLIOTECA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSÉ LÁZARO**

\_\_\_\_\_  
**FEBRERO 1912**  
\_\_\_\_\_

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042



# MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

## MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

---

XXVII



### La dueña de mis delicias.

Tampoco guardé ningún resentimiento con la *tía Mariquita*; antes por el contrario, volvió a aparecer mi atracción hacia su casa, donde tanto me divertían y obsequiaban. Así, pues, no puse inconveniente, pasado algún tiempo, en dejarme llevar por *tío Periquito*.

Acababa de cumplir los cuatro años, criábame robusto; por una parte, el campo y las cabalgatas en el pío; por otra, mi propia naturaleza, fuerte desde su origen, y la influencia de las circunstancias, todo contribuía a determinar alguna precocidad física, afectiva e intelectual; así es que cualquiera me hubiera tomado como un niño de cinco años, o quizá más.

Hallándome ya en casa del *tío Periquito*, llegaron a mis oídos por primera vez las marciales vibraciones de una banda militar. Oírlo y pedir que me sacaran a la calle fue lo mismo, y acceder la familia cosa inmediata. Me tomó de la mano el criado; y, calle adelante, desembocamos en la calle Larga, por donde pasaba el regimiento, que sin duda venía de fuera, a juzgar por lo sucio y empolvado de los uniformes.

En Medina, a poco de llegar, había visto soldados sueltos y alguna guardia; pero no un regimiento con su música y su



coronel a la cabeza, los batallones compartidos por sus clases, las compañías de a cuatro en fondo, los oficiales a un lado; detrás los carros llenos de cosas varias, revueltas con algunos soldados y chiquillos que asomaban la cara entre sacos y cajones. Después infinidad de borricos, unos con oficiales viejos y comodones, otros con señoras raramente vestidas: grandes ahuecadores en los hombros y el arranque de los brazos y más grandes sombreros, entre cuyas alas, a modo de guardapolvo de calesa, quedaban ocultas e invisibles cabeza y cara; otros burros también, más traseros, cargados de excusabarajas y baúles; fijando mi atención principalmente uno de ellos, en que, encima de un gran baúl, y atada a una de sus asas por una cadena, venía sentada y caminando militarmente una señora mona.

¡Una mona! ¡La dueña de mis delicias, y a quien volvían a ver mis ojos otra vez, desde los títeres!

Pasó el regimiento entero, pasó la impedimenta larga, y todo fue perdiéndose sucesivamente en el lejano polvo de la ancha vía denominada la Polvera, y que entonces, no empedrada, éralo en realidad.

Volví a casa satisfecho del marcial espectáculo; aunque, a decir verdad, por aquel tiempo no era muy bella la marcialidad de nuestras tropas. Deformes los uniformes, con unos cuellos que disputaban el sitio a los cogotes; unos faldones que chapaleteaban las pantorrillas; vivos amarillos que, sobre un verde indistinto y oscurecido por la suciedad, daban al ropaje cierto viso a los dependientes de nuestras actuales funerarias; y unos morriones, que ni negros bacines puestos al revés.

Pasado largo rato pensaba todavía en el regimiento, en las señoras de los ahuecadores y sombreros; pero, sobre todo y muy principalmente, en la mona del baúl.

A este punto, sonaron fuertes aldabonazos en el portal: cosa extraña y desusada, porque tenía campanilla y todo el mundo llamaba con ella.

—¿Quién es?—preguntó ásperamente el criado.



Con voz más áspera, más alta y con tono imperante, contestó otra voz:

—Alojados.

El criado abrió humilde; y, boleta en mano, cruzó el dintel un asistente.

Pasó a los señores la boleta, de la cual resultaba que habían de dar alojamiento por tres días al capitán don Fulano, con su familia y asistentes.

Acatada la orden, salió el asistente y comenzaron a rebullir en la calle las pisadas de una recua de burros, que daban la vuelta como para penetrar por la puerta de labor, paso de las caballerías.

Naturalmente, mi curiosidad de niño me llevó hacia el corral, donde dicha puerta abría. Y, en efecto, a poco entró el capitán caballero en un jumento, detrás la capitana en jamugas sobre otro, detrás una criada gorda y mujer del sargento de la compañía; a pie el sargento con dos chiquillos de la mano, luego un asistente con un niño de teta en brazos, y, por último, el otro asistente de la boleta tirando de dos burros a la vez. Pero, ¡oh sorpresa!, uno de ellos con la propia mona, señora de mis deseos.

¿Quién me despedazaba a mí de tan agradable compañía? Bajó el capitán, que para capitán era harto viejo, y comenzó a andar patizambo por las agujetas. Bajaron a la señora, que se mostró más diligente, y luego a la criada. Los vi penetrar en la casa, impaciente primero, después con impaciencia y júbilo.

Los asistentes desmontaron los baúles, soltaron los burros; y al que le tocó la mona, miró alrededor como para buscar dónde atarla. Después de esta inspección, dirigióse con ella a la escalera que del corral ascendía a un corredor descubierto y cercado por un barandal de hierro, a uno de cuyos barrotes ató la cadena de la mona. Concluída la faena, bajó al corral y siguió con el compañero transportando baúles al interior de la casa.



Apenas me veo solo, subo por la escalera con los pies y las manos para llegar más pronto, me paro a cierta distancia y contemplo embebecido al animal. No me hace caso, ni siquiera me mira. Está sujeto por un cinturón de cuero que le ciñe por bajo de la barriga. Se mira hacia el ombligo y se rasca allí, cuchareteándose con la mano para arriba. Doy un paso; levanta los blancos párpados, me mira indiferente, los vuelve a bajar y se rasca en un cuadril. Doy medio; me vuelve a mirar y castañetea los dientes. Ya estoy casi en los límites de la jurisdicción de la cadena, no me atrevo a avanzar, pero inclino el cuerpo, alargo la mano, y le digo: *Mona, monina*; se endereza sobre las posaderas, hace visajes con la cara y vuelve a castañetear los dientes con más fuerza. Nada, no me atrevo a llegarme, paréceme que va a morder.

Así suspenso, entre idas y venidas del miedo y del deseo, se me ocurrió un expediente ecléctico: no tocar a la mona, pero sí desatar del barrote la cadena y tenerla en mi mano; con lo cual tomaría posesión del animal, de cierto modo indirecto. Pensado y hecho. Pero no tan pronto como el animal, dando un tirón, me hizo resbalar en el verdín del descubierta corredor, caer y arrastrarme a la escalera (porque yo no soltaba la cadena, ni por los catalanes). Mas, ¿qué le importaba al avieso animalito? Mi arrastrado cuerpo se hizo más ligero en el plano inclinado de la escalera; sufrí la rápida serie de golpes correspondientes a cada escalón, a modo de teclado, en la cabeza, la cadera y las costillas. Así, la ingrata corriendo a cuatro pies y yo rodando, en un abrir y cerrar de ojos llegamos al corral. Aunque maltrecho y atolondrado por los golpes, yo no cedía; y, más firme en el suelo empedrado, pugnaba por sujetarla y levantarme. Entonces, enfurecida, se abalanza a mí, ya medio incorporado; me agarra de los rizos y me tira un bocado, al que hurté la cara, descargando en la cabeza. Conocí mi inferioridad: yo no tenía dientes que poder oponer a los de la mona. Cedí entonces, y solté la cadena; gateó la mona no sé por dónde y perdióse por los tejados.



El mordisco no hizo más que arrancarme uno o dos bucles de los rubios y rizados que a la sazón tenía; gracias a ellos no pudo herirme el cráneo. Pero todo eso no era nada; mi grande apuro consistía en que se llegara a saber el autor de la fuga de la mona.

Entré en la casa: conocía bien sus rincones. Era grande, mucha de ella deshabitada; en una sala baja, llena de trastos de labor, allí me oculté mientras me limpiaba como pude el verdín de las ropas, me arreglaba la cabellera con los dedos y sosegaba el semblante alterado por el susto y la lucha.

No tardó mucho tiempo en volver al corral el asistente, quien comenzó a echar tacos y venablos por la desaparición de la mona. A las voces acudieron el sargento y el otro asistente: a coro empezaron a lanzar exclamaciones, cundió la alarma, salieron el capitán y la capitana, que, hechos dos furias, a cuál más increpaban y amenazaban al asistente. Sin fruto, antes bien los excitaba más, juraba y perjuraba que la había dejado bien atada. Por último, en medio de la tempestad, se le ocurrió al sargento si se habría ido por las azoteas; subieron y, en efecto, vieron a la mona saltando por los tejados, haciendo monerías. Echáronse todos a correr por los caballetes, y a la postre lograron hacerla prisionera.

En cuanto a mí, llegó la hora de comer; y aquí era ella. No podían menos de notar lo sucio de mis vestidos, como también algún cardenal en la cara y en la frente. Aunque entré recatándome, tuvieron que advertirlo, y me dijeron:

—¿Qué es eso, niño; te has caído?

Vi el cielo abierto.

—Sí, he resbalado, he caído, pero no me he hecho nada.

Alegre por haber salido del paso con una medio mentira, y tranquilo porque la mona se hallaba a buen recaudo, mi alegría y el buen apetito desenvuelto por los esfuerzos de la lucha, dejaron oculta la segunda lección que recibí de parte de una mona.

No fue, por cierto, tan sabia como la primera. Aquélla des-



perió, por lo grotesco, mi sentido estético. Pero ésta no fue menos eficaz para la vida: desarrolló en mí el sentido de la previsión; facultad, por cierto, poco frecuente en quienes nacemos en Andalucía.

Punto es éste de interés para los efectos de la educación, y conviene examinarlo.

## XXVIII

### El sol y la imprevisión.

Ya en otra parte dejamos iniciadas algunas ideas sobre la materia. Entonces observamos que ese sentido o facultad interna y superior constaba de dos elementos esenciales asociados, uno de sensibilidad y otro de razón. Por esta causa, la imprevisión puede ser de dos maneras: una, por no sentir lo futuro; otra, por carecer de la facultad de inducir. Hay quien induce bien y con claridad, sabiendo, por consiguiente, lo que debe ocurrir después de un acto; pero, como carezca de aptitud para que sea movida la sensibilidad por cosas que no actúan de presente, obra el sujeto como si tal consecuencia no hubiera de efectuarse. Está de más afirmar que quien no induce, ya por falta de esta propiedad de la inteligencia, ya por defecto educativo, aunque tenga sensibilidad, no podrá prever nada como no se le muestre por otra persona lo que debe acontecer; en cuyo caso se despierta su aptitud para sentir lo futuro y prevé, o ve con anticipación.

Ciertos estados de ánimo vivísimos y profundos despiertan la previsión en individuos que en circunstancias normales y ordinarias carecen de ella. Aparece entonces a modo de relámpago que por un momento ilumina a distancia, y al punto vuelve todo a las tinieblas. Este modo de ver antes, antever o prever, se presenta en las mujeres y es muy raro en el sexo masculino, fuera de ciertos casos de excitabilidad, como los producidos por el misticismo.



Despertóse mi previsión con motivo del movimiento de la sensibilidad por un viaje extraño, una casa extraña y las lágrimas mal reprimidas de mi madre. Con esto pude inducir de la vista de un burro con jamugas que iba a quedar huérfano de mi familia.

Con el picotazo de la cigüeña se agregó otro factor, que, en mi apetecida sociedad zoológica, me hizo andar con tiento para acercarme al caballo. Sin embargo, la facultad permanecía en mantillas hasta que la ingrata mona, cuando menos lo esperaba, con el arrastre, golpes y bocado, desenvolvió en mi inteligencia su más útil facultad.

En qué consista el poder o no poder sentir el tiempo futuro, lo conceptúo uno de esos misterios a primera vista oscurísimos y que realmente son claros como la misma luz.

He aquí la clave del enigma: la causa de no prever está en el sol.

La mucha luz deslumbra los ojos; la mucha luz, de igual manera, deslumbra la inteligencia. Después de todo, si bien se examina, por vibración obra la luz, por vibración la vista, por vibración la inteligencia.

La luz fuerte, con su fuerte vibrar, dificulta e impide percibir las vibraciones más tenues y sutiles que en dirección centrípeta vienen al punto de presente desde el pasado y el porvenir. Sucede exactamente lo mismo que cuando entramos de la calle en nuestras casas de Andalucía, donde a pesar de sus abiertos corredores y sus patios, apenas vemos y andamos a tientas en las habitaciones, que en realidad tienen luz suficiente.

Así he podido observar muy despacio multitud de individuos de mi tierra, que resultan deliciosos tipos. La generalidad, por no decir la universalidad, se refieren a este que apunto.

El C. de C., persona inteligente, culta y simpática al extremo, lo era intelectualmente de un modo prodigioso. ¿Se hablaba de amor? Pues había que oírle con la boca abierta ha-



blar del amor casto a la esposa; y los apuros, miserias, disgustos, deshonras, delitos y larga cadena de desgracias que vienen en pos del amor impuro.

¿Hablaban del juego? Pues no podría encontrarse moralista que mejor escribiera contra esa pasión. Y así de todo, en todos los terrenos. Más que un sabio intuitivo, parecía un profeta. Todo el mundo declaraba que, hablando, era el prototipo del hombre previsor y racional.

Pues bien, persona más imprevisora y calavera no la ha habido en Sevilla, desde el tiempo del Don Juan que dió origen a leyendas y dramas.

Como lo tratara íntimamente, estudié al sujeto y puedo decir que no era hipócrita ni falto de sinceridad; hablaba seriamente, con el corazón en la mano.

—Pero ¿cómo demonios, pensando usted así, hace todo lo contrario y resulta tan perdido?

—Pues no lo sé—me contestaba.—¡La desgracia, hombre, la desgracia!

—¿Qué desgracia ni qué cuatro cuartos?—Usted, de las primeras familias; usted, que ha pulverizado tres caudales; usted, que, aun en su estado de ruina, tiene hoy diez veces más que yo, aunque mañana no tendrá qué comer, ¿cómo se llama desgraciado?

Él no sabía por qué; tampoco yo, hasta más tarde, que, estudiando el asunto por mí y sobre los mismos ejemplares, presumo haberlo averiguado. Inducen, prevén a mil leguas todo cuanto se quiera; pero vibra en ellos una emoción, un sentimiento, un apetito de presente, y con tal fuerza, que no dejan sentir entonces absolutamente nada el porvenir, como si fuese un mito que el sol hubiera de salir al otro día. Al que gasta en una fruslería la única moneda que posee, suele ocurrírsele que podrán quedarse sin comer al día siguiente él y su familia; pero acto continuo se contesta a sí mismo: «¡Bah, Dios dará!»

¡Es el sol, y solamente el sol! Que así como hace pintores coloristas, hace también almaceneros de imprevisión.



Mírese por otro lado. Los pueblos calientes son todos imprevisores, así cultos como incultos, así sabios como salvajes. El sol aviva la producción. Cuando el indio se contenta con plátanos y aguardiente, con tenderse a la sombra en una hamaca, ¿qué previsión ha de sentir, si para el plátano no tiene otra cosa que hacer sino alargar la mano, para el aguardiente un agujero en el cogollo de una pita, y para la hamaca tomar las hojas de palma desfilachadas por la vejez y echar unos nudos? ¿Qué previsión ha de nacer en Andalucía, donde se mantiene mucha gente comiendo higos chumbos al pasar por los vallados, donde el campo da mejor cama que la casa la mitad del año y donde el sol suple a la leña como el oro al cobre, si hace frío? ¿Qué sevillano guarda nada para el invierno? Pero llevadlo a la montaña, donde la nieve cubre los campos y tapias las puertas de las moradas: y o morirá de hambre y frío, concluyendo con él y su raza imprevisora, o tendrá que adaptarse al medio y hacerse previsor, pues allí no ha de venir el padre Febo, caliente y luminoso, a suplir al haragán.

Pereza, laxitud, alegría, vivir vivo, no pensar, y si se piensa, curarse poco o nada del día de mañana, sentirlo todo pronto y verlo con animadísimos colores, son términos correlativos y dependientes de una misma causa: ¡el exceso de sol!

Ahora, pedagogos, si en la criatura cuya educación os estuviese confiada advirtiérais que carecía de la facultad de prever o sentir el porvenir, resultaría acertado mandarla a educar a los climas del Norte.

## XXIX

### **Pindo el Bravo.**

Como todo no puede decirse al mismo tiempo, tengo necesidad de volver algo atrás para dar a conocer a otro personaje de la mayor influencia en mi extraña educación.

La moda, esa manifestación de las determinaciones del ca-



pricho, ponía punto a la afición por los perrillos dogos, que ya quedaban relegados a las faldas de alguna vieja ama de cura. A rey muerto, rey puesto; a moda imperante, otra que la derogue. Tocó entonces a los dogos el ser derrotados por los *terriers*, perros también pequeños, negros como la mora, de patitas canela y una manchita sobre cada ojo.

El conde de Villacreces introdujo en Jerez esta raza inteligentísima, haciendo gala de sus numerosos ejemplares, enseñándoles a entender diversas órdenes en francés, en inglés, en español y otros idiomas, no sólo pronunciadas con imperio, sino en distintos tonos y hasta en secreto, al oído de los animales. Solía vender los perros conforme a su menor magnitud, juntamente con su mayor inteligencia y belleza; pero, como extraordinaria prueba de amistad, regaló uno destetado al *Caballero*.

Yo, que no había podido satisfacer en la sociedad zoológica mis instintos de posesión y de dominio, desvanecidos dramáticamente en el avefría; yo, que no era dueño del caballo, y sólo encontraba sumisión en el borrico pío, vi de repente llenos mis deseos cuando me trajeron el perrillo. Jugábamos ambos como dos criaturas, de la mañana a la noche, en el zaguán de la casa, al sol, mientras lo tomaba D. Ramón, sentado en su sillón leyendo la *Gaceta*; y ni él ni yo nos cansábamos jamás. Me obedecía a la mirada. Fue rápidamente creciendo, y resultó más fuerte y de más talla que sus hermanos. Pero, en cambio, ¡qué amor a todos los de la casa y a mí en particular! ¡Qué modo de leerme el pensamiento y qué valor! Cumplidos ocho meses, no había perro chico ni grande en la vecindad que le bajara la cabeza; y de los gatos no hay qué decir: gato visto, gato muerto. Pero se tomaba a un gato en brazos, y enseñándoselo, se le decía: «Mira, *Pindo* (que ese era el nombre de mi personaje), a este gato no se le toca;» y ya se le podía soltar en los hocicos, seguro que no había de osar hacerle daño.

Fuera muy largo el relatar todas las muestras de fidelidad



y de talento que dió *Pindo* durante los largos años de su vida. Baste decir que el perro *Paco* y otros canes célebres no se desdenarían de la historia de éste, si a hacer su historia fuese.

Mucho le quería, pero más él a mí. Mi voluntad, la suya. «No hagas tal cosa»; y así royera un hueso, lo dejaba. Cierta día, no sé por qué, me refunfuñó. Estábamos en el corral, y al verlo insubordinado (¡yo el señor, yo el amo; él mi esclavo!), monté en ira, tomé de la cuadra una vara y di al animal una paliza con toda la cólera de un déspota infantil. Y *Pindo el Bravo*, el valiente sobre todos los valientes, el que hubiera despedazado a la mona que me arrastró como un andrajo, si se hallara presente, tumbóse de barriga... y procuraba lamer la mano que con tanta sevicia le tratara. Al ver esto suspendí la furia, y me dieron ganas de llorar y volver la vara contra mí mismo. No troqué en caricias el injusto castigo, porque la autoridad no puede equivocarse y no es cosa de que pierda su prestigio; pero quedé pensativo, se hizo más profundo mi cariño a *Pindo*, y lo consideré desde entonces, no como un esclavo, sino como mi mejor amigo.

¡Cuántas vulgares reflexiones se agolpan ahora a mi mente, evocadas por este suceso! No quiero darlas a la pluma; pero debo consignar dos de ellas, por ser ambas trascendentales e influyentes en mi educación.

La primera: que desde el punto y hora en que el hombre llega a estimarse como superior a cualquiera cosa, sea animada o inerte, se constituye en tirano. Así, la doctrina que daba por dogma la superioridad Real o la del Feudo, como la del Señorío laico o eclesiástico, tenía que producir como fruto ineludible la tiranía. La simple Autoridad de nuestros tiempos, lo mismo la civil que la judicial, y más la militar y la religiosa, ya que no puede ser tiránica, muestra una decidida inclinación hacia el abuso. ¿Qué es esto? Un fenómeno semejante al que ocurre con la *delicadeza* y con el «impatismo».

La segunda no es reflexiva, en puridad, sino la resonancia más trascendental del suceso referido. Después del castigo in-



justo, por excesivo y sañudo, de mi humilde amigo, quedé muy disgustado de mí. Permanecí pensativo, y mis pensamientos eran otras tantas voces que en forma de ideas me decían:

—Has sido injusto, has sido cruel; *Pindo* es mejor que tú: Dios debía haberte hecho *Pindo*, y a *Pindo* tú.

Ya a estas fechas, entre mi madre y la *Abuelita*, y ver tanto rezar al *Abuelito*, me había hecho rezador. Sabía de memoria, además de persignarme, el Bendito, la oración al Ángel de la Guarda, el Padrenuestro y la Salve. Habíanme dicho muchas veces: «Los niños no hacen eso, que les castiga Dios.» Este temor al castigo y esas oraciones, inentendidas, dichas por hábito y de carretilla, constituían la estrecha esfera de mi Religión.

Al castigar a mi perro y conocer mi sevicia, se me vino a las mientes el recuerdo de Dios que castiga; y comparándome yo castigador con Dios castigador, resulté para mí mismo monstruosamente inhumano y digno del mayor castigo.

Lo cual quiere decir que si a los dos años o poco más tuve conciencia personal de mí, el hecho de plena conciencia moral que he referido, ligado a la primera idea práctica religiosa, ocurrió en mí con ocasión de la tunda de mi buen *Pindo*, a los cuatro años y pocos meses de edad.

### XXX

#### Juanito Juan.

Dice la gente, por intuición: «Los animales nos enseñan.»

Yo también lo decía, de rutina y sin saber su alcance; hasta que, recordando mi vida y las etapas de mi desarrollo afectivo, intelectual y moral, he venido a caer en que mis mejores maestros han salido de la Fauna.

Ahora vamos con el último. A muy poco, tomó posesión de la bodega de la casa un nuevo huésped: llamábase *Juanito Juan*. Carecía de fe de bautismo; pero respecto al nombre, no había duda: cuando se le preguntaba por su nombre, decía constan-



temente él mismo *Juanito Juan*; y muchas veces, aunque no se lo preguntaran. Además, casi todo Jerez, o cuando menos todo el barrio, desde tiempo inmemorial, por *Juanito Juan* le conocía.

Tratábase de un grande, viejo y malignísimo cuervo, dentro de cuyo cuerpo debía de habitar algún espíritu burlón y condenado. El caso es que se contaban de él, por los antiguos, cosas estupendas y maravillosas.

Formalmente se decía que las personas de mayor de edad en Jerez le conocieron ya como un cuervo hecho y derecho. Que en los principios, había vivido en una vieja tahona. Que se descuidaron una vez en cortarle a tiempo las alas, y tomó el pendingue, corriendo por el mundo, sin volver a dejarse ver durante muchos años. Que, desde que había memoria, contaba, al preguntarle su nombre: *Juanito Juan*; únicas palabras que sabía o quería pronunciar. Que, muerto ya el tahonero, y venido a edad madura un su hijo y sucesor, se presentó un día el fugitivo diciendo *Juanito Juan*, restableciéndose sin vergüenza como huésped. Que, dando en la diablura de matar moscas en los mulos del trabajo, pasó a mayores tomando la mala maña de subírseles encima y darles picotazos en las mataduras, con lo cual se armaba la sarracina de coces y boleos que se puede imaginar. Y que, con este motivo, el tahonero pensó matarlo; pero el maestro herrador de la calle de Sevilla, a quien hacía mucha gracia el pajarraco, se lo pidió al tahonero y éste se lo dió sahumado.

En efecto, en casa del herrador estuvo muchos años, y esa era ya historia positiva y contemporánea; allí lo conoció desde muchos años D. Ramón de Torres (padre) andar y revolar por delante de la tienda, y picotear los recortes de los cascos de las caballerías. Mas, al fin, cambió de dueño el establecimiento; y el nuevo herrador no llevaba con paciencia que le revoliera la espuerta de los clavos, le perdiera y escondiera muchos, así como las otras molestias de sus malignidades y diabluras.



*El Caballero* tuvo conocimiento de esos ánimos, ya por ser vecinas las calles de Piernas y de Sevilla, ya por ser el herrador el mismo de la casa; con lo que, pidiendo el cuervo, obtuvo también su cesión graciosa.

Trajéronlo y fue confinado a la bodega. La bodega había dejado de ser tan medrosa como antes para mí. El temor al dragón no había desaparecido por completo, pero dudaba ya de su existencia: nunca lo había podido columbrar, y veía entrar y salir las gentes sin reparo y sin ninguna lesión; yo mismo había entrado muchas veces cuando había arrumbadores o criados, y hasta solo, aunque con ciertos miramientos.

La estancia del pajarraco cambió las situaciones; le veía desde el enrejado de una ventana, y por la rendija de la puerta, cuando no estaba muy lejano.

Primero con el sirviente, luego sin él, pero con las necesarias precauciones y un palo en la mano, entré a ponerme a habla con *Juanito Juan*, desconfiado yo y todavía más él. Era el caso que la cigüeña y la mona me traían ciertas vacas contra aquel otro maligno animalucho, como si quisiera que me las pagase todas juntas. Él, por otra parte, o mucho me equivoqué o conocía mi intención, y aún tenía más ganas de jugar-me una mala pasada que yo de jugársela. Después de varios días de tanteos y estrategias para acercarme con disimulo y largarle un soberano palo, el pajarraco se hizo el tonto, dando cortos saltitos de medio lado, y diciendo *Juanito Juan*, hasta a poco más de una vara. Entonces me inclino más y ¡zas!, le largo el estacazo. ¡Que si quieres! Fue al aire, porque el cuervo, dando otro salto con la mayor agilidad, sin inmutarse, como haciéndome burla y sin ponerse espeluznado, dijo *Juanito Juan*.

Al verle puramente a la defensiva, decidí emprender con más resolución el ataque. Pero, no bien lo había pensado, advertí que, con la tranquilidad y calma de un maestro, era *Juanito Juan* quien se disponía a acometerme; di entonces un paso atrás, y, con el palo recogido para desplegarlo y rechazar el



ataque, me fuí declarando en retirada y gané la puerta del corral.

A la verdad, quedé mohino. ¡Burlarse así de mí un cuervo con las alas cortadas! Y, lo que era aún peor, ¡sentirme y conocer de un modo claro que, a emprender la lucha, había de ser derrotado por el avechucho! Hurtaba los trancazos con la mayor facilidad, y con la misma podía impunemente desbarrarme las narices de un picotazo. Con esto aguzaba la inteligencia, fraguando nuevos planes de combate, cuando se me ocurrió una idea peregrina:

—¡Pindo!

*Pindo* acude saltando; con mi perro y mi palo, entro en la bodega a combatir con las armas de la caballería y la infantería. No bien entramos, cuando *Pindo* y *Juanito Juan* estaban ya al cabo de la calle: el perro empezó a mirar belicoso, amenazador y alegre al pajarraco, mientras yo me adelantaba decidido; y *Juanito Juan* tan quieto. Ya a distancia proporcionada *Pindo* y yo, acometemos, él furioso y yo seguro del triunfo. A punto de caer el cuervo entre los dientes de mi perro y bajo la descarga de mi palo, de un revuelo se pone sobre una bota de la segunda hilada, y con sorna irritante grita:

—*Juanito Juan*.

Esta vez, siquiera, aunque burlado, quedo dueño del campo: no fui yo, auxiliado de mi *Pindo el Bravo*, quien tuvo que declararse en retirada.

## XXXI

### Para maestros, los benditos frailes.

—El niño no sabe nada; ya es tiempo de que siquiera aprenda la doctrina y a conocer las letras. ¿Qué dirá su padre, si se lo mandáramos hecho un borriquito?

Esto decía D. Ramón a su señora, hallándonos todos a la mesa.



—Tiene razón papá—añadió *El Caballero*.

—A la *amiga* no va—replicó la señora;—allí no aprende nada y el niño se entristece.

—No—agregó *El Caballero*;—pero ya debe ir á la escuela.

—¿Y a qué escuela?—preguntó Joaquín.

—Pues, a la de Santo Domingo, que es la más cercana—contestó D. Ramón.

Al siguiente lunes, el criado me llevó a la escuela.

Todavía permanece enhiesto el convento de Santo Domingo en Jerez. La iglesia y el porche del convento, como estaban entonces están hoy. La iglesia nada tiene que ver con el relato.

El porche sí; dará idea de una escuela de entonces.

De las escuelas que pasaban por mejores: las de los benditos frailes.

El porche es un patio descubierto, empedrado, ancho, corto. Da hoy al paseo llamado de Isabel II; entonces, a una plazuela que unos llamaban de San Juan de Letrán y otros de Santo Domingo, sin duda porque ambas iglesias, frente a frente, se disputaban el nombre de la vía pública. Desde ella, por un portalón muy grande entrábase en el porche; una vez dentro, a los pocos pasos, por una escalera de ladrillos estrecha se podía subir a un extenso granero, bajo de techo, casi oscuro, dividido en dos andenes por pilares gruesos y arcos de mampostería.

El granero, ahogado e imponente, oscuro y triste, era *la Escuela*.

He aquí el mobiliario: hileras de bancas y bancos negros, como las filas de una compañía. Las bancas, con barrotes de madera en su borde posterior, del que pendían marcos con muestras de escritura; en la tabla inclinada superior, tantos agujeros como muestras, ocupados por un sombrerete de plomo que sirve de tintero. En los bancos correspondientes a las bancas, muchachos de todas cataduras, sentados allí pegando codo con codo.



Dando frente a la masa escolar, una mesa vieja, de herraje, con un tintero grande de piedra en forma de cubo, del que sobresalían grandes plumas de ave. Detrás de la mesa, un sillón grande, cuadrado, con asiento de vaqueta y anchos brazos de tabla.

El maestro dejó el sillón (ya estaría hablado por D. Ramón), y adelantóse a recibirme. No me dijo una palabra: me señaló un banco sin banca, aislado, que estaba a la derecha de su mesa.

El aspecto de aquel señor no podía ser más singular. Si entonces, con mis escasas facultades, me hubieran pedido que diese idea de él, habría puesto un queso de bola sobre un barril encima de un banquillo de tijera: o tomando una bellota, haciendo en ella un surco con los dientes por bajo de su cabeza y mordiéndole la punta, la enseñaría en pie sobre la palma de la mano. Hoy, que puedo hacer el dibujo menos rudamente, digo que era un hombre capaz de poner espanto en cualquiera criatura.

Mediano de cuerpo, parecía bajo por su desmesurada anchura. No era gordo, sino anchísimo de membrudo y robusto; cabeza y cara esférica, en un todo contraria al óvalo simpático andaluz. Era de color blanco, limpio y sonrosado, lo cual contrastaba más con lo negro de sus ojos y cejas y lo recio de sus barbas, que, por muy afeitadas, daban un tinte plumizo a todo el territorio correspondiente. Pero lo que hacía más extraño era el afeitado de la cabeza y del cogote, juntamente con el cerco de pelo negro que la separaba de la cara.

No vestía en la escuela el hábito de la orden, que pudiera hacerle más simpático, sino unos calzones negros, cortados a la rodilla, zapatos y medias de color negro, chaleco cerrado hasta el corto pescuezo y un a modo de chaquetón con aldetas, también negros.

Aquel hombre imponente, en su lugar podría estar muy bien. Había nacido para mayoral de una diligencia propia: ninguna cuadrilla de ladrones se hubiera atrevido a darle el



alto. Sin disfraz su cabeza y con sus patillas al natural, quizá resultaría un hombre hermoso por su estructura viril y poderosa.

Yo no me lo explicaba, pero me senté en el banco temblando. Más me eché a temblar cuando advertí sobre la mesa una vara terciada, como las de la cuadra de mi casa.

De allí a un rato se levantó, dirigiéndose a la primera fila de bancas; fue inclinándose por detrás sobre cada chiquillo, uno tras otro, como examinando la labor que hacían. Pasaba tras de algunos, y no les decía nada. Pero, a otro le cogía la mano con mal modo, para que enderezara la pluma; a otro le reñía y a otro le soltaba un cogotazo que, a flojo que fuese, con aquella mano poderosa, le hacía dar con las narices en la banca. Así recorrió todas las filas, y volvióse a su asiento.

—¡Los de la primera decuria!—dijo con voz alta e imperiosa.

A la voz, ocho o diez muchachos de los más espigados se levantaron como por resorte, viniendo a formar un semicírculo delante de la mesa. El primero de la derecha sacó un libro de la cartera que llevaba colgada, y se puso a leer.

A los cinco minutos dijo el maestro: «A otro.» Y el lector pasó el libro al muchacho de su izquierda. Leyó también un rato, repitiéndose el «A otro.» Y así sucesivamente; pero no tan en paz continuó la tanda. Con frecuencia, decía el maestro a los lectores: «¿Qué, qué? ¡Lée eso otra vez!» El chico volvía atrás, leyendo de nuevo. «¿Qué, qué? ¡Vuelve a leerlo con cuidado!» gritaba el fraile, con tono y ceño amenazadores. El discípulo, turbado, leía ya mascullando. Al llegar a la palabra mal leída, echando el preceptor mano al bolsillo, sacaba un manojito de cordeles, o sean disciplinas, con que (a descansar arriero) cruzaba dos o tres veces al alumno.

Mi temor estaba ya explicado: ¡me lo decía el corazón!

No era esto lo peor del caso para mí, sino que al pegar gritaba: «¡Bruto, animal; ahí no dice eso, sino esto!» Y como yo veía que, desde la primera vuelta a leer, el chico ponía sus



cinco sentidos, y que si se equivocaba, no era por mala voluntad, sacaba la consecuencia de que, sentado en mi banco, estaba como el tocino para echarlo en sal.

En situación tan grata pasé hasta que dieron las doce, a cuya primera campanada todos los chicos se pusieron de pie, y con voz alta y tono desagradable se pusieron a gritar:

—«¡Benditooo... y alabadoo... seaaa... el Santísimooo...!»

Volví a casa, y me preguntaron:

—¿Qué tal, te gusta ir a la escuela?

No me atreví a contestar.

—Los primeros días—dijo D. Ramón—todos los niños sienten ir a la escuela, pero luego se acostumbran.

Afortunadamente, la familia comía a las dos, hora en que volvía a abrirse la escuela.

Como concluimos de comer a las tres, se puso a discusión si me llevarían a aquella hora. Pero la *abuelita* cortó por medio, diciendo con su natural energía:

—De ningún modo; para primer día, basta.

Al otro, recibí la agradabilísima sorpresa de que era día de no sé qué santo, y por consiguiente no había escuela. ¡Santo bendito, que Dios te lo pague! Desde entonces adquirí furor por los días de los Santos, y, aunque no había pocos en el Almanaque, a dejarme a mí los hubiera centuplicado.

Pero llegó el miércoles, y ¡al granero!; o, lo que es igual, ¡a la escuela!

En la cárcel he estado yo cuando grandecito, y digo la verdad formalmente: es muy preferible estar en ella que ir a una escuela de esa especie.

Aquel día encontré igual el aspecto de las cosas. Pero ocurrieron algunas variantes: al corregir las planas menudearon más los pescozones, y aun salieron a zumbiar las disciplinas sobre varias espaldas, con acompañamiento de palabras dulces, como animal, torpe, bruto y otras semejantes.

Luego de concluir la faena, y sentado en su sillón, dió la voz de «¡Segunda decuria!», apareciendo al punto una tanda



de muchachos menores que los del día anterior; y, descomponiendo la línea, uno de entre ellos, de bastante más edad y estatura, casi un zangón.

—Diga usted la lección—mandó al primero de la derecha.

Y éste, con una canturía especial y empalagosa, de que aún se recogen ecos en las malas escuelas, que por desgracia todavía abundan, comenzó de corrido a contestar: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos...» «Basta, al otro»—dijo el preceptor.—El segundo de la decuria prosiguió: «Son sustantivos... (y comenzó á vacilar), son sustantivos...» El maestro se puso en pie, echando mano a las disciplinas, en cuyo momento el alumno tomó la cosa desde el principio, diciendo con gran precipitación: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos los de personas o cosas, verbigracia, Juan, mesa...» El maestro volvió a sentarse, y dijo: «¡Otro!» El otro era precisamente el zangón de quien dejó hecha referencia. Salió turbado, repitiendo: «Verbigracia, Juan, mesa, mesas...» El maestro se puso en pie. «Mesa, ¿qué sigue? ¡Borríco!—exclamó muy destemplado.—Y el zangón: «Verbigracia, Juan, mesa...», sin acertar a seguir la taravilla.

Entonces el fraile empuñó la vara, y desde el mismo sitio donde se hallaba se la asestó silbando. El muchacho, más por instinto que por falta de sumisión al castigo, hurtó el cuerpo, con lo que el golpe falló el blanco. ¡Nunca hubiera sucedido! ¡Ni que al fraile le hubieran puesto fuego con una mecha! Salta echando chispas por los ojos; vara en mano, se abalanza sobre la víctima; del primer crujido la derriba en tierra; y allí, entre los denuestos y espumarajos del uno, los gritos del otro a cada varazo y sus contorsiones de dolor, en el silencio de la clase, más silencioso que el de los cementerios, resaltaba el escándalo cual mancha de roja sangre en lienzo blanco.

Yo, sentadito en mi banquillo, no temblaba ya: el pavor me tenía inerte, como al pájaro ante la boca de la culebra; y cuando de puro sofocado, no rendido, el fraile se volvió a su



asiento y pude reponerme, eché a rezar y encomendarme a la Virgen.

Continuó el número siguiente balbuceando de carretilla, con tropiezos frecuentes y otros tantos apóstrofes del maestro; hasta que quiso Dios que concluyera el último de la decuria. Volvieron a sus bancos respectivos, y sonó la voz de mando:

—¡A corregir!

Acto continuo se situó un pequeño delante de la mesa, alargando la plana al profesor; miróla y no dijo nada. Otro chico reemplazó al primero, y así sucesivamente.

A unos les reñía, a otros los dejaba pasar después de ver la plana. Al uno le echaba un tachón sobre lo escrito y le mandaba hincarse de rodillas; al otro le echaba dos, y «De rodillas con los brazos en cruz.» A éste le echaba tres, y le decía: «Hínquese en cruz, y usted se queda encerrado en la clase para tener escrita otra plana cuando yo vuelva por la tarde.» A aquél le echaba cuatro, y decía: «¡Al calabozo!» El zangón del vapuleo aparecía con un manojo de llaves, y se llevaba al niño castigado por la puerta de la escalera.

Dieron las doce, se rezó el *Bendito*, y los alumnos salimos, unos solos, otros en busca de sus criados o parientes que esperaban al pie de la escalera. En mitad de la misma pregunté a un niño mayorcito:

—Ese niño a quien pegó el padre con una vara, ¿no tiene papá?

Y el interpelado me contestó con la mayor inocencia:

—¡Si el padre es su tío!

Después, siempre he observado que los parientes cercanos son poco a propósito para enseñar a las criaturas; o pecan por debilidad y parcialidad con ellos, o se excitan y se impacientan con sus torpezas hasta el furor y la sevicia.

Aquel día me dieron de comer solo. No pasé más bocado que el indispensable para no disgustar a la *abuelita*, y a las dos me volvieron a la escuela.

Temblando más que nunca me senté en el banquito, espe-



rando a que llegase mi vez para sufrir alguno de los numerosos castigos que había visto repartir. El maestro no reparó en mi persona ni me dijo nada.

—¡La tabla de sumar!

A esta voz se volvieron de espaldas a las bancas y de cara al maestro, de pie todos los niños, y comenzaron esta canturía: «Uno y uno, dos; uno y dos, tres», y así sucesivamente. Terminado el rezo de sumar, gritó el maestro:

—¡La tabla de restar!

Y, con el mismo sonsonete, rompió el coro: «Uno menos uno, cero; dos menos uno, uno; tres menos uno, dos», etc.

—¡La tabla de multiplicar!

Con el sonsonete me quedé dormido, despertando luego con el otro sonsonete de tono distinto, aunque no menos desapacible y empalagoso, del:

—¡Benditooo... y alabadoo... seaaa...!

El día siguiente era jueves; no hubo escuela, sin embargo de lo cual estuve profundamente disgustado y triste, pensando en el inmediato día.

En efecto, el viernes me llevaron, y el maestro, encarándose conmigo, me dirigió por primera vez la palabra:

—¿Traes la cartilla?

Muy asombrado, me toqué los bolsillos de los calzones, como si debiera estar en ellos y hubiese cometido la primera falta.

—¡Responde! ¿No has traído la cartilla?

—No, señor—le contesté, temblando.

—¡No se dice «no, señor»; se contesta «no, Padre»!—me dijo con tono de reprensión.—¡Dile a tu gente que no te mande sin cartilla!

Como siguiese en pie, cual una estatua, «¡Siéntate!», me dijo; y volví a respirar.

La mañana y la tarde de aquel viernes compartiéronse entre planas, cogotazos y corregir; dar la cartilla a los más chiquitines, que tampoco escaparon sin algún coscorrón (término



común de los frecuentes ataques de impaciencia que sufría el Padre); dar la doctrina en coro y alta voz, con su correspondiente canturía.

Dije a la *Abuelita* que el Padre me había pedido la cartilla; y aquella misma tarde, cuando volví de la escuela, salió conmigo y me la compró; además, una cartera de badana, larga y angosta, con una correa para colgarla de los hombros al costado.

La cartilla y la cartera las sentía como el reo que ve la hoga con que le van a ajusticiar; aquella noche la pasé en capilla. Sin embargo, me dormí (porque, ¿qué pena es capaz de vencer al sueño de una criatura?); pero me dormí rezando cuantas oraciones sabía, para que me librara la Virgen de las iras del Padre.

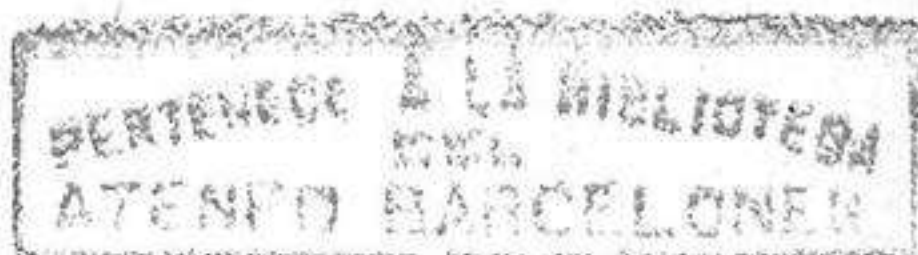
Por la mañana, al despertar, sentí gran pena de ver el nuevo día. Solíame ya vestir y desnudar solo o con muy poca ayuda. Pero no me levanté: me hice el remolón, por si así pasaba la hora y dejaba de ir a la temible escuela.

En esto, siento rumor de caballerías en la calle; a poco, el tilín de la campanilla. Abren, y suena una voz:

—¡Mi hijo!

Era la voz de mi bendita madre.

## XXXII



### Reaparecen mis padres.

Apenas calmada la algazara de besos, abrazos y voces de todos los miembros de ambas familias, exclamó *El Caballero*:

—¡Pero, Pepe! ¿Cómo has venido tan de sorpresa, sin escribirnos ni avisarnos?

—Pues, muy sencillo. Ayer, a las dos de la tarde, se recibió en Morón la noticia del cese de Malvar, y me dije: «¿Cesa Malvar?, pues cesa mi destierro.» Encargué a ésta (indicando a mi madre): «Haz los baúles, que esta tarde salimos para Je-



rez; hace luna, y en este tiempo se viaja mejor de noche.» Salí en busca de arrieros... y aquí me tienes.

—¡Hombre, que siempre has de ser así! ¿No consideras que si cesa el Intendente, otro le sustituye y no quedan destruidas ni la Autoridad ni la sentencia?

—¡Pues, ya veremos!—contestó mi padre, y prosiguió diciendo:

—El alma de allí es el viejo abogado Sancho, más absolutista que el mismo Calomarde. Como compañero, me ha guardado algunas consideraciones. Pero, sobre que el Guardián de San Francisco que me vigilaba no hubiera consentido que yo ejerciese, al primer pedimento ¡adiós las consideraciones de Sancho! Y yo no puedo seguir sin ganar un cuarto.

—Es verdad—observó D. Ramón (padre)—Pero de todos modos, si nos hubieras escrito antes, habríamos dado algunos pasos, tanteado el terreno, y visto si podías venir sin peligro. Cuando ahora, lo probable es que tu presencia provoque un escándalo, te metan en la cárcel y te sienten la mano.

—¿Dar pasos previos? ¡Nada peor!—repuso mi padre, con viveza.—Es evidente que las autoridades hubieran dicho que *no*, en redondo; mientras que, ya en el Puerto, harán la vista gorda. Allí tengo parientes y amigos, de todos colores; y los absolutistas, si me tienen ojeriza por las ideas, no pueden prescindir de sus relaciones de toda la vida.

—En eso tienes razón—afirmó doña Ana.—Pero, el niño me lo dejan aquí hasta que os establezcáis y veamos lo que pasa.

—¡Hasta ahí no, mi señora doña Ana!—exclamó mi madre, saltándosele las lágrimas al ver que mi padre hacía un gesto de conformidad.—Yo les estoy a ustedes agradecida con el alma por lo que han hecho y por lo que quieren a mi hijo; pero, ¡he sufrido tanto, separada de él! Comprendan ustedes mi pena, por el disgusto que tienen en dejarlo.

Como la verdad y el sentimiento íntimo se imponen, no insistieron. Sólo añadió la *Abuelita*, con vehemencia:



—Pero le dejarán venir conmigo algunas temporadas.

—Sí, sí—dijo mi padre;—cuantas ustedes quieran.

Conformes todos con el trato, se pasó a otro asunto.

—¿Y qué te vas a hacer en el Puerto? ¿Tienes casa?—interrogó *El Caballero*.

—Allá veremos; por el pronto, iremos con mi suegra.

Mi padre, como se habrá advertido, era un andaluz por todos lados; pero más por dentro que por fuera, a causa de su exterior distinguido y su pronunciación fina y sin ceceo.

Dicho y hecho. Pagó a los arrieros, salió a la calle, buscó a otros para que transportaran los baúles, maletas y colchones al Puerto, y se dirigió a la posada de San Dionisio, donde sabía haber un coche para alquilar por asientos.

Llegado, topó en el patio con el posadero. Entonces cada oficio daba al hombre su tipo particular. No sucedía lo que ahora, que apenas se diferencian por el exterior más que los militares y los curas. Un posadero era un posadero; un sastre, no un hombre como otro cualquiera, sino un sastre; y lo mismo un peluquero, un labrador, etc. Sería necesario ser muy torpe, para confundir a un posadero de entonces con un mayoral o con un mozo de la posada.

—¿Tiene usted tres asientos en un coche para el Puerto?

—Precisamente, caballero, hace quince días que tengo pedido un asiento por un padre Capuchino, que necesita ir al convento del Puerto y no ha podido hacer el viaje por no haberse presentado nadie a pedir los tres asientos que faltaban.

—Pues, entonces, avísele; y, si está conforme, yo desearía salir mañana mismo. A oraciones, volveré por la razón.

—Pues, conforme. ¿Sabe usted el precio?

—¿Cuánto?

—Un duro por asiento.

—Vayan los tres duros.

Volvió mi padre gozoso, y refirió todas las diligencias que había practicado, la fortuna de encontrar un coche por asientos, lo módico del ajuste y la desconfianza del posadero.



A la sazón, ni se soñaban los ferrocarriles; quizá no estuviese hecho aún el de Liverpool a Manchester, el primero de que tuve conocimiento.

Viajar en coche era cosa exclusiva y hacedera para los potentados que lo poseían propio. En alguna capital de primer orden o ciudad como Jerez era raro encontrarlo de alquiler; y si no podía alquilarse por completo, era preciso esperar una o más semanas, como el padre Capuchino.

Por aquel rincón de España, lo corriente las calesas; pero dicho vehículo, ya fósil, era propio para las grímpolas y demasiado peligroso para viajar con criaturas.

A las diez del día siguiente, a la puerta de la posada de San Dionisio, entrábamos en la gran caja de un antiguo coche de sopandas: mi madre con la niña en brazos; el Capuchino, que, por su venerable aspecto, sus maneras distinguidas y hermosa barba negra, debía de ser un personaje de la orden; y mi padre, conmigo. Colocaron a mi madre en el testero a la derecha, el Capuchino a la izquierda, mi padre en frente, con el niño y la niña pequeña.

El mayoral tendió el látigo, y tomó la dirección del Puerto por el camino del Portal.

### XXXIII

#### **La escuela de los frailes.**

Mientras se prosigue el viaje, volvamos con el pensamiento a Jerez, que se alejaba lentamente a causa del mal estado del camino, carretero por entonces.

No he de llevarlo hacia el lado de mis sentidas emociones: pasen en silencio, por cuanto que no importan al lector ni a mi propósito.

*La Escuela de los Frailes*: esto, ya perdido en el tiempo pasado, es lo que conviene revelar; y no por estímulo de vengan-



za, sino para que sirva de ejemplo (y no vago) en el presente y de enseñanza en el porvenir.

La escuela puede dividirse en tres partes: el edificio, el maestro y los discípulos.

De la escuela edificio queda relatado lo de más: ¡un granero! No resulta muy apropiado que digamos. Bóveda baja, que achanta el espíritu; arcos y pilares anchos, que pesan y comprimen; luz escasa y baja, que alumbra las piernas y deja a oscuras las cabezas... no me parece que resulta la construcción más adecuada al caso. Aquellos frailes de Santo Domingo eran ricos, bastante para haber dispuesto un local menos impropio; pero, sobre que tales cosas, aunque ya escritas por ilustres pedagogos de fuera y dentro de España, lo eran en libros que olían a chamusquina y que no debían tenerse en cuenta en los conventos, para ser escuela de éstos no resultaba mala. No seamos egoístas. El convento tenía su escuela para hacer frailecitos, que es lo justo. Si admitía niños indistintamente, era porque no salían tonsurados del vientre de sus madres; pero si los escolares no iban para frailes, para frailes debían ir, y cometían una especie de burla al justo propósito de la institución. Mirado así el asunto, bajo su verdadero aspecto, el granero resultaba que ni de molde.

El maestro... Mucho tiempo le guardé enemiga; y, a poder, hubiéralo metido con el cuervo en un saco atado por el cuello, y lo hubiera echado al río. Después, poco a poco ha venido a ser una de las personas que me han inspirado mayor lástima.

Tenía cerca de cuarenta años. Aquella amplitud hercúlea de cavidades, aquellos brazos y piernas cortos y musculosos, aquel pelo recio y negro como el azabache, contrastando con el color blanco rosado de su rostro, estaban declarando un Aquiles de los campos andaluces, metido y oprimido contra naturaleza en la cogulla y por los claustros del convento. Y a ese sér, como una caldera de vapor de mil caballos con las válvulas cerradas, ¡se le pone a doctrinar chiquillos!

Yo, por fortuna, me libré de él. Pero ¿cómo el infeliz habrá



podido librarse de sí mismo? El caso es que no puede echársele la culpa al Prior. ¿Qué podía saber el buen Padre de estas cosas, si hoy, que se saben, tampoco se tienen en cuenta para nada? Me atrevería a apostar que al ver a aquel fraile tan riñoso, no le pareció apto para el púlpito, ni menos para el confesonario; y que, con santo acuerdo, lo mandó a que hiciese ejercicios de paciencia bregando con chiquillos.

No quisiera maliciar; pero, de todos modos, esa malicia es la que casi me hace hoy simpático el recuerdo del Padre. Aquella contestación inocente del chicuelo, inocentemente entendida por mí entonces—«¡Si el padre es su tío!»—punto de maliciosa interpretación después, es exacta. Digo que aquel hombre era un hombre bueno y excelente en su medula, convertido en fiero y brutal por el absurdo medio en que vivía.

Mi sospecha se ha fundado en un hecho de observación: en el modo más sañudo y feroz de pegar a su sobrino. Si, en efecto, era sobrino, el fraile sería un malvado; pero si era hijo, el fraile sería un corazón hermoso que brotaba sangre y dolor por invisibles heridas.

Los caracteres fuertes son más dados a los raptos con las personas muy queridas que con las indiferentes o extrañas. Obsérvese a la mujer celosa que araña a su amado, la madre que se enfurece con su hijo más querido. Poned este raptos en un padre exaltado por la imposibilidad de serlo socialmente, en un organismo tan brioso y en un maestro como los de su tiempo (llevaban por lema pedagógico *La letra con sangre entra*), y quedará todo explicado.

Muchas veces me he detenido a pensar en el forzoso celibato del sacerdocio. A primera vista me pareció siempre absurdo y ocasionado a la inmoralidad. Cien sacerdotes castos no dan ejemplo de nada; uno que deje de serlo escandaliza y desmoraliza más que cincuenta laicos libertinos.

Mirando más a fondo, se echa de ver que el sacerdocio tiene que ejercer ciertas funciones incompatibles con la vida de familia: las misiones y otras. También hacen gran fuerza va-



rias razones históricas: la evitación de la casta sacerdotal, peligro el más grave para las sociedades y para el progreso; la necesidad imperiosa que, en la Edad Media, tuvo la Iglesia de reforzar su elemento militante.

Variados los tiempos, sin que pretenda enmendar la plana a quien sabe más, columbro que podrá llegar el día en que esto del celibato eclesiástico sea capaz de sufrir alguna modificación. El párroco, el sacerdote sedentario, casado podría estar mejor que con el ama, con hijos mejor que con ahijados y sobrinos. El que tuviese perfecto dominio sobre la carne podría permanecer soltero, así como aquel a quien su espíritu le llevase a las misiones o a la vida de penitencia, de sacrificio y de pobreza.

También me parece vislumbrar que han de sufrir cambio otras cosas: la pobreza, por ejemplo. Eso de ser pobre, viviendo de limosna, me parece duro; porque es cargar con la necesidad de su sostenimiento a otros pobres que trabajan. En vez de esto, sería muy loable llevar al espíritu de comunidad religiosa (como ya se inició) a sanear comarcas insalubres, con menosprecio de la vida; repoblar yermos; restaurar campos estériles por el abono, el riego, las labores, el avenamiento, etcétera; y hecho esto, repartirlo entre los trabajadores de buena conducta que les hubiesen ayudado, para seguir la comunidad en la pobreza y proseguir su santa obra en otra parte.

Tengo fe en que, modificada la condición del celibato y con pocas variantes en la dirección de las sociedades religiosas, se llegaría muy pronto a la Iglesia universal. Las diferentes sectas protestantes han de sentir, cada día con mayor fuerza, el vacío de autoridad, que más que en ninguna esfera se siente en los últimos límites del espíritu. El Pontificado no se funda ya en el Poder temporal y exiguo de un reinecillo, y contrasta, en unos tiempos como los presentes, verlo acatado por reyes y emperadores, árbitro de sus litigios. ¿Cuál otro ha de ser el centro religioso y moral del porvenir?

Pero volvamos al fraile.

E. M.—*Febrero 1912.*



Digo que este y otros, no frailes, me han demostrado que los célibes no pueden ni deben dedicarse a la enseñanza de la niñez y de la juventud. Creo firmemente que la Ley debe prohibirlo.

El célibe, sacerdote o seglar, es continente o incontinente. Si lo segundo, mal dechado. Cese el error de que sólo se enseña por el oído: se enseña por todos los sentidos y potencias, desde la punta de los dedos hasta la punta de los cabellos, y desde el sentimiento del amor hasta el sentimiento de matar y destruir. Pero nada se enseña que resulte útil si no se le pone el sello del ejemplo.

Y si es continente, no resulta menor su ineptitud. El continente vive en lucha interior hasta entrada la vejez; para serlo, tiene que convertirse en rígido y severo consigo mismo. Esto, juntamente con cierto desabrimiento y como tristeza interior que se experimenta, aboca a la irascibilidad y quita al sujeto toda aptitud para sufrir a las criaturas, haciendo su trato para con ellas antipático y seco.

También enseña el fraile que, si para ser soldado se exige talla, anchura y otros requisitos, no se comprende que, para ser maestro, sólo se exija haber cursado ciertos estudios. Para maestros se deben desechar todos los contrahechos y ridículos, los excesivamente duros de fisonomía y forma, los neurópatas, impresionables e impacientes. Si ellos equivocaron su vocación, el Estado debe decirles que no va por ahí su camino.

Y vamos a los muchachos de la escuela. En ellos hay muy poco que observar, o, por mejor decir, observé muy poco entonces. Más chicos o más grandes, mejor o peor vestidos, unos rubios y otros pelinegros. Pero, a la verdad, resalta que éramos todos así como una masa de punición.

¡Cuánto castigo en tan breves días! ¡Denuestos, riñas, voces amenazadoras, pescozones, penitencias (hincados de rodillas y en cruz), disciplinazos, sobas con vara arrieril, pérdida de comidas, calabozo oscuro! ¿Qué más puede inventarse para hacer de la escuela un purgatorio?



Resumen: ¿qué aprendí allí? Aprendí a odiar la escuela con horror, con terror; a tener miedo de los frailes.

¿Y nada más?

¡Ah, sí! De rezar por mera rutina, a rezar con el corazón para pedir misericordia; a tomar a la Virgen como abogada; a ver un milagro suyo en la inesperada venida de mi madre.

## XXXIV

### Cádiz en 1832.

Lo corrido del siglo: eso llevaba, por lo menos, de adelantada la cultura de Cádiz sobre el resto de la Península el año treinta y dos.

Y se comprende bien. Acababa de ser el puerto comercial más importante de España. Ni Barcelona ni Bilbao podían comparársele. Frecuentada por las marinas de guerra y mercantes de todas las naciones, visitada diariamente por extranjeros, habitada por muchos comerciantes genoveses, austriacos, ingleses y franceses, la ciudad gaditana ofrecía un carácter de cultura y buenas formas que contrastaba con la rudeza del resto del país. Agréguese a causas tan poderosas la circunstancia de haberse reunido en ella, con motivo de sus Cortes del 12 y del 23, lo más granado, sabio y culto de la nación.

Pero su zona de cultura era muy limitada. Fuera de Cádiz y la Isla, ya en el Puerto de Santa María, en Puerto Real y en Sanlúcar se debilitaba, y más allá se extinguía por completo. La divisoria era tan marcada, que a los jerezanos y vecinos de los restantes pueblos se les conocía con el nombre de *gansos*: gansos de Jerez, de Rota, de Medina, etc.

Aun siendo el Puerto de los más privilegiados bajo el aspecto de la cultura, bueno será que demos una idea del verdadero estado de ella; y no por relato más o menos amañado, sino por lo que resulta de la vida íntima de las personas que se movían a mi alrededor.



## XXXV

**En el Puerto de Santa María.**

Llegados al Puerto, el padre capuchino se bajó en La Victoria, próximo al convento de su nombre. Nosotros continuamos hasta la calle de la Nevería, apeándonos ante un portal oscuro de una casa de la acera de la derecha.

Esa casa era la de mi abuela materna, o por mejor decir, de su tía doña Francisca Gil. Véase la casa y entablaremos después relaciones con la familia.

Abierto el portón, tirando de un cordelillo que por el zaguán levantaba el picaporte, entramos en un patio enchinado y limpio, si no lo afeara un caño descubierto que, siguiendo el zaguán, corría a morir en otro caño mayor que iba por la calle.

El patio, cerrado por sus cuatro frentes, en cada uno ofrecía una puerta: la de entrada, que pasamos; la frontera, al lado opuesto, y en los muros de izquierda y derecha otra puerta, respectivamente, y una ventana de reja a uno y otro lado de ellas. El patio carecía de corredores y arriates: la planta baja sólo.

Doña Francisca se redujo a vivir en el lado o pabellón de la izquierda, y nos dió posesión del de la derecha.

Para vivienda interina y gratuita, no resultaba mal: una sala grande, con la puerta de entrada y una ventana; una alcoba cuadrada, espaciosa, alta de techo y su ventana de reja con la correspondiente celosía, dando vista a la calle; otra alcoba espaciosa, con la segunda ventana del patio; y cocina, despensa y fregadero en una pieza, en el centro o fondo del pabellón.

Mobiliario: sillas del Norte, bordeando la sala, pegadas a la pared; en su lienzo mayor, una cómoda barrigona, de caoba con incrustaciones de madera amarilla, bocallaves y tira-



dores de metal; sobre la cómoda, un tintero triangular, de barro vidriado, y dos candelabros de lo mismo con un a modo de león por pie. Las alcobas, una cama de caoba en cada una, también con incrustaciones amarillas; cúbrenlas viejas colchas de damasco; agréguese cuatro sillas bajas del Norte, y queda hecho el inventario.

El departamento de doña Francisca era igual, con leves variantes de amueblado. La sala, con una cómoda gemela de la descrita; encima, un conejito de yeso, que a cualquier movimiento subía y bajaba la cabeza; a los lados, dos vasos grandes, de vidrio antiguo con flores pintadas en el mismo, y flores naturales metidas por los cabos en su capacidad; las serias filas de sillas del Norte; en el esterado suelo, al centro, un brasero de cobre (sin fuego) y su badila, embutido en un gran ruedo de caoba negra claveteado de metal. Las alcobas, con dos y tres camas; en la cabecera de una, un crucifijo de metal; al lado, una pililla de vidrio antiguo, para el agua bendita, y un rosario de cuentas gordas.

La modesta morada, sin embargo, tenía un no sé qué de tranquilo y digno que me fue simpático.

Quizá por eso mi curiosidad se dirigió hacia la persona que vi más en consonancia con aquélla.

Conocí por primera vez a mi abuela, colorada, fresca y algo gorda; a mi tía Dolores, preciosísima niña de doce años, hermana de mi madre. Vi a Santiago, mozalbete de quince a diez y seis años, que estuvo con nosotros una temporada en Medina; y volví a ver a mi hermana mayor.

La que me impresionó más, como he dicho, fue la tía doña Francisca. Y lo extraño del caso consiste en que su persona no presentaba nada de particular. Eso sí, era muy vieja: había cumplido ochenta años; no estaba encorvada y caduca; pero tampoco tiesa, ni aun menos espetada. Mediana de cuerpo, fisonomía tranquila, regular, ni agradable ni desagradable. Enjuta sin ser flaca, entre blanca y morena, pelo negro, escaso, con pocas canas. Ni hizo extremos al vernos, ni nos reci-



bió groseramente, sino con sencillez natural. Vestía saya negra, corpiño de igual tela y color, y un pañuelo negro con franja blanca al cuello, muy ceñido a éste con un alfiler.

Mi abuela materna era viuda de un maestro de música, procedente de la antiquísima escuela de canto, la primera quizá del mundo: el Monasterio de Monserrat. Muy estimado en el Puerto, paró en la cárcel cuando cayó el *Sistema* el 23: así llamaban por aquel entonces al período constitucional. Si liberal y patriota, no era el músico hombre de armas tomar, antes dulce y morigerado; lo cual no bastó para que del primer empuje dieran con él en prisiones, enfermando del susto y muriendo a consecuencia.

La viuda, con dos hijas y un hijo, fue amparada por su tía Francisca (o doña Francisca, como ella se hacía llamar por todos los extraños, sin consentir el apeo más que a la familia). Vivía con su hermano Sebastián, soltero como ésta y aún más viejo, pues había cumplido *cuatro duros y una peseta*.

Sebastián conservaba también todos sus sentidos y potencias, sin doblegarse a la edad; era alto y proporcionalmente grueso; vestía chaqueta y sombrero redondo; sólo el día del Corpus variaba de uniforme, sacando un levitón y un descomunal sombrero de copa, que su hermana guardaba cuidadosamente.

Vivían en paz y muy tranquilos con doce reales diarios, producto de tres casas heredadas de sus padres, y las cuales, a los cuarenta años habían dado en vitalicio para quitarse de cuidado; fué cláusula, además, que habían de vivir en una de ellas hasta la muerte de ambos hermanos (la de la calle de San Bartolomé).

Sólo podía advertirse entre ellos alguna contrariedad, pero mansa, apenas perceptible: cierta cosa en la hermana, porque Sebastián no quería salir del chaquetón. Los domingos, principalmente, al ir a misa,

—Pareces un *tío*—le decía.

Fuera de esto, siempre se la veía tranquila como un vaso



de agua. Sin embargo, recuerdo otra excepción. Tenía una sobrina, prima de mi abuela, y a quien dábamos el nombre de *Antonia la larga*: en efecto, era alta, delgada y desmañada. Con gran frecuencia solía ir a casa de la tía.

—¿A qué vienes aquí?—le preguntaba.

—Pues, ya lo sabrá usted, a ver si me da alguna cosita.

—Siempre lo mismo, siempre pedigüeñeando; si tu abuelo resucitara y te viera tan zarrapastrosa, se volvía a morir de vergüenza.

—¡Como *semos* tan *probes*!

—«¡*Semos, probes!*» Has perdido hasta el modo de hablar; se puede ser pobre y vivir con decencia; pero te casaste (a pesar de todos) con el primer tío del campo que se te puso en el moño, y te has vuelto tan tía como él. ¡Toma y vete!

Le alargaba una peseta, tercera parte de su renta, y terminaba con eso el coloquio.

Doña Francisca iba a misa primera todas las mañanas. No tenía visitas ni relaciones: por no recibir visitas, ni aun de frailes; bien es verdad que para éstos las hacía excusadas la circunstancia del vitalicio.

Con sus tres pesetas (eso sí, limpias de polvo y paja) y con su casita para morar mientras viviese, no sólo era feliz, sino que cubría multitud de atenciones benéficas. Tenía recogida a su sobrina Dolores y a sus dos hijos; todos los sábados repartía diez ochavos entre otros tantos mendigos que acudían al portal de la casa, y diariamente tres, lo menos, al salir de la iglesia. Mandaba decir su misita de a dos reales una vez al mes, por el alma de sus padres, y hacía otras limosnas a las ánimas benditas.

Cierto que la vida era entonces más barata, y que el dinero valía más; pero el milagro resultaba del orden.

A las doce, la sopa humeante de pan o de fideos amarillos; después, en un gran plato sevillano a modo de lebrillete se volcaba el puchero, compuesto de fríjoles, garbanzos y verduras del tiempo, ya coles, ya acelgas, tagarninas o calabaza



y judías verdes. En medio, por lo regular, formaban una pirámide la carne de vaca o de carnero, el tocino y los pedacitos de chorizo y de morcilla. Con esto se llenaba el estómago satisfactoriamente, ayudando la digestión un vaso de agua pura, unas aceitunas aliñadas, alguno que otro higo y hasta un trocito de queso.

Por la tarde, a los niños nos regalaban con merienda, consistente en frutas y un cantero de pan.

A las ocho en invierno y a las nueve en verano, la cena: un guiso de patatas, con algunos fragmentos de carne, y ensalada; a veces, ensalada y pescado frito.

Pues bien, tal alimentación, vestidos y calzados, y socorros a vivos y muertos, todo salía sin dificultad ninguna del vitalicio, administrado por las manos de doña Francisca.

No sabía leer, ni tampoco escribir; sus hermanos, mucho menos; mi abuela, ídem per ídem. Mi madre sí, por milagro del amor, y véase cómo.

Ni su madre ni su abuela quisieron que aprendiese. Decían que esto era muy bonito, pero que había de tener el peligro de los novios cuando anduviera el tiempo; y, para evitar cartitas, las mujeres no debían saber leer ni escribir.

Pero, cátrate que huyendo del perejil les dió en la frente. Mi padre, de estudiante, vió a mi madre y quedó perdido de enamorado. Enamorado debía quedar, cuando mis abuelos paternos se alarmaron; y, para apagar el fuego, pusieron tierra por medio trasladándose a Jerez.

Aun así, nada consiguieron. Cursando en Sevilla, a la menor ocasión, diez días de rabona, un caballo alquilado o prestado por cualquier amigo, y ¡zas! al Puerto, callandito. ¿Vacaciones en Jerez? Pues, ya todos recogidos y dormidos, del balcón a los hierros de la ventana, de la ventana a la calle y trota que trota al Puerto, para regresar a Jerez; y vuelta, de la reja al balcón, del balcón al dormitorio, para que lo encontraran en la cama.

No andaban menos avizores doña Francisca y la abuela: al



portón, llave y cerrojo; nada de cordelillo al picaporte; persianas clavadas; hojas de ventana, cerradas con candado.

Véase un procedimiento original de pedagogía, y que no se le pudiera ocurrir al más pintado. Y, sin embargo, es lo cierto que por él y sin otro maestro aprendió a leer regularmente en un mes o poco más mi madre; y aprendió a escribir, del modo que luego se verá.

Para leer, tomó un catecismo de doctrina y preguntó dónde estaban la Salve y el Padrenuestro, a la primera criatura que sabiendo leer le deparó el acaso. Acto seguido, se puso a mirar la primera letra de la primera palabra, luego la segunda y todas las sucesivas; y ella, haciendo su composición de lugar, decía: «*Pa-dre*, la primera sílaba es *Pa*, la segunda es *dre*; con la punta de la tijera rayaba en el revés de una puerta, y como podía, una *P* y una *d* como las de imprenta. Luego venía «*nues-tro*» y decía para sí: la primera es la *nues*, la segunda *tro*, y rayaba en la puerta *n*, *t*. De este modo, cavila que cavila y dale que le das, con un lápiz escondido en el seno y una hoja de papel cualquiera, comparando palabras escritas en cartitas de mi padre con las del Padrenuestro y de la Salve, que sabía de memoria, pudo leerlas y llegar a contestarlas.

El tío Sebastián no sabía leer, por otra causa: no tuvo vocación de cura ni de militar, y fuera de ambos casos, para nada hacía falta. Antes por el contrario, si se pertenecía a la clase de heredados propietarios, era un título honroso el no saber escribir: muestra de no pender del trabajo personal, de ser independiente, de vivir de lo suyo y ser un caballero. He aquí, también, la explicación de que a doña Francisca no le gustara ver de chaquetón a su hermano.

Del sobrino Sebastián miraban como una desgracia que supiera leer y escribir; pero se resignaban al verle de aprendiz de procurador, ya que no teniendo qué heredar no le quedaba otro remedio.

Curioseando los cajones de la panzuda cómoda, descubrí



unas telas llamativas. Como estaba cerca mi abuelita, le pregunté qué significaban aquellas casullas.

—No son casullas, son trajes del papá y de la mamá de tía Francisca—dijo.

Y para saciar mi curiosidad, sacó a luz: unas enaguas, rameadas de oro y seda, que se tenían de pie; unos corpiños, tan ricos o más; una casaca grana, bordada en colores, y bastantes encajes.

—¿Eran obispos?—pregunté.

—No, niño, eran un caballero y su mujer: D. Sebastián Gil de Gragea, última familia conocida de los que quitaron el Puerto a los moros (1).

Entonces no comprendí aún qué es lo que tenía para mí la tía Francisca, quien, sin poseer nada ni hacerme extremos, me inspiraba un respeto simpático y agradable. Pasado mucho tiempo, he venido a caer en que sentía en ella el tipo (ya perdido) de la antigua mujer española, sencilla, ignorante, ordenada, limosnera, modesta y de un vivo sentir la propia dignidad como legado de familia. Cosa ya rarísima la última; pues, por lo común, en las demás gentes de aquel tiempo y del actual, no la he vuelto a ver sino bajo el aspecto de su caricatura, por el lado de la vanidad o de la soberbia.

## XXXVI

### «¡Yo no quiero ir a la escuela!»

Había entrado en los cinco años. No cabía apelación: el purgatorio abría sus puertas para darme entrada.

Antes de encontrar mi padre casa ni trabajo, fué a hacer-

---

(1) De aquel tiempo de la reconquista por Don Alonso el Sabio, sólo he podido encontrar leves vestigios: la imagen de la Virgen de los Milagros, que se conserva en la Iglesia Mayor; pequeños trozos de lienzos en los muros del Castillo; un chapitel, dos arcos y el balaustre principal (de madera) de la escalera de la casa arruinada de la calle de la Misericordia, donde estuvo el teatro.



nos una visita mi padrino. Era un comandante, retirado joven por casarse en el Puerto con una señora acaudalada. Amigos y casados unos y otros, mis padres fueron padrinos del primer hijo, y ellos lo fueron míos.

Apenas me había sentado sobre sus piernas y dádome unos cachetitos, cuando exclamó:

—¡Cáscaras, y qué crecido está mi ahijado! Ya debe de andar en los cinco años. Es preciso que lo lleven a la escuela: yo me encargo de su educación; quiero tener ese gusto. El compadre no piensa en nada; cuando venga, díganle que me vea.

En efecto, mi padre había salido.

Escuché la sentencia como puede suponerse; y, apenas se retiró el padrino, me eché en brazos de mi madre rogándola que no me mandase a la escuela. Como no la viese conforme con mis deseos, lloré. Mi madre, sin decir sí ni no, procuraba tranquilizarme.

—No temas, allí van muchos niños como tú y juegan. El maestro les regala muchos dulces y estampitas; tú verás cuántas cosas te enseña y lo bien que lo pasas.

Cálculese el efecto que me harían sus palabras, a mí que escapé milagrosamente del granero de Santo Domingo. Claro está: el llanto pasó a rabieta.

Con mis padres, no me creía en el deber de reprimirme. La escuela era horrorosa; como tal la sentía, declarando mi aversión.

A los dos o tres días, cuando yo esperaba que se hubiese olvidado el asunto, mi padre me tomó de la mano.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A la escuela.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—dije, demudado.

—Es preciso, hijo mío, ya tienes edad.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—repetí llorando y tirando para desprenderme de su mano.

—No hay más remedio, hijo—replicó sujetándome.



—¡Yo no quiero ir a la escuela!—y me tiré al suelo.

Mi padre me tomó en brazos, sin hacer caso; o por mejor decir, violentándose poco menos que yo. A pesar de mis gritos y protestas, dió conmigo en una accesoria de la misma calle de la Nevería, esquina a la de Palacios; donde, con puerta de calle a la vía pública, se hallaba establecida la escuela de don Diego Choquet.

Saliónos éste al paso, haciendo genuflexiones y afectando finura. Yo no cesaba de llorar y patear, mientras mi padre y el maestro se entendían: la cosa era clara, que llevaban un torito al matadero.

Hecha la entrega en forma, procuró mi padre desasirse y retirarse. Pero, ¡aquí fué ella! Me agarro a sus piernas, y por poco no le tumbo. Mi padre queriéndose despegar, el maestro tirando de mí con buenos modos, yo chillando y forcejeando, no sé si formábamos un cuadro patético o ridículo. Venció, como siempre, la fuerza cuando no la autoridad, y quedé prisionero.

Retirado mi padre de la escuela, cogiéndome de un bracito el maestro, con más energía y menos amabilidad, me llevó al puesto vacío de una banca; y en el banco correspondiente me sentó, haciéndome dar una culada. Advertí con esto que alborreaban los procedimientos del Fraile; y tuve que reprimirme lloriqueando bajo, haciendo pucheros y limpiándome las lágrimas con los puños.

No hice más, ni recuerdo más de las tres horas que debió durar la clase.

A las doce, el ayo de la escuela puso en fila de a dos a todos los chiquillos, y se disponía a partir con nosotros; pero el maestro, reparando en mí, vió que tenía la cara horribilmente tiznada y llena de churretes. En efecto, sentado delante de una banca de escritura, manchada de tinta luengos años, mis puños, chorreando lágrimas y refrescando la tinta, se habían convertido en dos brochas con las cuales me puse como nuevo. Entonces el maestro, sacando su pañuelo moquero, comenzó a



restregarme; y, no siendo suficiente, le echó varias salivitas, consiguiendo algo más con tan singular jabonadura.

Una vez *limpio* así, la escuela en pleno, con el ayo detrás, se puso en marcha. Como mi casa era la más próxima, me dejaron en el zaguán, y la escuela siguió su procesión.

Mi pobre madre, al verme tan churretosó y sofocado, do-lióse de mí. Por la tarde, al oír la voz de un chico que gritó en el portón, *Fulanito de Tal*, contestó mi madre:

—Está malito.

Pero, al día siguiente no hubo tu tía: a la voz del chicuelo, mal de mi grado, tuve que incorporarme a la escuela, tomar puesto en la fila y, llegando a la clase, ocupar mi sitio.

## XXXVII

### Una escuela particular.

La escuela, instalada en una accesoria, esquina a las calles de Palacios y la Nevería, según dejamos relatado, guardaba en su interior la misma forma angular de las fachadas, esto es: una crujía en paralelógramo a una calle; otra crujía igual a la segunda calle, y ambas continuas por el vértice de su intersección. Al muro de la Nevería, dos ventanas con reja; al de Palacios, la puerta acristalada de ingreso y otra ventana enrejada; todas, con sus respectivas vidrieras. Al testero de la crujía de la Nevería, una puertecilla cerrando un cuarto oscuro: en él un mal excusado, consistente en una tabla horizontal perforada por un gran agujero, a la altura proporcionada para adultos; el resto de dicho cuarto quedaba libre, para una tinaja de agua con tapadera de pino, sobre la que descansaba un jarro de lata abollado y mohoso.

Esto y no más constituía la escuela. Respecto a iluminación, mejor que el granero del convento, en virtud de las tres ventanas y la puerta de calle; en cuanto al aire, peor que



aquél, ya por estar en planta baja, ya por tener cerradas las vidrieras, ya por la fétida boca del retrete, que, sin válvulas ni otro aparato aislador, unificaba el ambiente de la escuela con el de la letrina.

Muebles, los ya consabidos: bancas corridas y sus bancos correspondientes; pero no en hileras, sino bordeando las paredes. La mesa del Profesor hallábase en el testero de Palacios, puesta sobre una tarima y cercada por una baranda de madera. El sillón, tosco: espaldar de costillas, brazos de palo y asiento de anea. En el testero de San Bartolomé, entre la puerta del cuarto oscuro y el rincón, la mesa del ayo, vieja, con una pata rota atada con bramante; detrás una silla, más vieja aún y desfondada, supliendo esta falta las tapas de un diccionario desencuadernado. En las paredes, cartones con silabarios, máximas de urbanidad y cortesía, un cuadrito con la estampa de San Casiano (puesto encima de la silla del ayo), y otro cuadro de mejor ver, con un cristal que protegía a un escudo heráldico con múltiples cuarteles, pintado en una hoja de papel marquilla.

La población escolar, varía en edades y cataduras, desde el zangón de diez y seis años hasta el párvulo de cuatro; niños regularmente vestidos, unos; sucios y mal calzados, otros. Era *Escuela* particular, quiere decir, no de patronato ni convento; por aquel entonces, en Andalucía, era excepcional que las hubiese a cargo de los Municipios.

Pasado bastante rato de estar quietecito en mi asiento, extendió el ayo su larga mano flaca hacia mi dirección, y recogéndola hacia sí, entendí que me llamaba.

—Caballerito—me dijo,—¿sabe usted las letras?

Le contesté que no, quitándome bastante miedo el oirme llamar caballerito y darme tratamiento de usted; cosa a que no estaba acostumbrado, y menos por el Fraile, cuyas palabras aún me hacían retintín en los oídos.

—¿Trae la cartilla?

—No, señor.



—No se dice «no, señor»; se dice «no, Padre». Diga a su gente que se la compre.

Cuando le hube contestado, tomó una cartilla refregándose un ojo; y haciéndome acercarme mucho entre sus piernas, para lo cual hizo girar la silla, me señaló la primera letra con la púa rota de una peineta de cuerno, que le servía de puntero. Al señalar así, yo dije:

—Jesús María.

Corrigióme él, diciendo *A*; dió un saltito chico con la púa, y recordé que debía decir *E*; otro saltito, y dije *I*; al otro, *O*, y luego *U*.

—Pues, caballero, conoce usted las vocales.

Nada de eso: yo hube de recordar la taravilla de la amiga *Jesús María, A, E, I, O, U*, pero nada más, y ni por pienso el relacionar estos sonidos con sus signos.

—Bien, bien; ahora al revés. ¿Cómo se llama ésta?

—Jesús María.

El ayo, fijando bien el puntero sobre la letra donde lo tenía puesto, bajó la cabeza y volvió a refregar el ojo por la cartilla, diciendo:

—No, caballero, ésta es la *U*. ¿Y ésta?

Yo no supe qué decirle.

—Pues esta redondita es la *O*. Vamos a ver, vamos a ver: ¿qué letra es ésta?—señalando la primera.

—*A*.

—Muy bien. ¿Y ésta?

—*E*.

—No, no; mírela bien.

—*U*.

—No; esta letra en forma de palito es la *I*. ¿Y esta redondita?

—La *O*.

—Muy bien, muy bien, caballero. A ver si me las trae usted aprendidas para mañana.

Decididamente, el pobre ayo aquél se captó mis simpatías;



no me había llamado «¡bruto!» ni dado un simple coscorrón. Y eso que su proximidad era bien ingrata, por el empalagoso olor que despedía a carne vieja y ropa sucia.

Así, cuando, dadas las doce y rezado el *Bendito*, se formó la escuela para repartir los niños, tuve un malísimo rato al salir a la calle, a causa de que un par de rapazuelos, desde la opuesta esquina, comenzaron a abuchear al ayo con las siguientes voces:

—¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco! ¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco.

Lo mismo, sobre poco más o menos, que a mi inolvidable amigo el *tío Mejía*.

Desgraciadamente, era verdad: el ayo así se llamaba, don José Vivanco; y no era menos verdad que le faltaba un ojo, y que por efecto de un ataque cerebral antiguo, arrastraba la pierna izquierda, y tenía zopos el brazo y la mano del mismo lado.

Con esto y su vestimenta, resultaba una desdicha andando, muy a propósito para que los chiquillos de mala educación se metiesen con él.

Alto, lo hacía más su delgadez famélica. En la cabeza, un abollado sombrero de copa alta. En la cara, una cuenca vacía; el otro ojo, saltón; cuenca y ojo cubiertos por gafas de ancha armadura de hierro y dos cristales como culos de vaso; nariz larga, y más delgada que larga; boca algo torcida, por la parálisis.

Cuello: representado por alto corbatín, que fue de terciopelo en sus principios; y que, perdiendo el pelo, quedó terso de mugre.

Levita no mejor parada, abrochada hasta el corbatín para ocultar ausencias de chaleco y defectos de camisas. Pantalón lustrina, salpicado de manchas y lamparones: pernils cicateros y deshilachados por abajo. Botas viejas, remendadas y rotas, completaban el hato del infeliz.

Su biografía, aunque contaría más de cincuenta años, no



resultaba larga. Nació de un comerciante de los más acaudalados, cuando Cádiz era emporio del comercio. Los Ingleses le apresaron un barco de su propiedad, cargado por su cuenta, y le hicieron quebrar. El hijo, educado para caballero, muerto el padre, no encontró dónde meter la cabeza; y así, dando tumbos y luchando con el hambre, se fué al Puerto para ampararse de una sobrina casi tan pobre como él, casada con un empleado del Ayuntamiento, que gozaba de un sueldo de ocho duros mensuales. Con la sobrina encontró habitación en un zaquizamí; y hasta cama, de dos banquillos y tres tablas, donde ponerse horizontal; pero comida, vestido, calzado y ropa limpia, Dios lo dé.

Al fin se condolió la Providencia, deparándole el cargo de ayo de niños en la escuela de D. Diego, por el estipendio de treinta reales que mensualmente debía abonarle; pero que, en efecto, *debía*, porque a duras penas si le pagaba un mes y seguía debiéndole los restantes.

No eran solamente las miserias físicas las que los rapazuelos le echaban en cara, sino que también, con motivo del alto corbatín, ajustado con una hebilla hacia el cogote, le gritaban los muy malignos:

—*Don Pepito, ¿y la pringada?*

Contestando ellos mismos, con voz diferente:

—*En el corbatín la llevo guardada.*



### XXXVIII

#### **Silabeo y palotes, insultos y pescozones.**

Al mes, conocía los abecedarios, minúsculo y mayúsculo. Empléé dos meses en aprender a deletrear, porque no podía entrar en la cabeza que *f* y *a* sonaran *fa*, sino *efea*; pero, al fin, con paciencia, D. José Vivanco me enseñó a pronunciar las letras asociadas contra las leyes intuitivas de la lógica infantil.

No ocurrieron tan rápidos progresos sin despertar en mí

E. M.—*Febrero 1912.*



sér alguna inclinación torcida, algo de burla y superchería, mezclada de malicia, y su dosis de mentiroso. Por ejemplo:

Poníame a deletrear en un cartón que decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta*», etc. Como el ayo era casi ciego, y como yo, de oír esa retahila en alta voz a otros chicuelos, había aprendido de memoria tan extraña jerigonza, sin pararme a mirar puntero ni cartel, apenas comenzaba el silabeo, sin prestar atención ni mirar a lo apuntado, decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta sa-ya ra-ga-za.*» Y el ayo exclamaba: «Muy bien, muy bien, caballerito.»

A tal altura ya de progreso, dió principio otra enseñanza más dura, penosa y peligrosa para mí (entré en ella bajo la fé-rula, más temible, del maestro D. Diego Choquet): hacer *palotes*.

¡Ahí es nada, hacer palotes! No recuerdo ninguna cosa que me haya costado más trabajos y disgustos.

En un papel pautado horizontal y diagonalmente, el maestro rayó cuatro ó seis palotes con una pluma de ganso, que, con cierto desgaire y muchas circunstancias, cortó *ad hoc* en mi presencia. Hecha la muestra en el primer renglón, me colocó la pluma entre los dedos, recitándome un discurso muy prolijo, del cual no entendí maldita la palabra. Mas, como me lo dirigía a quemarropa, todo lo que pude hacer fue mirar a la cara del maestro, sin pestañear y con tanta boca abierta. Recuerdo algo de falange y de índice y pulgar y dedo corazón; esto lo recuerdo, más que por el discurso, porque, tiempo andando, aquella misma perorata sobre el modo de tomar la pluma nos la hizo aprender de memoria en un libreo impreso, que contenía otras cosas parecidas y no menos útiles por cierto.

Cogióme la mano derecha, metiéndome la pluma entre los dedos, y a seguida me enderezó otra oración amena sobre el modo de colocar el papel (sujeto con la mano izquierda), la colocación de cara, cuello, hombros y no sé cuántas cosas más. Y como nada de esto fuera observado por mí, comenzó a darme estirones, ya del pescuezo, ya del brazo, ya del tronco, primero con suaves y después con bruscas maneras, hasta de-



jarme convertido en un garrote, de puro rígido (pues bien se dejará ver que mi deseo de conservar las posiciones en que me colocaba poníame tieso y envarado); con lo cual el maestro se desesperó, y gracias que por esa vez limitó su desahogo llamándome «¡torpe, bruto y animal!»

Ya solo, y algo repuesto del susto, mojé la pluma y pugué por hacer algún palote; pero, en vez de raya, salió de la pluma un goterón y solté un chapón mayúsculo. Al notar mi congoja el párvulo de al lado, cogió mi plana y pegó un lametón sobre la mancha, con lo cual desapareció lo negro, aunque creció lo húmedo y tiznado.

Con esto, proseguí mi labor, cuidando mucho de sacudir la pluma; pero, al ponerla en el papel, como húmedo que estaba, se corrió la tinta y mucho de lo lamido volvió a ponerse negro. Así, entre mortales angustias y conatos frustrados, llegó la hora terrible de enseñar las planas. Tocóme el turno y fui temblando con la mía, cual reo que llevara el proceso de su condenación. El maestro se redujo a mirarme con enojo, hacer una piña de la plana y tirarla al suelo. Viendo que no decía nada y que otro chicuelo me seguía a la espalda, me retiré mohino y me senté en mi banco.

Sobre poco más o menos, así pasaron varios días, en lo que respecta a la escritura. Cada vez que venía D. Diego para enseñarme a coger la pluma, poner el papel y colocar el cuerpo, me quedaba más agarrotado, rígido y entorpecido de movimiento; la impaciencia del preceptor se acentuaba, y sobre sus frases halagüeñas intercalaba algún tirón de orejas y alguno que otro pescozón.

Con esto, mi susceptibilidad *impática* trocó en altiva mi naturaleza; muy altiva de por sí para tan corta edad, comenzó a sufrir una metamorfosis horrible. De nada servían mis protestas contra la escuela, ni mis lágrimas en el seno de la familia. De nada servía mi voluntad; tuve que reducirme a devorar en silencio aquella tiranía, sin sentir otro consuelo que reconcentrar mi odio al maestro y a la escuela, alimentando



en mi interior el deseo de venganza, aplazada para cuando fuese mayor y contara con las fuerzas suficientes.

¡Oh, qué educación tan apropiada para hacer de un buen niño un hombre criminal! Si al fin no lo he sido, atribúyase a la divina misericordia.

Y pues ya hemos entrado en relación con el maestro, será oportuno darlo a conocer.

Otro desgraciado, como el fraile, como D. José Vivanco; no menos digno de lástima, y cuya memoria más me mueve a compasión que a respeto, pero de ninguna suerte a odio ni malquerencia.

D. Diego Choquet era por entonces un hombre de cuarenta años de edad, bajo de estatura y fino de complexión; rubio color de lino, blanco y con chapetas rojas en las mejillas, escaso de barba y bien afeitado; limpio y raído en el vestir, a puro cuidar la ropa y el sombrero. En la escuela quitábase la levita para no deteriorarla, vistiendo un casaquín de lienzo crudo con mangas sobrepuestas de percal negro, para no rozar los codos ni mancharse.

Su fuerte era el pendolismo: hacía una redondilla que aventajaba a la impresa en las muestras; una gallarda, que ni con un compás; una inglesa, que parecía litografiada; y unos rasgos, lazos y garambainas que le enamoraban de sí mismo como Narciso en la imagen de la fuente.

Su otro fuerte era la urbanidad y cortesía; entendiendo por tales el hacer muchas genuflexiones y cumplimientos a los padres y tratar con gran crudeza, severidad e injusticia a los chicuelos, haciéndoles en cambio aprender de memoria un libejo empalagoso y necio que se titulaba *Libro de urbanidad y cortesía*.

Era casado, malavenido con su familia y con su suerte. Tenía un hijo en la escuela, ya zangón, al que trató con gran severidad hasta los diez y seis años, y con punible indulgencia desde dicha edad en adelante.

Detestaba su oficio de maestro de instrucción primaria;



para el cual, lejos de vocación, sentía antivocación y tedio. A grandes voces y casi diariamente maldecía de su estado.

El escudo de colorines que tenía a la cabecera era su único consuelo. Nos lo enseñaba con soberbia, y desde que los chicos escribían planas de pauta séptima (o sea, de dos rayas estrechas paralelas) les hacía suscribirlas de este modo:

*Hecha por Fulanito de Tal, discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.*

### XXXIX

#### Una víctima de Trafalgar.

En efecto, D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, era hijo de un Alférez de Navío que murió en el combate de Trafalgar, y está de más la prueba si sería linajudo.

Creo difícil dar idea, ni aun remota, de la vanidad nobiliaria de aquellos tiempos. Quizá porque la aristocracia de sangre veía su ruina con el nacimiento de la clase media, forzaba hasta la caricatura su presuntuosidad *impatuosa*. Pero ni los que ostentaban títulos de Castilla, ni sus segundones (más vanidosos aún) podían compararse en este punto a la oficialidad de la Marina de guerra.

Desde Trafalgar, quedó arruinado el Cuerpo naval. El Gobierno, en sus apuros, escatimó los gastos, lo mismo para el material que para el personal. Pasáronse años sin dar una paga, y la miseria de los oficiales llegó al colmo. Brigadieres de Marina, con sus entorchados en la bocamanga, alargaban la mano, a las puertas de las iglesias, para mendigar una limosna. Los más honrados se deslizaban si podían por los almacenes del Arsenal, para hurtar con disimulo un pedazo de cobre o una herramienta o cualquiera cosa que poder vender para aplacar el hambre. Los propietarios de las palaciegas ca-



sas de la Isla de San Fernando, no pudiendo cobrar la renta, las dejaban arruinarse; luego arrancaban y vendían como hierro viejo los herrajes de puertas y ventanas.

Tanto abatimiento, tanta miseria y desolación, venían a recaer en una clase para cuyo ingreso era necesario hacer rigurosas pruebas de nobleza. Tales circunstancias, irritadas con el desdoro de la pobreza, exageraban hasta el delirio todas las formas de la vanidad.

Don Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, quedó huérfano muy niño. Viuda su madre, no volvió a ver una moneda del Estado; y en la estrechez no hizo poco con mandar al hijo a la escuela para que aprendiese a leer, escribir y las cuatro reglas de aritmética. Con tan escasa instrucción, logró distinguirse como pendolista.

Criado en la sociedad de gente famélica, pero bien educada y de alta jerarquía, ostentaba buenos modales, algo exagerados y afectados, por lo mismo también que con ellos pretendía dar a entender *quién es Calleja*.

Pero, al cabo, así como a D. José Vivanco lo arrojó la miseria a ser ayo, igualmente el hambre arrojó a D. Diego Choquet a ser maestro de escuela. Desdichas vivientes ambos, víctimas el uno de la presa de los Ingleses, el otro de la rota de Trafalgar.

## XL

### Nelson me da palmetazos.

No recuerdo el sinnúmero de meses que me chupé haciendo palotes, mas no he olvidado los castigos que por ellos sufrí. Sin tomar en cuenta las frases duras, los empellones y tirones de orejas, pasarían de cincuenta los *plantones*, otra suma igual de *estar de rodillas* y sus quince a veinte docenas de *palmetas*.

A decir verdad, comparativamente, no tenía derecho a



quejarme, pues no era de los peor, sino de los mejor librados.

Bajo tal aspecto, no dejaba de atemperarse el Sr. D. Diego a cierta justicia distributiva, fundada en una particular clasificación, a saber: niños que no pagaban, niños que pagaban mal y niños que pagaban corriente. Los honorarios variaban, de 20 a 40 reales mensuales.

Los de 20 debían llevar las plumas y el papel para las planas; además, todos los sábados un cuarto por el consumo de agua. Los que por pobreza o informalidad de los padres no pagaban, eran cuerpo enojoso; y el mal humor del maestro, no teniendo contrapeso, descargaba en toda su amplitud. Un tanto se retenía con los que al fin algo aliviaban las necesidades del maestro, y bastante más con los de paga saneada.

¡Qué pocos debían de ser, a juzgar por las estrecheces de D. Diego!

La escuela bien le saldría por tres duros mensuales de arrendamiento; cuatro o cinco, a lo más, la casa reservada de él y su familia; treinta reales el ayo y quince una criadilla. El presupuesto de tinta, plumas y papel no lo calculo; pero el de vestidos y alimentos no debía de ser muy largo, al menos por lo que desde la escuela se podía observar.

Comer nunca le vi, pero sí almorzar. A las diez en punto de la mañana traía diariamente el almuerzo a la escuela una criadilla mal hateada y poco limpia. Venía la refacción en una servilleta atada por los cuatro picos. Puesta sobre la mesa del maestro, éste desataba los nudos, la extendía cuidadosamente a modo de abreviado mantel y ordenaba el contenido, consistente en una cafetera de hojalata, una taza y un plato vidriado de Valencia, una cucharilla de peltre, un papelillo de estraza envolviendo una onza de azúcar moreno; y en rebanadas fritas, medio quarterón de pan, o sea la octava parte de una hogaza.

D. Diego, con gran calma y con cierta fruición, vertía de la cafetera el chorro, no de café, sino de un té *nominal*, en la cuenca de la taza; le agregaba su cucharadita de azúcar, y



comenzaba a mojar allí y a roer de seguida, uno en pos de otro, sus picatostes. Concluídos, acababa por sorberse el infuso restante; y, por último, sonaba la cafetera, por si en su interior hubiese quedado algún remanente no desaprovecharlo. Una vez todo consumido, se limpiaba prolijo los labios con una punta de la servilleta, colocaba en el seno de ésta los trebejos y... a la criada, que salía con ellos tan campante.

¡Y que para esto muriese un Alférez de Navío en Trafalgar!

Por mi parte, le perdono las gruesas de palmetazos que me endilgó a cuenta de los palotes. Al recibirlos, ¡quién me había de decir que, no D. Diego, sino Nelson me los daba! A lo menos, éste tenía la mayor parte de la culpa.

A juzgar por la analogía, la comida debía de correr parejas; y ahora, con estos precedentes, cualquier lector podrá colegir el buen humor y temple de ánimo del maestro para llevar con paciencia la enojosa ocupación de educar niños.

Mas es el caso, que yo entonces no podía penetrar esas profundidades; que sólo experimentaba los efectos del maltrato y de la injusticia, a cuyo influjo, no solamente se fue depravando mi condición moral, sino que también sufrió retraso y hasta retroceso la parte intelectual.

Inducido a la idea de que el deber estribaba en copiar *palotes*, *puntillos* e *itulfis*, y en repetir como una cotorra la doctrina y las máximas de urbanidad y cortesía, al sentirme inhábil para ello y muy inferior a la generalidad de los otros niños, me convencí de mi torpeza, perdí gran parte de mis condiciones reflexivas y cesé en el hábito de preguntar. ¿Cómo preguntar, si diariamente me llamaban torpe y bruto? Era preciso, cuando menos, disimular brutalidad e ignorancia, no declararlas preguntando lo que no sabía; antes bien, convenía disimular y buscar trazas para dar a entender que estaba muy al cabo de todas las cosas.



## XLI

**Un encarguito a Puerto Real.**

Habían corrido algunos meses. Mi padre pudo ya buscar casa y establecer su bufete de abogado.

La casa, de buen aspecto, estaba arrendada por partidos o pisos. En el bajo no recuerdo quién vivía. Nosotros, en el primero; y otra familia, con varios chiquitines, en el segundo. De éstos, uno era algo mayor que yo, otro de mi edad y otro más pequeño.

Como mi madre se encontraba en meses mayores y próxima a nacer mi hermana Adela, púsose en mi conocimiento que se había encargado a Puerto Real un niño chiquitito y muy bonito, que pronto traerían en un canastillo.

Con tal novedad sentí contento; y como llegaran los niños del vecino, les anuncié a mi vez la buena nueva. Pero, lejos de recibirla con sorpresa, el mayor, haciendo un gesto desdeñoso y algo autoritario, miró alrededor, volvió la espalda y con la mano vuelta comenzó a hacernos señas para que le siguiésemos. Así lo hicimos, dejándonos conducir hasta que, llegando al dormitorio más apartado, con el dedo en la boca indicó el mayor silencio; y levantando la colcha pendiente del costado de la cama y que caía hasta el suelo, allí, en aquella especie de escondite se entró a gatas, imitándole los demás.

Una vez debajo de la cama, con voz muy callandito, nos dirigió la siguiente perorata:

—No lo creáis. El niño no viene de Puerto Real. Sale de la barriga de las mamás. Y lo hacen los papás cuando se acuestan.

Aún entró en otras explicaciones más particulares y menos inocentes, por las que entendí que entre la florecencia y la fructificación no había intermedio: error feliz y de gran influencia posterior en el resto de mi vida.

¡La primera lección de anatomía, debajo de un pollero!



¡La primera lección de fisiología, debajo de una cama!

En tan delicada materia, la educación actual es insensata. Nos enseña en la Doctrina un mandamiento escrito con la palabra más cruda que consiente el pudor, y acto seguido pretende que la palabra se ignore y quede cerrada la inteligencia. Después de cometer tan ineficaz contrasentido, ¿qué se hace? Se abandona el asunto a la malicia, a que más tarde o más temprano un chicuelo más o menos inocente, más o menos honesto, éntre en explicaciones fisiológicas bajo su sucio aspecto pornográfico.

No me complace tocar ciertos asuntos; pero puesto que de educación se trata, no es posible dejar de ser ingenuo. Así, diré que nuestra educación, en muchas de sus faltas, acusa responsabilidades contra el clero. Su mal tino educativo ha contribuído a convertir en algunas criaturas el natural pudor en hipocresía.

Si el pudor es un sentimiento natural, creamos en él y no lo torzamos con la malicia.

Antes de enseñar a un niño un mandamiento que no está en aptitud de quebrantar, enseñadle una flor del campo; decidle lo que son estambre y pistilo, mostrándoselos; lo que es polen, y cómo fecunda al ovario convirtiéndolo en fruto con semillas. Después, al enseñarle los mandamientos, y si no se quiere corregir la palabra que el uso ha hecho grosera, decid a la criatura:

—Vosotros no sois flores, ni sois asnos, sino que sois mucho más. La flor del naranjo deja abandonado su fruto para que se pudra en la tierra. Vosotros, seres humanos, necesitáis consagrar vuestra unión sexual por un Sacramento que la dignifique y que asegure la educación y el porvenir de vuestra descendencia.

O Dios me ha quitado la facultad de discurrir, o me parece que eso es más sano y más honesto que dar lugar a que se reciba la lección debajo de una cama.



## XLII

**De tanto pulir, me despulen.**

Considéreme el lector haciendo, no ya palotes, sino medios puntillos y puntillos por espacio de muchos meses, rezando la doctrina, dando la cartilla y cantando la tabla de sumar, amarrado al banco de la escuela como el galeote al banco de su remo, sin más diferencia que la de que en vez del rebenque cruzaran las espaldas frecuentes correazos. Entretanto, digamos algo de la parte de afuera del aula; sin perjuicio de volver a ella después, ya que desgraciadamente hay materia para rato.

Mi buena madre era una madre singular: de puro buena, llegó a convertir mi infancia, ya penosa por la escuela, en más penosa todavía. Los jueves y los domingos, que, como de asueto, debían pertenecer a mi libertad y a mi alegría, se trocaban en días de otra clase de martirio.

Por desgracia, decía todo el mundo que yo era un niño bonito. A mi madre parecía un querubín, y con esto me cayó la lotería.

Los jueves y los domingos, antes de la madrugada, a las tres de la noche, hallándome sumido en lo más profundo del sueño, cogíame por bajo de los brazos y en volandas me llevaba al cuarto de los trastos, donde tenía prevenida una tina de madera, llena de agua, en la que me zambullía de repentón. Acto seguido, con un trozo de jabón y un estropajo me arañaba de los pies a la cabeza, sin curarse de protestas ni de gritos. Terminada la faena a satisfacción, me secaba con una sabanilla y me cubría con camisa limpia, sentándome en una silla baja, y comenzando otra operación no menos dulce.

En una hornilla preparada al efecto, tenía dispuestos dos pares de tenazas; después de peinarme y abrirme veinte rayas en el pelo, comenzaba a rizar los tirabuzones, que me caían



hasta los hombros y la espalda. Hecho esto, que duraba un valiente rato, cogía unas duras torcidas de papel, liando en cada una su respectivo rizo. En esta disposición, candentes mis orejas, encendido el rostro con el aperreo y el calor de las tenazas, dolorida la piel por el áspero fregar del estropajo, y mi cabeza convertida en caballo de frisa a fuerza de *papillotes*, volvía a cogirme por debajo de los brazos y a depositarme en la cama... para que no durmiera: las duras torcidas se me clavaban ya en la sien, ya en el cogote, según me echase en la almohada, impidiéndome coger otra vez el interrumpido sueño.

Pero esto sólo era el prólogo de mis delicias en los días de asueto.

A las siete de la mañana se enredaba de nuevo en la faena de ponerme hecho un querubín. Destorcía los *papillotes*, y distribuía los tirabuzones de la manera más bella. Poníame un corsé, que me dejaba sin respirar; unas botitas nuevas, bien ajustadas, para que resultaran los pies muy pequeñitos; unos cuellos rizados y almidonados que inmovilizaban la cabeza, y después, los calzones y el casaquín o lo que fuese más de moda y llamativo. Quedábame convertido en una pieza. Y ya por el ajuste o ya porque no me manchase, a mano me daba de almorzar mi bonísima madre; esperando al ayo, si jueves, para que con otros chicos me sacaran de paseo; si domingo, para llevarme a misa y después a pasear.

Ni qué decir tiene cómo iría: a cada paso un dolor, a cada movimiento un ahogo; prefería estarme quieto, y los minutos parecíanme siglos.

Tantos trabajos no tenían más que una compensación, agradabilísima sin duda para mi madre, impertinente y en sumo grado enojosa para mí. No acertaba a pasar moza ni vieja por mi lado, que no parase la escuela y exclamara:

—¡Qué niño tan bonito! ¿De quién es?

Lo peor era que se bajasen a darme un beso, ya tuvieran la cara limpia o sucia, les oliera la boca o llevaran las narices atacadas de tabaco.



¡Martirio los días de trabajo, martirio los de asueto! Otros podrán decir que es feliz la edad de la infancia. Hoy que soy viejo, puede creérseme, no querría volver a la mía por nada de este mundo.

¿Qué influencia pudo tener lo relatado en mi educación y en mis costumbres? Mucha y grande: odio a toda opresión física o moral; rotura de respetos hasta pasada la edad viril; reacción en el sentido de cierta especie de licencia; inclinación al abandono de la forma y de la compostura en el vestir; convertirme, en la segunda infancia y juventud, en un destroza-dor de ropas; y perpetuamente, en descuidado y desmañado. Aun hoy día, me exalta y sobrexcita que cepillen la ropa cuando la tengo puesta, o que me arreglen la corbata: ésta cae como caiga; y, para no verme irritado, es necesario que el vestido lo arreglen y lo limpien antes de ponérmelo. En vano he procurado corregir tales defectos: los conozco, y trato de contenerme; pero, aun haciendo el propósito, me resulta muy difícil dominar la impaciencia si me pegan un botón.

### XLIII

#### **Un Serafín azota a angelitos.**

Puesto que ya conocemos al ayo y al maestro, conveniente será entrar en relación con algunos condiscípulos.

Sea el primero Serafín: tal es el nombre del hijo del barbero de la esquina a la plaza del Ayuntamiento, mozallón macizo, con cara, cuerpo y facha de animal; su edad, catorce o quince años bien aprovechados. Llevaba el papel y las plumas y el cuarto para el agua; era contribuyente nominal, por lo que y por no desperdiciar sus aptitudes físicas, sin nombramiento expreso, pero con aquiescencia tácita, ejercía los honrosos cargos de esbirro y de acémila escolar.

A su celo estaba encomendada la denuncia de los delitos y



faltas. Si un chico se distraía, sonaba la voz de Serafín diciendo:

—Sr. D. Diego, Fulanito no escribe; Sr. D. Diego, Menganito está sacando la lengua a Zutanita.

Entre los castigos, algunos de los cuales enumerados quedan y otros los iremos relatando para edificación del curioso lector, existían los azotes; en cuyo acto desempeñaba Serafín el principal papel. Los azotes se dividían en dos clases: honestos y deshonestos; o sea, a calzón puesto y a calzón quitado.

Lo mismo era oír al Sr. D. Diego pronunciar la sentencia, ya estaba en funciones el Serafín con ánimo resuelto, y cara gozosa, que aumentaba su expresión de estupidez. Abalanzábase a la víctima, y cogiéndola de los brazos por detrás, de un voleo le hacía dar una vuelta de campana y caer sobre la espalda, o si más certero, perniabierto sobre el mismísimo pescuezo del funcionario.

Si los azotes eran de la segunda categoría, también sujetaba al reo por detrás, agarrotándole entre las piernas mientras le desceñía los botones; y hecho esto, a los brazos y la vuelta de campana. Convertido de este modo en cabalgadura de la víctima, se aproximaba el Sr. D. Diego con su correa, larga de una vara, flexible y crujiente,... y ¡zás, zás! la docena de azotes cuando menos.

Para decir verdad, los castigos de la víctima del combate de Trafalgar no eran tan terroríficos como los del fraile de Santo Domingo: éste pegaba encendido de furor, de tal manera, que si no resultaba un estropicio debíase a pura misericordia del Altísimo; mientras que el Sr. D. Diego pegaba sin encenderse, tranquilo, con la serenidad y el desapasionamiento que en las leyes se recomienda a los justos jueces que castiguen.

Eso no obstante, alguna que otra vez solían ocurrir sus excepciones, como se verá por lo que sigue.



## XLIV

**El pobre Carlitos.**

Más tarde, mudó la escuela de local. El Rey había muerto, con gran contentamiento de los chiquillos; porque, debido a sus fúnebres exequias, nos dieron vacaciones.

Por mi parte, no había dejado de adelantar. Ya podía poner en la plana: «Discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.» Ya leía el Catecismo, a tropezones, y hasta sacaba cuentas de restar.

La escuela se había instalado en el piso bajo de una casa en la calle de Santo Domingo, esquina a la de San Bartolomé; mejor local, más espacioso y más separado de la letrina.

El Sr. D. Diego debía de haber prosperado, aunque su almuerzo continuaba siendo de té con picatostes. Calle por medio estaba el convento de Santo Domingo, convertido ya en cuartel de Cristinos.

Entre mis buenos condiscípulos contábase el pobre de Carlitos, a quien yo amaba por lo mismo que era objeto de burla para la mayoría de los muchachos de la escuela. Y eso que a su padre le tenía aversión y hasta ojeriza.

Le conocía de haberle visto desde tiempo atrás, cuando íbamos con el ayo a recoger y distribuir los niños. Vivía en el Verjel, en una casucha oscura, de escalerilla y pobre, de los primeros soportales, que ya han desaparecido. Bajo aquellos portales, negros como la noche y aplastados, que parecían caerse encima, solíase ver frecuentemente paseando, solo, taciturno y con la cabeza baja, al padre de Carlitos.

Erase un señor tétrico, alto y flaco, envuelto en un levitón militar, verde oscuro, que le llegaba a los tobillos; cubierta la cabeza por una gorra de hule, vieja, con gran visera negra por arriba y verde por abajo. Su aspecto, entre de militar y dependiente de las actuales funerarias.



La cara tampoco resultaba simpática: sumido de carrillos, muy poblado de cejas; patillas negras, cortas y estrechas; afeitado de bigote. Sin más insignias que unas tiras de cinta, a la izquierda del pecho, sabía yo que era capitán, y capitán retirado.

Algo grave meditaba aquel señor. Un día corrió la voz de que se había ido con los facciosos, y a poco vino otra noticia: que en la primera acción le habían cogido y fusilado los cristinos.

Quedó Carlitos huérfano. Para colmo de desdichas, Carlitos era jorobado: un caparazoncito informe, sobre dos pier-nitas flacas, y por brazos dos canillas forradas de pellejo.

Con trabajo llevaba el cuarto de agua los sábados, cuando el padre vivía. Huérfano, no hay qué decir: era más gratuito que Serafín, y su contraste vivo (si de un sér tan raquítico puede propiamente decirse que vive).

El caso es que los chiquillos de la escuela le decían: «Carlino, jorobado», y él lo llevaba con paciencia. Pero, amigo, lo que le inmutaba y le hacía palidecer era oír decir:

—¡Ahí vienen los cristinos!

A esta frase, Carlitos se llenaba de pavora y no sabía dónde meterse: se escondía detrás del que estuviera más cercano, o se acurrucaba hecho un ovillo debajo de los bancos. Yo no podía hacer más que tranquilizarle y aconsejarle que no hiciera caso, que no era verdad, y que aquello se lo decían por molerle y asustarle. ¡Todo en balde! Su terror, fácil de explicar y que constituía en él hasta un sentimiento sagrado, por arrancar nada menos que del fusilamiento de su padre, era un terror de los que no se pueden dominar.

Conocíamos esto lo mismo los niños que el ayo y el maestro, y sin embargo... ¡Pobre Carlitos, sólo feliz porque a muy poco terminó su mísera existencia!

Con eso de hallarse próxima la escuela al cuartel de los Cristinos, pasaba Carlitos los sustos que son de suponer, dando pábulo mayor a sus terrores.



Cierto día (¡no puedo recordarlo aún sin sentir indignación!) estaba de guardia un miliciano amigo de D. Diego; y, como próximo a la escuela, se le ocurrió entrar a hacerle una visita.

Lo mismo fue entrar que ponerse en pie Carlitos, en actitud del conejo sorprendido por el cazador. En cuyo instante el zangón de Miguel (que así se llamaba el propio hijo de don Diego), dijo a Carlitos para asustarle más:

—¡Un cristino!

A esta voz, como flecha despedida, sacando fuerzas no sé de dónde, el jorobadillo saltó la banca y echó a correr, levantó el picaporte del zaguán y tomó por la calle arriba con una rapidez inverosímil. En el mismo punto se dió la voz de alarma:

—¡El jorobado se ha escapado de la escuela!

El miliciano, alto, gordo, con su uniforme flamante y el morrión en la mano, se quedó de pie, hecho un pasmarote, en medio de la escuela. Irritado y sulfurado D. Diego, al ver un acto de deserción en su clase y presenciado por un extraño, gritó a Serafín:

—¡Corre y tráelo!

Serafín, tal como estaba, sin tomar gorra ni sombrero, salió cual un sabueso tras la pieza. Ya bajo los mismos portalllos del Verjel, y cerca de su casa, echó el guante por el pescuezo a Carlitos, entrando en la escuela triunfante y con él en volandas, cual mosca en la trompa de un arácnido.

Lo mismo fue soltarlo, que D. Diego le disparó un correazo con cuantas fuerzas pudo, derribándolo al suelo; allí fué a secundarle en su furia insensata, y gracias al cristino, que se metió por medio, con lo cual, lejos de apagarse, se encendió más la ira del preceptor.

Carlitos arañaba el suelo, pugnando por incorporarse; Serafín le miraba de pie, seguro de sujetarle en caso necesario; el cristino abollaba el morrión en su lucha por aplacar y contener a D. Diego. Al fin, éste alcanzó con un puntapié al todavía postrado jorobadito; con esa descarga, al cabo quedó más tranquilo el maestro y escuchó las palabras del pacífico

E. M.—*Febrero 1912.*



cristiano, el cual pedía no ser causa del castigo de aquella criatura.

Lo que por mí pasó no puedo referirlo. Se me arrasaban de lágrimas los ojos y hervía en santa indignación todo mi sér.

## XLV

### Un párvulo de diez y ocho años.

La justicia, hollada muchas veces en otros y en mí mismo; la justicia, hollada con la mayor saña y fiereza, en el inocente y desgraciadísimo Carlitos, no encontraba en mi interior otro consuelo que saborear ideas de venganza.

«Cuando salga de la escuela, cuando tenga quince años, juro que a Serafín y a D. Diego les he de pegar una paliza, sin dejarles hueso sano.»

Esto decía para mí con la mayor frecuencia.

Poco tiempo después gocé en la escuela quizá la única, indudablemente la mayor satisfacción que tuve.

Entró de alumno uno particular. Se le dispusieron mesa y banquillo aparte; bien merecía tales consideraciones. Su nombre, Pepe Otero; su edad, diez y ocho años; su porte, franco y de buen ver. No venía a la escuela para aprender las letras: se trataba de otra cosa.

Sobrino de D. Jacinto Ibáñez, montañés ricachón, estaba deparado para jefe de escritorio; y como llevar los libros es cosa que pide buena letra, de ahí que, tan crecido y mozo, fuese a la escuela de D. Diego tras sus primores pendolísticos.

A más de la referida, gozaba Otero otras preeminencias: entraba a la hora que quería y se marchaba cuando le parecía. Yo envidiaba su posición e independendencia: venía a ser el gran aristócrata de la clase.

Debía de pagar bien. Su tío D. Jacinto Ibáñez, aunque comenzó su carrera despechugado, despachando cañas de vino



como mozo de una tienda de montañés, había llegado a dueño de varias, propietario, personaje de campanario y hasta firme columna de la sociedad como jefe del partido moderado. En una palabra, era uno de esos aristócratas del dinero que habían venido a sustituir a los aristócratas de pergaminos y a los del papel marquilla, como D. Diego.

Por tan valiosos títulos, el maestro desplegaba con el discípulo todas las prescripciones del libro de urbanidad y cortesía; pero no sé cómo, cierta vez hubo de corregirle el trazo o rasgo de alguna letra capital. Otero no lo llevó a bien, y entraron en disputa. D. Diego tomó sus temples de maestro, Otero los de ciudadano libre. El uno increpó de torpe y bruto, el otro se puso de pie en actitud amenazante. Entonces el primero quiso restablecer la disciplina, amenazando al joven; éste, contestando al reto, de una montañesa bofetada derribó al fino de D. Diego, haciéndole dar media vuelta de tornillo, y furioso todavía, le agregó otra montañesa pateadura.

Ni Miguel ni Serafín acudieron al socorro. Pepe Otero cogió su sombrero, se lo encasquetó en la cabeza y salió despacio de la escuela para no volver jamás. Los muchachos, y yo entre ellos, contemplamos la escena con alegrísima emoción.

¡El pobre Carlitos estaba vengado!

## XLVI

### «¡Por burro!»

Abreviemos, porque o mucho me engaño, o ya debe estar el lector hasta los pelos de D. Diego Choquet. Pero es preciso concluir el relato; siquiera sea de lo más esencial.

Miguel llegó a ser ayudante de su padre; con él alternaba en tomar las lecciones de memoria y presidir las decurias de lectura.

Lección de memoria jamás llevé una, ni de gramática, ni



de nada. Con esto, menudeaban los castigos, y llegué a ser considerado como el más burro de la escuela. Por ende y como tal, mudada el aula a la calle de la Palma, frente a la embocadura de la calle Larga, hubieron de colocarme en el balcón, con una coraza de papel exornada de dos grandes orejas; al pecho, un cartelón que en letras gordas decía: *Por burro*, y en la mano una vieja escoba de caña como cetro.

¿Qué procedimiento podía inventarse más eficaz para hacer perder la vergüenza a una criatura?

Todo comentario sería ocioso. Conste la barbaridad, para que no se pierda en el olvido tal procedimiento pedagógico.

Como, por más que hacía, me era imposible aprender ni dos líneas de memoria, recurrí a determinados artificios; y ya se verá que no dejaban de tener su mérito. Espontáneamente, no por imitación, inventé... el soborno. Guardé cuantos cuartos y ochavos recogía. Al dar la lección, con disimulo alargaba a Miguel, ora seis maravedises, ora una mota, ora un cuarto; y cuando no tenía otra cosa, mis postres de la comida: un puñado de higos secos, una naranja o cuatro nueces.

Ello no sería moral, pero fue efficacísimo. Me evitó muchas docenas de palmetazos; y no volví a ser condecorado de coraza, cartelón y el escobón consabidos.

Finalmente, para estimular la aplicación y el mayor celo de los niños, se empleaba un recurso sapientísimo y muy particular. Consistía en «echar planas, echar puntos en lectura y echar puntos en lecciones».

Tales *echaduras* no dejaban de repetirse con frecuencia: unas veces, por orden del maestro; otras, por espontánea voluntad de los discípulos.

—Zutanito—solía decir D. Diego,—hoy *echa* usted plana con Menganito.

—Fulanito—hoy *echa* usted puntos de lectura (o lección de gramática) con Perenganito.

Uno y otro chicuelo hacían sus planas respectivas con el mayor cuidado; y, terminadas, iban juntos a la mesa del maes-



tro para presentárselas. Examinábalas D. Diego y echaba una rúbrica de *vale* sobre la mejor, entregando a su autor la palmeta para que con ella y por su propia mano pegara una docena de palmetazos al condiscípulo.

Si la *echadura* era a leer o a lección de memoria, leían uno en pos del otro las lecciones o las recitaban como papagayos: aquel que se equivocaba menos o las decía de corrido, convertíase en verdugo de su compañero. Con tan poderoso y noble estímulo, los niños procuraban vengarse con nuevas *echaduras*; y así se estimulaban *sanamente* la aplicación y el aprovechamiento de los tiernos párvulos.

## XLVII

### Cuatro mortales años: 1832-36.

Del año 32 al 36 duró mi brega en la escuela del señor don Diego. ¡Cuatro años! Decir que no aprendí absolutamente nada en ese tiempo, sería falso. Terminado dicho plazo, leía, aunque no de corrido. Añádase una circunstancia, de la que, por más que medito, esta es la hora que no he podido encontrar explicación: que leyendo, bien o mal, pero al cabo leyendo, no me enteraba ni poco ni mucho de lo leído. Tal absurdo, tal contrasentido sería inconcebible, si no fuera porque se repite tanto en la enseñanza, que constituye la regla general: aprender latín, y no saberlo; aprender física, examinarse de ella, decir desde la primera a la última lección, y no saber ni pizca de física; y así de todo lo demás.

Mucho pudo deberse al retroceso mental y a la perversión afectiva que la escuela me produjo. Pero, siendo ley casi general el que se concluya la enseñanza con ignorar aquello mismo que se aprueba después de severo examen, sospecho que el fenómeno no era debido exclusivamente a mi incapacidad, sino al modo cómo procuraron enseñarme.



Efectivamente. Mi madre aprendió a leer y escribir sola, por el deseo del fin, por el empeño de poder entender lo que se le decía por escrito, y por escrito también dar a entender lo que le convenía comunicar. En mi enseñanza de lectura y escritura desaparece el fin, de un modo absoluto. Todo se reduce a unos signos relacionados con unos sonidos: conocer los signos, los sonidos y sus combinaciones; reducir los términos gráficos a fonéticos, los fonéticos a gráficos. Después, conocer las pausas entre palabras, cuidar de no separar las unidades ni unir las separadas. Y atento a tamaños cuidados, bajo el temor del castigo, poner cuantas potencias podían ponerse en todo aquello; y desatender en absoluto al sentido, al contenido, a las ideas, a la esencia de lo que se va leyendo.

Llega la monstruosidad del absurdo hasta tal punto, que escribiendo diariamente en mis planas una u otra sentencia moral, leyendo uno u otro párrafo del librejo de urbanidad y cortesía, uno u otro párrafo de Historia en escabeche, jamás, ni entonces ni ahora, lo que se llama nunca, he podido saber, ni decir, ni recordar ninguna de dichas sentencias, ni consejos políticos, ni noticias históricas.

Quiere decir, que no es broma o exageración o cuento lo que se refiere de aquel pendolista que manuscibió una magna obra y concluyó sin enterarse de lo que trataba. Pues así me quisieron enseñar a leer y escribir, y así pretendieron enseñarme otras muchas cosas.

Sobre leer y escribir letras gordas, aprendí a mal sumar, peor restar, y comenzaba a recibir coscorriones en multiplicar; catecismo coreado, la doctrina desde la primera a la última página, claro es que prendida con alfileres.

En este punto, quiso Dios que saliese de la férula de don Diego Choquet, y entrase bajo la más dulce y racional de don Domingo Fartos.

Pero, antes de entrar en esta tercera escuela de primera enseñanza, conveniente será pasar revista a cosas y sucesos ocurridos fuera de la segunda escuela, en el transcurso de sus



cuatro mortales años, y que tuvieron mayor influencia en el fondo de mi educación.

Las vacaciones entonces, casi como ahora, correspondían a dos meses caniculares, Julio y Agosto; un mes de Nochebuena y Pascuas, del 10 de Diciembre al 10 de Enero, y medio de Semana Santa. Sobre estas grandes, había otras más pequeñas: una semana por Carnaval, media por el Corpus; luego, los domingos y días festivos, que eran numerosos; el del Santo y cumpleaños del Rey, los del maestro de la escuela, los del papá y la mamá; y medias fiestas, los jueves y los días de misa.

Los días festivos y vacaciones cortas los pasaba en el purgatorio, con las composturas de mi madre; pero, las grandes vacaciones, ya eran otra cosa. En la canícula, antes de Nochebuena y por Semana Santa, a Jeréz con D. Ramón de Torres y la *abuelita*. Ya no tenían que cuidar de mi educación, y no me amenazaba ningún fraile. Todo era alegría y gozo y fiestas de mi *Pindo* y carreras por el campo sobre el *Pío*. Volvían los cuentos al acostarme. Nadie se ocupaba en dar fuego a mis rizos, ni en oprimirme las entrañas con el condenado corsé. Antes, por el contrario, la *abuelita* solía observar y decirme:

—Andas cojo. ¡Qué zapatos tan estrechos! Avisad al zapatero, para que venga en seguida.

En efecto, venía y me tomaba medidas anchas de unos zapatos apropiados para correr por el campo.

¡Qué feliz era! Pero las vacaciones volaban, y el ordinario venía por mí, poniendo término a mi dicha.

Al llegar a casa, apenas me besaba mi madre, exclamaba:

—¡Jesús, qué peste a cuadra!

Y acto continuo, ya se sabía, a la tina, al jabón y al estropajo; la faena, con rizada del pelo y *papillotes*, repetíase por tres días o cuatro, para desquitarse de los perdidos y desvanecer el último tufillo de mi sociedad solípeda.

Notábame yo en las vacaciones con mayor despejo, como si una losa se apartase de mi pecho y de mi inteligencia. Pero volvía a caer desde que divisaba el puerto y la bahía de Cádiz,



desde lo alto del cerro de Buenavista. ¡Qué triste me parecía el Puerto, y qué alegre Jerez! Y lo particular es que aún hoy me impresionan lo mismo.

Fuera de la escuela no dejaron de ocurrir algunos sucesos que movieron, ya la afectividad, ya la atención, ya alguna otra facultad de mi naturaleza, y que, por tanto, debieron producir algunos efectos educativos.

Son demasiado numerosos para que su narración resulte soportable. Tímidamente, y con la posible brevedad, daré cuenta de algunos.

FEDERICO RUBIO

*(Continuará.)*



PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL ATENEO BARCELONÉS

## DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

### EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

---

#### **El hambre de inmortalidad.**

Parémonos en esto del inmortal anhelo de inmortalidad, aunque los gnósticos o intelectuales puedan decir que es retórica lo que sigue y no filosofía. También el divino Platón, al disertar en su *Fedón* sobre la inmortalidad del alma, dijo que conviene hacer sobre ella leyendas, μυθολογεῖν.

Recordemos ante todo una vez más, y no será la última, aquello de Spinoza de que cada sér se esfuerza por perseverar en él, y que este esfuerzo es su esencia misma actual, e implica tiempo indefinido, y que el ánimo, en fin, ya en sus ideas distintas y claras, ya en las confusas, tiende a perseverar en su sér con duración indefinida y es sabedor de este su empeño. (*Ethice*, par. III, proposiciones VI-IX.)

Imposible nos es, en efecto, concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se dé cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anondamiento. Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo.



El universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más y cada vez más; quiero ser yo, y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera, y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser todo yo, es ser todos los demás. O todo o nada!

¡O todo o nada! Y qué otro sentido puede tener el «ser o no ser!» *To be or no to be* shakespeariano, el de aquel mismo poeta que hizo decir de Marcio en su *Coroliano* (V, 4) que sólo necesitaba la eternidad para ser dios: *he wants nothing of a god but eternity?* ¡Eternidad! ¡eternidad! Este es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres, y quien a otro ama, es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real.

Gritos de las entrañas del alma ha arrancado a los poetas de los tiempos todos esta tremenda visión del fluír de las olas de la vida, desde el «sueño de una sombra» *σκιάς ονχο*, de Píndaro, hasta el «La vida es sueño», de Calderón, y el «estamos hechos de la madera de los sueños», de Shakespeare, sentencia esta última aún más trágica que la del castellano, pues mientras en aquella sólo se declara sueño a nuestra vida, mas no a nosotros los soñadores de ella, el inglés nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña.

La vanidad del mundo y el cómo pasa, y el amor, son las dos notas radicales y entrañadas de la verdadera poesía. Y son dos notas que no puede sonar la una sin que la otra a la vez resuene. El sentimiento de la vanidad del mundo pasajero nos mete al amor, único en que se vence lo vano y transitorio, único que rellena y eterniza la vida. Al parecer al menos, que en realidad...! Y el amor, sobre todo cuando lucha contra el destino, súmenos en el sentimiento de la vanidad de este



mundo de apariencias, y nos abre el vislumbre de otro en que vencido el destino sea ley la libertad.

¡Todo pasa! Tal es el estribillo de los que han bebido de la fuente de la vida, boca al chorro, de los que han gustado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

¡Ser, ser siempre, ser sin término! sed de ser, sed de ser más! hambre de Dios! sed de amor eternizante y eterno! ser siempre! ser Dios!

«Seréis como dioses!» cuenta el Génesis (III, 5) que dijo la serpiente a la primera pareja de enamorados. «Si en esta vida tan sólo hemos de esperar en Cristo, somos los más lastimosos de los hombres», escribía el Apostol (I Cor. XV, 19), y toda religión arranca históricamente del culto a los muertos, es decir, a la inmortalidad.

Escribía el trágico judío portugués de Amsterdam que el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte; pero ese hombre libre es un hombre muerto, libre del resorte de la vida, falto de amor, esclavo de su libertad. Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia. Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en vida ambiente, y creo en mi porvenir; pero al punto la voz del misterio me susurra ¡dejarás de ser!, me roza con el ala el Angel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad.

Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa «en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta», y el que así siente «es para mí», como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, «un monstruo».

Mil veces y en mil tonos se ha dicho cómo es el culto a los muertos antepasados lo que enceta, por lo común, las religio-



nes primitivas, y cabe en rigor decir que lo que más al hombre destaca de los demás animales es lo de que guarde, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora; es un animal guardamuertos. ¿Y de qué los guarda así? ¿De qué los ampara el pobre? La pobre conciencia huye de su propia aniquilación, y así que un espíritu animal desplacentándose del mundo, se ve frente a éste, y como distinto de él se conoce, ha de querer tener otra vida que no la del mundo mismo. Y así la tierra correría riesgo de convertirse en un vasto cementerio, antes de que los muertos mismos se remueran.

Cuando no se hacía para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruído, elevábanse túmulos para los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no las de los vivos; no las moradas de paso, sino las de queda.

Este culto, no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones. En el delirio de la destrucción, Robespierre hace declarar a la Convención la existencia del Sér Supremo y «el principio consolador de la inmortalidad del alma», y es que el Incorruptible se aterraba ante la idea de tener que corromperse un día.

¿Enfermedad? Tal vez, pero quien no se cuida de la enfermedad, descuida la salud, y el hombre es un animal esencial y sustancialmente enfermo. ¿Enfermedad? Tal vez lo sea como la vida misma a que va presa, y la única salud posible la muerte; pero esa enfermedad es el manantial de toda salud poderosa. De lo hondo de esa congoja, del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad, se sale a la luz de otro cielo como de lo hondo del infierno salió el Dante a volver a ver las estrellas

*e quindi uscimmo a riveder le stelle.*

Aunque al pronto nos sea congojosa esta meditación de nues-



tra mortalidad, nos es al cabo corroboradora. Recógete, lector, en ti mismo, y figúrate un lento deshacerte de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio, se te derritan de entre las manos los objetos asideros, se te escurra de bajo los pies el piso, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra.

He oído contar de un pobre segador muerto en cama de hospital, que al ir el cura a ungirle en extrema unción las manos se resistían a abrir la diestra con que apuñaba unas sucias monedas, sin percatarse de que muy pronto no sería ya suya su mano ni él de sí mismo. Y así cerramos y apuñamos, no ya la mano, sino el corazón, queriendo apuñar en él al mundo.

Confesábame un amigo que, previendo en pleno vigor de salud física la cercanía de una muerte violenta, pensaba en concentrar la vida, viviéndola en los pocos días que de ella calculaba le quedarían para escribir un libro. ¡Vanidad de vanidades!

Si al morírseme el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirlo de mí mismo, que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconciencia de que brotara, y como a la mía les acaece á las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajado linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que se conoce.

Y el remedio no es el de la copla que dice:

Cada vez que considero  
que me tengo de morir,  
tiendo la capa en el suelo  
y no harto de dormir.

¡No! El remedio es considerarlo cara a cara, fija la mirada en la mirada de la Esfinge, que es así como se deshace el maleficio de su aojamiento.



Si del todo morimos todos, ¿para qué todo? ¿Para qué? Es el ¿para qué? de la Esfinge, es el ¿para qué? que nos corroe el meollo del alma, es el padre de la congoja la que nos da el amor de esperanza.

Hay, entre los poéticos quejidos del pobre Cowper, unas líneas escritas bajo el peso del delirio, y en las cuales, creyéndose blanco de la divina venganza, exclama que el infierno podrá procurar un abrigo a sus miserias.

*Hell might afford my miseries a shelter.*

Este es el sentimiento puritano, la preocupación del pecado y de la predestinación; pero, leed estas otras mucho más terribles palabras de Sénancour, expresivas de la desesperación católica, no ya de la protestante, cuando hace decir a su *Obermann* (carta XC): «L'homme est périssable. Il se peut; mais périssons en résistant, et, si le neant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice.» Y he de confesar, en efecto, por dolorosa que la confesión sea, que nunca, en los días de la fe ingenua de mi mocedad, me hicieron temblar las descripciones, por truculentas que fuesen, de las torturas del infierno, y sentí siempre ser la nada mucho más aterradora que él. El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión le pongan el «¡Dejad toda esperanza!», y es mejor vivir en dolor que no ser en paz. En el fondo era que no podía creer en esa atrocidad de un infierno, de una eternidad de pena, ni veía más verdadero infierno que la nada y su perspectiva. Y sigo creyendo que si creyésemos todos en nuestra salvación de la nada seríamos todos mejores.

¿Qué es ese arregosto de vivir, *la joie de vivre*, de que ahora nos hablan? El hambre de Dios, la sed de eternidad, de sobrevivir, nos ahogará siempre ese pobre goce de la vida que pasa y no queda. Es el desenfrenado amor a la vida, el amor que la quiere inacabable, lo que más suele empujar al ansia de la muerte. «Anonadado yo, si es que del todo me muero—nos decimos,—se me acabó el mundo, acabóse; ¿y por qué no ha de



acabarse cuanto antes para que no vengan nuevas conciencias a padecer el pesadumbroso engaño de una existencia pasajera y aparential? Si deshecha la ilusión del vivir, el vivir por el vivir mismo o para otros que han de morirse también no nos llena el alma, ¿para qué vivir? La muerte es nuestro remedio.» Y así es como se endecha al reposo inacabable por miedo a él, y se le llama liberadora a la muerte.

Ya el poeta del dolor, del aniquilamiento, aquel Leopardi que, perdido el último engaño, el de creerse eterno,

*Perí l'inganno estremo  
ch'eterno io mi credei,*

le hablaba a su corazón de *l'infinita vanitá del tutto*, vió la estrecha hermandad que hay entre el amor y la muerte y cómo cuando «nace en el corazón profundo un amoroso afecto, lánguido y cansado juntamente con él en el pecho, un deseo de morir se siente». A la mayor parte de los que se dan a sí mismos la muerte, es el amor el que les mueve el brazo, es el ansia suprema de vida, de más vida, de prolongar y perpetuar la vida lo que a la muerte les lleva, una vez persuadidos de la vanidad de su ansia.

Trágico es el problema y de siempre, y cuanto más queramos de él huir, más vamos a dar en él. Fue el sereno—sereno?—Platón, hace ya veinticuatro siglos, el que en su diálogo sobre la inmortalidad del alma dejó escapar de la suya, hablando de lo dudoso de nuestro ensueño de ser inmortales, y del *riesgo* de que no sea vano aquel profundo dicho: ¡hermoso es el riesgo!, καλός γάρ ὁ κίνδυνος, hermosa es la suerte que podemos correr de que no se nos muera el alma nunca, germen esta sentencia del argumento famoso de la apuesta de Pascal.

Frente a este riesgo, y para suprimirlo, me dan ratiocinios en prueba de lo absurda que es la creencia en la inmortalidad del alma; pero esos ratiocinios no me hacen mella, pues son razones y nada más que razones, y no es de ellas de lo que se



apacienta el corazón. No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.

Yo soy el centro de mi universo, el centro del universo, y en mis angustias supremas grito con Michelet: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!» ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo todo si pierde su alma? (Mat. XVI, 26.) ¿Egoísmo decís? Nada hay más universal que lo individual, pues lo que es de cada uno lo es de todos. Cada hombre vale más que la humanidad entera, ni sirve sacrificar cada uno a todos, sino en cuanto todos se sacrifiquen a cada uno. Eso que llamáis egoísmo, es el principio de la gravedad psíquica, el postulado necesario. «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!», se nos dijo presuponiendo que cada cual se ame a sí mismo; y no se nos dijo: ¡ámate! Y, sin embargo, no sabemos amarnos.

Quitad la propia persistencia, y meditad lo que os dicen. ¡Sacrificate por tus hijos! Y te sacrificas por ellos, porque son tuyos, parte y prolongación de ti, y ellos a su vez se sacrificarán por los suyos, y éstos por los de ellos, y así irá, sin término, un sacrificio estéril del que nadie se aprovecha. Vine al mundo a hacer mi yo, y ¿qué será de nuestros yos todos? ¡Vive para la Verdad, el Bien, la Belleza! Ya veremos la suprema vanidad y la suprema insinceridad de esta posición hipócrita.

«¡Eso eres tú!»—me dicen con los Upanischadas.—Y yo les digo: sí, yo soy eso, cuando eso es yo y todo es mío y mía la totalidad de las cosas. Y como mía la quiero y amo al prójimo porque vive en mí y como parte de mi conciencia porque es como yo, es mío.

¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse! ¡Ahora y aquí, a esta luz discreta y difusa, en este remanso de quietud, cuando está aplacada la tormenta del corazón y no me llegan los ecos del mundo! ¡Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el



santo hábito reina en mi eternidad; han muerto con los recuerdos los desengaños, y con las esperanzas, los temores!

Y vienen queriendo engañarnos con un engaño de engaños, y nos hablan de que nada se pierde, de que todo se trasforma, muda, y cambia, que ni se aniquila el menor cachito de materia, ni se desvanece del todo el menor golpecito de fuerza, y hay quien pretende darnos consuelo en esto! ¡Pobre consuelo! Ni de mi materia ni de mi fuerza me inquieto, pues no son mías mientras no sea yo mismo mío, esto es, eterno. No, no es anegarme en el gran Todo, en la Materia o en la Fuerza infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no es ser poseído por Dios, sino poseerle, hacerme yo Dios sin dejar de ser el yo que ahora os digo esto. No nos sirven engaños de monismo; queremos bulto y no sombra de inmortalidad!

¿Materialismo? ¿Materialismo decís? Sin duda; pero es que nuestro espíritu es también alguna especie de materia o no es nada. Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia. Si, acaso esto merece el nombre de materialismo y si a Dios me agarro con mis potencias y mis sentidos todos, es para que El me lleve en sus brazos allende la muerte, mirándome con su cielo a los ojos cuando se me vayan éstos a apagar para siempre. ¿Que me engaño? ¡No me habléis de engaño y dejadme vivir!

Llaman también a esto orgullo; «hediondo orgullo» le llamó Leopardi, y nos preguntan que quiénes somos, viles gusanos de la tierra, para pretender inmortalidad; ¿en gracia a qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? ¿En gracia a qué?—preguntáis—y en gracia a qué vivimos? ¿Para qué? y para qué somos? ¿Con qué derecho? ¿y con qué derecho somos? Tan gratuito es existir, como seguir existiendo siempre. No hablemos de gracia, ni de derecho, ni de para qué de nuestro anhelo que es un fin en sí, porque perderemos la razón en un remolino de absurdos. No reclamo derecho ni merecimiento alguno; es sólo una necesidad; lo necesito para vivir.

E. M.—Febrero 1912.



Y ¿quién eres tú?, me preguntas, y con Obermann te contesto: ¡para el universo nada, para mí todo! ¿Orgullo? ¿Orgullo querer ser inmortal? ¡Pobres hombres! Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo, que no sea conseqüidero. ¿Que sueño...? Dejadme soñar, si ese sueño es mi vida, no me despertéis de él. Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi alma. ¿Pero de veras creo en ello...? ¿Y para qué quieres ser inmortal?, me preguntas, ¿para qué? No entiendo la pregunta francamente, porque es preguntar la razón de la razón, el fin del fin, el principio del principio.

Pero de estas cosas no se puede hablar.

Cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles que adondequiera que fuese Pablo se concitaban contra él los celosos judíos para perseguirle. Apedreáronle en Iconio y en Listra, ciudades de Licaonia, a pesar de las maravillas que en la última obró; le azotaron en Filipos de Macedonia y le persiguieron sus hermanos de raza en Tesalónica y en Berea. Pero llegó a Atenas, a la noble ciudad de los intelectuales, sobre la que velaba el alma excelsa de Platón, el de la hermosura del riesgo de ser inmortal, y allí disputó Pablo con epicúreos y estoicos, que decían de él, o bien: ¿qué quiere decir este charlatán (σπερμολόγος)? o bien: ¡parece que es predicador de nuevos dioses! (Hechos, XVII, 18), y «tomándole le llevaron al Areópago, diciendo: podremos saber qué sea esta nueva doctrina que dices?, porque traes a nuestros oídos cosas peregrinas, y queremos saber qué quiere ser eso» (vers. 19-20), añadiendo el libro esta maravillosa caracterización de aquellos atenienses de la decadencia, de aquellos lamineros y golosos de curiosidades, pues «entonces los atenienses todos y sus huéspedes extranjeros no se ocupaban en otra cosa sino en decir o en oír algo de más nuevo» (v. 21). ¡Rasgo maravilloso, que nos pinta a qué habían venido a parar los que aprendieron en la Odisea que los dioses



traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los venideros tengan algo que contar!

Ya está, pues, Pablo ante los refinados atenienses, ante los *graeculos*, los hombres cultos y tolerantes que admiten toda doctrina, toda la estudian y a nadie apedrean ni azotan ni encarcelan por profesar estas o las otras, ya está donde se respeta la libertad de conciencia y se oye y se escucha todo parecer. Y alza la voz allí, en medio del Areópago, y les habla como cumplía a los cultos ciudadanos de Atenas, y todos, ansiosos de la última novedad, le oyen; mas cuando llega a hablarles de la resurrección de los muertos, se les acaba la paciencia y la tolerancia, y unos se burlan de él y otros le dicen: «ya oiremos otra vez de esto!» con propósito de no oírle. Y una cosa parecida le ocurrió en Cesarea con el pretor romano Félix, hombre también tolerante y culto, que le alivió de la pesadumbre de su prisión, y quiso oírle y le oyó disertar de la justicia y de la continencia; mas al llegar al juicio venidero, le dijo espantado (*εμφοβος γενομενος*): Ahora vete, que te volveré a llamar cuando cuadre! (Hechos, XXIV, 22-25.) Y cuando hablaba ante el rey Agripa, al oírle Festo, el gobernador, decir de resurrección de muertos, exclamó: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te han vuelto loco.» (Hechos XXVI, 24.)

Sea lo que fuere de la verdad del discurso de Pablo en el Areópago y aun cuando no lo hubiere habido, es lo cierto que en ese relato admirable se ve hasta dónde llega la tolerancia ática y dónde acaba la paciencia de los intelectuales. Os oyen todo en calma, y sonrientes, y a las veces os animan diciéndoos: ¡es curioso! o bien: ¡tiene ingenio! o: ¡es sugestivo! o: ¡qué hermosura! o: ¡lástima que no sea verdad tanta belleza! o: ¡eso hace pensar!; pero así que les habláis de resurrección y de vida allende la muerte, se les acaba la paciencia, y os atajan la palabra diciéndoos: ¡déjalo! ¡otro día hablarás de esto!; y es de esto, mis pobres atenienses, mis intolerantes intelectuales, es de esto de lo que voy a hablaros aquí.

Y aun si esa creencia fuese absurda, ¿por qué se tolera



menos el que se les exponga que otras muchas más absurdas aún? ¿Por qué esa evidente hostilidad a tal creencia? ¿Es miedo? ¿Es acaso pesar de no poder compartirla?

Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engañar, y nos machacan los oídos con el sonsonete de que no sirve entregarse a la locura y dar coces contra el aguijón, pues lo que no puede ser es imposible. Lo viril—dicen—es resignarse a la suerte, y pues, no somos inmortales, no queramos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebreciendo y entristeciendo la vida. Esa obsesión—añaden—es una enfermedad. Enfermedad, locura, razón... ¡el estribillo de siempre! Pues bien, ¡no!, no me someto a la razón y me rebelo contra ella, y tiro a crear en fuerza de fé a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los astros, porque si tuviéremos fé como un grano de mostaza, diríamos a ese monte: pásate de ahí, y se pasaría, y nada nos sería imposible. (Mat. XVII, 20.)

Ahí tenéis a ese ladrón de energías, como él llamaba torpemente al Cristo, que quiso casar el nihilismo con la lucha por la existencia, y os habla de valor. Su corazón le pedía el todo eterno, mientras su cabeza le enseñaba la nada, y desesperado y loco para defenderse de sí mismo, maldijo de lo que más amaba. Al no poder ser Cristo, blasfemó del Cristo. Henchido de sí mismo, se quiso inacabable y soñó la vuelta eterna, mezquino remedo de inmortalidad, y lleno de lástima hacia sí, abominó de toda lástima. ¡Y hay quien dice que es la suya filosofía de hombres fuertes! No; no lo es. Mi salud y mi fortaleza me empujan a perpetuarme. ¡Esa es doctrina de endebles que aspiran a ser fuertes, pero no de fuertes que lo son! Sólo los débiles se resignan a la muerte final y sustituyen con otro el anhelo de inmortalidad personal. En los fuertes, el ansia de perpetuidad sobrepuja a la duda de lograrla, y su rebose de vida se vierte al más allá de la muerte.

Ante este terrible misterio de la mortalidad, cara a cara de la esfinge, el hombre adopta distintas actitudes y busca por



varios modos consolarse de haber nacido. Y ya se le ocurre tomarlo a juego, y se dice con Renán, que este universo es un espectáculo que Dios se da a sí mismo, y que debemos servir las intenciones del gran Corega, contribuyendo a hacer el espectáculo lo más brillante y lo más variado posible. Y han hecho del arte una religión y un remedio para el mal metafísico, y han inventado la monserga del arte por el arte.

Y no les basta. El que os diga que escribe, pinta, esculpe o canta para propio recreo, si da al público lo que hace, miente; miente si firma su escrito, pintura, estatua o canto. Quiere cuando menos dejar una sombra de su espíritu, algo que le sobreviva. Si la *Imitación de Cristo* es anónima, es porque su autor, buscando la eternidad del alma, no se inquietaba de la del nombre. Literato que os diga que desprecia la gloria, miente como un bellaco. De Dante, el que escribió aquellos treinta y tres vigorosísimos versos (Purg. XI. 85-117), sobre la vanidad de la gloria mundana, dice Boccaccio que gustó de los honores y las pompas más acaso de lo que correspondía a su ínclita virtud. El deseo más ardiente de sus condenados es el de que se les recuerde aquí, en la tierra, y se hable de ellos, y es esto lo que más ilumina las tinieblas de su infierno. Y él mismo expuso el concepto de la Monarquía, no sólo para utilidad de los demás, sino para lograr palma de gloria (lib. I, cap. I). ¿Qué más? Hasta de aquel santo varón, el más desprendido, al parecer, de vanidad terrena, del Pobrecito de Asís cuentan los Tres Socios que dijo: *adhuc adorabor per totum mundum!* ¡Veréis como soy aún adorado por todo el mundo! (II Celano, 1, 1.) Y hasta de Dios mismo dicen los teólogos que creó el mundo para manifestación de su gloria.

Cuando las dudas nos invaden y nublan la fé en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la



lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fé medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse, siquiera en apariencia.

Una vez satisfecha el hambre, y ésta se satisface pronto, surge la vanidad, la necesidad—que lo es—de imponerse y sobrevivir en otros. El hombre suele entregar la vida por la bolsa, pero entrega la bolsa por la vanidad. Engriese, a falta de algo mejor hasta de sus flaquezas y miseria, y es como el niño, que con tal de hacerse notar se pavonea con el dedo vendado. ¿Y la vanidad qué es sino ansia de sobrevivirse?

Acontécele al vanidoso lo que al avaro, que toma los medios por los fines, y olvidadizo de éstos, se apega a aquellos en los que se queda. El parecer algo, conducente a serlo, acaba por formar nuestro objetivo. Necesitamos que los demás nos crean superiores a ellos para creernos nosotros tales, y basar en ello nuestra fé en la propia persistencia, por lo menos en la de la fama. Agradecemos más el que se nos encomie el talento con que defendemos una causa, que no el que se reconozca la verdad o bondad de ella. Una furiosa manía de originalidad sopla por el mundo moderno de los espíritus, y cada cual la pone en una cosa. Preferimos desbarrar con ingenio a acertar con ramplonería. Ya dijo Rousseau en su *Emilio*: «Aunque estuvieran los filósofos en disposición de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos se interesaría en ella? Sabe cada uno que su sistema no está mejor fundado que los otros, pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno solo que en llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha hallado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que no engañase de buen grado, por su gloria, al género humano? ¿Dónde el que en el secreto de su corazón se proponga otro objeto que distinguirse? Con tal de elevarse por encima del vulgo, con tal de borrar el brillo de sus concurrentes, ¿qué más pide? Lo esencial es pensar de otro modo que los demás. Entre los creyentes es ateo; entre los ateos sería creyente.» ¡Cuánta verdad hay en el fondo de es-



tas tristes confesiones de aquel hombre de sinceridad dolorosa!

Nuestra lucha a brazo partido por la sobrevivencia del nombre se retrae al pasado, así como aspira a conquistar el porvenir; peleamos con los muertos, que son los que nos hacen sombra a los vivos. Sentimos celos de los genios que fueron, y cuyos nombres, como hitos de la historia, salvan las edades. El cielo de la fama no es muy grande, y cuantos más en él entren, a menos toca cada uno de ellos. Los grandes nombres del pasado nos roban lugar en él; lo que ellos ocupan en la memoria de las gentes nos lo quitarán a los que aspiramos a ocuparla. Y así nos revolvemos contra ellos, y de aquí la agrura con que cuantos buscan en las letras nombradía juzgan a los que ya la alcanzaron y de ella gozan. Si la literatura se enriquece mucho, llegará el día del cernimiento y cada cual teme quedarse entre las mallas del cedazo. El joven irreverente para con los maestros, al atacarlos, es que se defiende; el iconoclasta o rompeimágenes es un estilita que se erige a sí mismo en imagen, en *icono*. «Toda comparación es odiosa», dice un dicho decidero, y es que, en efecto, queremos ser únicos. No le digáis a Fernández que es uno de los jóvenes españoles de más talento, pues mientras finge agradecérselo, mólestale el elogio; si le decís que es el español de más talento... ¡vaya!... pero aún no le basta; una de las eminencias mundiales es ya más de agradecer, pero sólo le satisface que le crean el primero de todas partes y de los siglos todos. Cuanto más solo, más cerca de la inmortalidad aparental, la del nombre, pues los nombres se menguan los unos a los otros.

¿Qué significa esa irritación cuando creemos que nos roban una frase, o un pensamiento, o una imagen que creíamos nuestra; cuando nos plagian? ¿Robar? ¿Es que es acaso nuestra, una vez que al público se la dimos? Sólo por nuestra la queremos y más encariñados vivimos de la moneda falsa que conserva nuestro cuño, que no de la pieza de oro puro de donde se ha borrado nuestra efigie y nuestra leyenda. Sucede muy comúnmente que cuando no se pronuncia ya el nombre



de un escritor es cuando más influye en su pueblo desparra-  
mado y enfusado su espíritu en los espíritus de los que le le-  
yeron, mientras que se le citaba cuando sus dichos y pensa-  
mientos, por chocar con los corrientes, necesitaban garantía  
de nombre. Lo suyo es ya de todos y él en todos vive. Pero en  
sí mismo vive triste y lacio y se cree en derrota. No oye ya  
los aplausos ni tampoco el latir silencioso de los corazones de  
los que le siguen leyendo. Preguntad a cualquier artista since-  
ro qué prefiere, que se hunda su obra y sobreviva su memoria,  
o que hundida ésta persista aquélla, y veréis, si es de veras  
sincero, lo que os dice. Cuando el hombre no trabaja para  
vivir e irlo pasando, trabaja para sobrevivir. Obrar por la  
obra misma, es juego y no trabajo. ¿Y el juego? Ya hablare-  
mos de él.

Tremenda pasión esa de que nuestra memoria sobreviva  
por encima del olvido de los demás si es posible. De ella arran-  
ca la envidia a la que se debe, según el relato bíblico, el crimen  
que abrió la historia humana: el asesinato de Abel por su her-  
mano Caín. No fué lucha por pan, fué lucha por sobrevivir en  
Dios, en la memoria divina. La envidia es mil veces más terri-  
ble que el hambre, porque es hambre espiritual. Resuelto el  
que llamamos problema de la vida, el del pan, convertiríase la  
Tierra en un infierno, por surgir con más fuerza la lucha por  
la sobrevivencia.

Al nombre se sacrifica no ya la vida, la dicha. La vida des-  
de luego. «¡Muera yo; viva mi fama!» exclama en *Las moce-  
dades del Cid* Rodrigo Arias, al caer herido de muerte por don  
Diego Ordóñez de Lara. Débese uno a su nombre. «Animo,  
Jerónimo, que se te recordará largo tiempo; la muerte es  
amarga, pero la fama eterna!» exclamó Jerónimo Olgiati, dis-  
cípulo de Cola Montano y matador, conchabado con Lampug-  
nani y Visconti, de Galeazzo Sforza, tirano de Milán. Hay  
quien anhela hasta el patíbulo para cobrar fama, aunque sea  
infame; *avidus malae famae*, que dijo Tácito.

Y este erostratismo, ¿qué es, en el fondo, sino ansia de in-



mortalidad, ya que no de sustancia y bulto, al menos de nombre y sombra?

Y hay en ello sus grados. El que desprecia el aplauso de la muchedumbre de hoy, es que busca sobrevivir en renovadas minorías durante generaciones. «La posteridad es una superposición de minorías», decía Gounod. Quiere prolongarse en tiempo más que en espacio. Los ídolos de las muchedumbres son pronto derribados por ellas mismas, y su estatua se deshace al pie del pedestal sin que la mire nadie, mientras que quienes ganan el corazón de los escogidos, recibirán más largo tiempo fervoroso culto en una capilla siquiera, recogida y pequeña, pero que salvará las avenidas del olvido. Sacrifica el artista, la extensión de su fama a su duración; ansía más durar por siempre en un rinconcito, a no brillar un segundo en el universo todo; quiere más ser átomo eterno y conciente de sí mismo, que momentánea conciencia del universo todo; sacrifica la infinitud a la eternidad.

Y vuelven a molernos los oídos con el estribillo aquel de ¡orgullo! ¡hediondo orgullo! ¿Orgullo querer dejar nombre imborrable? ¿Orgullo? Es como cuando se habla de sed de placeres; interpretando así la sed de riquezas. No, no es tanto ansia de procurarse placeres cuanto el terror a la pobreza lo que nos arrastra a los pobres hombres a buscar el dinero como no era el deseo de gloria, sino el terror al infierno lo que arrastraba a los hombres en la Edad Media al claustro con su acedia. Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendemos a serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a nada. Queremos salvar nuestra memoria, siquiera nuestra memoria. ¿Cuánto durará? A lo sumo lo que durare el linaje humano. ¿Y si salváramos nuestra memoria en Dios?

Todo esto que confieso son, bien lo sé, miserias; pero del fondo de estas miserias surge vida nueva, y sólo apurando las heces del dolor espiritual puede llegarse a gustar la miel del poso de la copa de la vida. La congoja nos lleva al consuelo.

Esa sed de vida eterna apáganla muchos, los sencillos sobre



todo, en la fuente de la fé religiosa; pero no a todos es dado beber de ella. La institución cuyo fin primordial es proteger esa fe en la inmortalidad personal del alma es el catolicismo; pero el catolicismo ha querido racionalizar esa fé haciendo de la religión teología, queriendo dar por base a la creencia vital una filosofía y una filosofía de siglo XIII. Vamos a verlo y ver sus consecuencias.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, XI, 11.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE  
ATENEO BARCELONES

## SOBRE ALGUNOS FENÓMENOS DEL SUEÑO

---

Muchos observadores saben que fuera del alcance de nuestras percepciones existe un mundo desconocido y una infinidad de leyes naturales rigurosas, pero ignoradas por el hombre. Importa, pues, penetrar el secreto de esas leyes y aquel sutil mundo, porque de su conocimiento ha de resultar la posesión de una infinidad de fuerzas y un conjunto de medios, cuyo aprovechamiento puede transformar la faz de la tierra y el orden de las sociedades. Este es el dominio de la *Psicología experimental*, que para ciertos investigadores modernos no es otro que el de las *ciencias* llamadas en todo tiempo *ocultas*. Estas ciencias son tan viejas como el mundo. Los prodigios que se realizaban en los sagrados lugares de la India antigua, de la Caldea, del Egipto y de la Grecia, se están analizando actualmente por una serie de investigadores ilustres.

El *sueño natural* y el *provocado* nos dan a conocer una porción de hechos portentosos. Fenómenos mal estudiados todavía, pero que se irán analizando gradualmente. El *Hipnotismo*, como decía el gran Charcot, «es un mundo nuevo, en el cual se encuentran, al lado de ciertos hechos palpables, materiales y groseros, que no se apartan de la Fisiología, otros fenómenos absolutamente extraños, sorprendentes e inexplicables hasta aquí, pero que algún día se explicarán por la ciencia». De los estudios experimentales de tales fenómenos, se



sabe que algunos sujetos, durante el *período sómnico* de la vida, al permanecer su cuerpo inmóvil y aniquilarse sus sentidos, centuplica su *sér psíquico*, sus medios íntimos de percepción, y más desligado por tanto de la materia, entra en un ambiente hoy velado para el hombre. Y ese *sér psíquico* que piensa, que siente y vive durante el sueño, que afirma su independencia personal por una manera de ser exclusiva y por superiores conocimientos a los que posee en el *estado de vigilia*, ¿qué es sino el alma misma, el espíritu, que no es ya una resultante de las fuerzas vitales y del juego de los órganos, sino una causa libre, un ente especial, una voluntad activa, gozando de la integridad de sus propias facultades en ese *singular aspecto de la vida* en que los sentidos se adormecen o aniquilan?

Muchos fenómenos del *sueño* nos hacen sospechar aquellas referidas fuerzas del *cosmos* y aquellas mencionadas leyes. Utilizar y dirigir las unas y observar las otras, es lo que nos conviene. Los resultados producidos alderredor nuestro, mediante las potentes aptitudes del espíritu, hoy latentes en la mayoría de los individuos, trastornan la imaginación de las gentes de mundo y provocan la admiración de los sabios.

\*  
\* \*

Decía el profesor Bergson, en su cuarta conferencia sobre el *sueño*, dada en el *Hotel des Sociétés Savantes*, bajo la tutela del Instituto Psicológico de París: «Nada sabemos acerca de los *sueños profundos*, y esos *estados especiales de la vida* que los reemplazan, son, por regla general, *sueños* que comúnmente olvidamos. Parece remontarnos muy lejos en el espacio y en el tiempo durante *tal período*, en el cual las representaciones mentales suelen referirse a nuestra infancia, haciéndolas revivir la memoria con los detalles más nimios, y apareciendo con la matiz afectiva que los colora.»

Sabemos experimentalmente que profundizando en el *sueño hipnótico* se ha llevado la memoria de un sujeto a los más



remotos recuerdos de su floreciente juventud, completamente olvidados en el *estado de vigilia*, pudiendo referirlos al despertar, si hacemos a aquél la *sugestión* de acordarse de los mismos.

La *sensación de vuelo*, que tantas personas experimentan en el *estado sómnico*, tratan de explicarla una porción de *psicólogos* y *ocultistas* por la *hipótesis del desprendimiento del cuerpo astral*, así como varios *Santos Padres de la Iglesia*. La explicación oficial, que simplemente la atribuye a la posición de *estar acostado*, va desacreditándose poco a poco, en atención a que la actitud del *durmiente*, obligándole a no percibir la presión del suelo bajo sus pies, y a creer que vuela, debiera ser en el *sueño* su situación normal y *casi siempre permanente*, y no es así.

El *desprendimiento del cuerpo astral* en ciertos *sueños*, tendría como pruebas de su realidad—al decir de un considerable número de experimentadores—ciertos hechos observados, tales como los reseñados en las famosas actas de la *Sociedad Dialéctica de Londres*, en el fascículo II, capítulo 3.º, de 1889, firmadas por el esclarecido físico M. Varley, miembro de la *Royal Society*, y hoy director de la Compañía telegráfica submarina.

«Yo debía embarcarme—dice el profesor Varley—en un vapor preparado, y temía no despertarme a tiempo; pero tuve la *voluntad firme de hacerlo* al acostarme la víspera, idea que me había dado otras veces muy buenos resultados. La misma mañana de mi llegada *vi yo, estando durmiendo* en mi propio lecho con un *sueño profundo*, un considerable monton de maderos de construcción en un extenso patio, y dos hombres que se aproximaban a él. Subieron éstos al montón y levantaron en el aire una gruesa viga. Concebí entonces la idea de que *soñaba*, y me apercibí de que un *obús* venía hacia mí silbando, y un fragmento de éste destrozaba mi rostro. Esto me despertó, pero conservaba todavía el recuerdo de mi *ensueño*. Salté al instante de la cama, y asomado a la ventana, vi en-



tonces el patio, el monton de maderos y los dos hombres en que *había soñado*, es decir, exactamente como acababa de *percibir mi espíritu*. Nada en absoluto conocía de mi nuevo domicilio; era todavía de noche cuando me desperté, pues no habían dado las cuatro, no obstante haber llegado la víspera, e ignoraba que existiera un patio en la casa y todo cuanto yo había visto durante el *sueño*. Es evidente que me apercibí de todas estas cosas mientras mi cuerpo dormía, porque cuando me levanté—agrega el citado profesor—sobresaltado, no pude ver el montón de maderos, hasta que saqué bien el cuerpo por la ventana que abrí al momento de levantarme...»

Este ejemplo nos demuestra la inexactitud de la siguiente afirmación de Bergson:

En el *sueño* propiamente dicho, en ese *singular estado* que realmente nos interesa, *son los recuerdos los que componen la trama de los ensueños*. En el caso anterior, la conmemoración que se hace de los objetos, de las cosas, de los hechos, durante el *sueño*, no ha podido tener lugar, por cuanto el recuerdo se refiere siempre a un suceso presenciado por una persona despierta, y *ésta dormía* cuando se verificaba el acontecimiento referido.

He aquí un caso extractado de la *Psicología experimental* del catedrático de la Universidad de Munich, M. Karl du Prel.

«Rogué a M. Notzig—dice éste—célebre médico hipnotista, encargado por la *Escuela psicológica* de las sorprendentes experiencias con la tan renombrada sonámbula madame Line (1), intentar el siguiente ensayo: Dar a la sujeto durante el *sueño provocado* la *orden posthipnótica* de *soñar* la próxima noche en una determinada persona, ponerse en relación con ella y no olvidarse del *sueño* que ha tenido, recitándolo al siguiente día con todos los detalles. Implicaba esta *orden posthipnótica*

(1) La citada sujeto era una joven de veinticinco años, muy perspicaz, y presentaba asombrosas aptitudes para recibir sugerencias orales, musicales y mentales.



un funcionamiento trascendente del dominio de su imaginación, cuyo cumplimiento tenía que realizarse en el *período normal del sueño*. Creía en el éxito de la experiencia, porque se pueden producir en Line alucinaciones para el *estado vigil*, por *órdenes posthipnóticas*. Los *estados superficiales de la hipnosis* no son otra cosa, en su inmensa mayoría, que una serie de alucinaciones, y es obvio pensar que una *alucinación posthipnótica* en estos *singulares estados*, pueda llevarse al tiempo del *sueño normal* y producirse con facilidad mayor. Pero como la confianza personal no debe desempeñar ningún papel en las experiencias científicas, en que el exclusivo desenvolvimiento de la experiencia debe imponer la convicción, dejaba libre la elección de la persona a los experimentadores, porque los malévolos escépticos pudieran haber supuesto que había yo concertado o convenido la experiencia previamente con la *sonámbula*. Los mismos, pues, que hicieron tal ensayo, dieron a Line la orden de *soñar* la noche siguiente con el señor F. L. (1). Line jamás había visto, mejor dicho, nada sabía, ni conocía el lugar donde vivía este señor; la *orden posthipnótica* envolvía una *alucinación verídica*, y se requería para llevarla a efecto una asombrosa facultad: la *clarividencia*.»

«Dicha experiencia tuvo un éxito completo. Line estaba invitada por la tarde siguiente a casa de uno de los experimentadores, donde ella vino y contó el fenómeno sorprendente e inexplicable de que: *había soñado* toda la noche con el señor F. L.; describió exactamente su persona, dió los más diversos detalles sobre su vestido, su manera de hablar, su porte, su modo de andar, etc., etc. Ella lo había visto sentado en un sillón, leyendo ante la puerta de un magnífico chalet; habló de las hermosas vistas de esta finca de recreo, de la terraza, desde donde se divisa un lago cercano, en el que se mantenían dos hermosas canoas, y al Poniente, un extenso bosque de corpulentos pinos. Refirió además que había distinguido en la

---

(1) La discreción veda al autor publicar los nombres.



quinta un perro de San Bernardo, de color negro, y tres perros más, muy pequeños.»

«Todo ello es cierto que podía haber existido en la mente de alguno de los investigadores, y si cualquiera de ellos tenía la imagen en su mente del chalet con todos sus accesorios, la *proyección del pensamiento* era posible. Pero la *sonámbula*, al contar que en la quinta citada había tres cachorros, manifestó lo que ninguno de los asistentes a la experiencia sabía; no hubo, pues, el menor indicio de *transmisión mental*. En efecto, la perra de la quinta aún no hacía un mes que había parido los tres cachorros, circunstancia que ignoraban los demás. Refirió, por último, la sujeto, que vió al señor F. L. castigar a una jovencita que importunaba a una señora, descripción que no se relacionaba con la esposa de F. L., sino con una amiga de la familia, que fue reconocida por el retrato exacto que hizo de ella Line, al describirla con todos los detalles.»

«El *ensueño* de Line—agrega du Prel—no correspondía más que a la situación del momento de la visión de F. L., porque en tal momento, que era de noche, los habitantes de aquella casa de campo dormían; ha sido necesario, pues, para la producción del *ensueño*, que una *vista a distancia* o *telestesia* haya tenido lugar en el tiempo pasado, o bien fuera una visión del porvenir, como la *historia de las ciencias* nos ofrece numerosos casos. Esta *vista a distancia* de la *sonámbula* ha sido muchas veces comprobada, y existen en anteriores capítulos en mi obra varias notas recogidas, resumen de las actas redactadas al final de las experiencias llevadas a cabo, que están en mi poder, y firmadas *ante eventum*.»

«Me limitaré a mencionar—agrega el profesor alemán—lo que se ha dado en llamar *sueños retrospectivos* o *atávicos*, los que, no correspondiendo en nada absolutamente a las acciones e instintos del *soñador*, lo sumen, no obstante, en aquellos remotos períodos de desenvolvimiento de la conciencia general de la especie» (1).

(1) Marie de Manacéine: *Le sommeil tiers et notre vie*, pág. 319.



«Estas *vuelatas* o *rodeos* de conciencia—como algunos autores designan—que madame de Manaceine explica por lo que Walter Scott entendía con el nombre de *sentimiento de la pre-existencia* (y que consiste en que un medio insólito o inusitado para nosotros, del que nos apercibimos por vez primera, nos parezca completamente conocido o habitual), son evidenciados por una porción de escritores.»

En efecto, Balzac nos ha dado de esta índole de *sueños* un interesante ejemplo, sobre todo desde el punto de vista que él trata de explicar (1).

Estaba Balzac en el colegio de Vendôme con su fiel amigo Luis Lambert, del cual escribió la biografía. Un día de fiesta llevaban los Padres a sus alumnos al castillo de Rochambeau, situado en las cercanías.

«Ni yo ni Lambert—refiere Balzac—conocíamos el magnífico valle del Loir, donde esta antigua fortaleza fue construída hace muchos años. Su imaginación y la mía estaban muy preocupadas la víspera de este paseo, que por cierto causaba entre los colegiales una tradicional alegría. Nosotros hablábamos de él casi todas las noches. Cuando llegamos a la colina, desde donde se vislumbra el celebrado castillo, Luis se sentó a mi lado, y contemplando ambos el espléndido valle en que brilla el río serpenteando graciosamente por una larga pradera, éste me dijo:—Pero si yo he visto este paisaje la noche pasada en *sueños*. El reconoció el bosquecillo bajo el cual estábamos conversando, la disposición singular del follaje, el color de las aguas, las torrecillas del castillo, los accidentes del terreno y la parte más lejana de la perspectiva, todos los detalles, en fin, que yo percibía por primera vez. Éramos entonces muy niños, yo sólo tenía trece años, y Luis contaba quince. Éste presentaba la profundidad de pensamiento de los hombres geniales, y en esta época, los dos, como buenos amigos, no nos engañábamos, ni aun en broma. Lambert, dada la omnipotencia de

(1) Louis Lambert.

E. M.—Febrero 1912.



su talento, concedía una suma importancia a estos hechos, y comenzó a asombrarse de sí mismo. Le pregunté si había venido alguna vez a este sitio, durante su infancia, y sorprendiéndole mi pregunta, contestó negativamente. Este hecho—añadió Luis—del que deben encontrarse muchos análogos entre los *sorprendentes fenómenos del sueño* de ciertas personas, me dejó parado. Cuanto hemos dicho pone en claro la ínclita inteligencia de Lambert...»

«Luis me dijo: Si este encantador paisaje—leemos en Balzac—no ha venido a mí, lo que es un absurdo pensar, he ido yo, pues, a él. Si estaba aquí yo, y he visto el paisaje mientras *dormía* en mi alcoba, ¿no constituye este hecho una completa separación entre mi cuerpo material y un sér interior? ¿No demuestra tan peregrino fenómeno, ignoro por qué facultad locomotriz de mi espíritu ha sido motivado, aptitud especial equivalente a la locomoción del cuerpo? Ahora bien; si mi espíritu y mi cuerpo han podido abandonarse durante el *sueño*, ¿por qué no habían igualmente de divorciarse en la *vigilia*? Yo no encuentro un término medio entre estas dos proposiciones. Pero vayamos más lejos y penetremos minuciosamente en el asunto. O estos extraordinarios hechos de la naturaleza se cumplen de un modo riguroso por el poder de una facultad que hace actuar a un segundo sér, a quien mi cuerpo sirve de envoltura—puesto que me hallaba yo en mi alcoba y veía el castillo de Rochambeau,—y esto invierte los conceptos, o han pasado estos fenómenos en algún centro nervioso, cuyo nombre está todavía por saber, centro donde se desenvuelven los sentimientos, o han ocurrido en el centro cerebral donde surgen las ideas. Esta última hipótesis promueve trascendentes cuestiones. Yo, realmente, he marchado, he andado, he visto y he oído. El movimiento no se concibe sin el espacio, el sonido no tiene lugar más que en los ángulos o en las superficies, y la coloración no se cumple sino merced a la luz. Si durante la noche, con los ojos cerrados, he visto en mí mismo objetos coloreados, he oído ruidos en el más absoluto silencio y sin las



condiciones exigidas para que el sonido se realice; si en la más profunda inmovilidad he franqueado los espacios, es que debemos poseer *ciertas aptitudes anímicas*, determinadas facultades internas, independientes de las leyes físicas externas; la naturaleza material sería entonces penetrable por el espíritu. ¿Cómo los hombres han reflexionado tan poco ante estos singulares *accidentes del sueño* que acusan en ellos una *doble vida*? ¿No habrá una nueva ciencia en este conjunto de admirables fenómenos?—agregó, golpeándose la frente;—si no existe en tales hechos el principio de una ciencia, deben residir en el hombre colosales poderes; esos hechos, al menos, revelan la frecuente desunión de nuestras dos naturalezas, problema arduo, en el que he pensado mucho tiempo. He aquí, pues, un valioso testimonio de esa superioridad que distingue nuestros sentidos latentes de nuestros manifiestos sentidos. ¡*Homo duplex!*»

\*  
\* \*

Explica madame de Manaceine los *sueños proféticos*, bien por la suposición de tener todos los datos necesarios para esperar tal o cual acto, de tal o cual persona, pero sin poseer la menor conciencia de ello, bien por coincidencia o por casualidad. Sustento, en vista de la precisión de ciertos detalles—dice aquélla,—que hay a la fuerza que admitir una *previsión del porvenir* tan cierta, tan exacta, que seguramente ha de desconcertar el pensamiento de los más caracterizados materialistas.

Frecuentemente se comprueban en los *sueños* los fenómenos dichos de *premonición*, singular disposición que presentan algunos individuos para percibir en *tales estados* los acontecimientos futuros.

Cuenta Plutarco—*Vida de J. César*—el *sueño premonitorio* de Calpurnia, mujer de César. Esta vió en *sueños* la conjuración de Bruto y Casio y el asesinato de su esposo. A los pocos días se confirmó el *sueño* de Calpurnia.



Montluc, en sus *Comentarios*, refiere que un *sueño* le advirtió, la víspera del acontecimiento, la muerte de Enrique II, en un torneo, atravesado de un bote de lanza por Montgomery.

Leemos en Cicerón—*De Divinatione*, I, 27—el *sueño profético* de Simónides; en Valerio Máximo—VII, I, 8—el *sueño premonitorio* de Alesio Rufo y el del rey de Creso—VII, II, 4—anunciándole el triste desenlace de su hijo Athys.

Sully afirma en sus *Memorias*—VII, 383—que Enrique IV tenía el *presentimiento* de que sería asesinado en su carroza desde un *ensueño*, y sucedió así.

Hechos más recientes, comprobados en gran número, se citan en una porción de autores.

Soñó Abraham Lincoln (1) hallarse sumido en *reposo mortal*, en un catafalco, envuelto en negro ropaje y rodeado de una multitud que le lloraba. Poco tiempo después fue asesinado.

M. Goron, en su última obra—*Memoires*, tomo II, página 338,—refiere este suceso: Obligado M. Berard, por la fatiga, en el curso de una expedición, a pasar la noche en un miserable albergue, en medio de unas montañas cubiertas de árboles, vió, en *sueños*, todos los detalles de un asesinato que había de ser cometido tres años después en la misma habitación que él ocupaba, y del cual fue víctima Mr. Víctor Arnaud, ilustre abogado. Gracias al recuerdo de este sueño, hizo Mr. Berard descubrir a los asesinos.

Otro caso: La mujer de un minero vió cortar—*estando dormida*, como ella refiere—la cuerda de la jaula que sirve para bajar a los obreros a los pozos de extracción, hecho que se verificó el día siguiente, y varios mineros debieron la vida a este *sueño* (2).

Otro más: Una señorita de Nievre, vió, en *sueños*, al joven

(1) *The two Wored.*

(2) *La Psychologie Inconnue*, pág. 213.



que había de ser su esposo. Merced a aquel *sueño*, llegó a ser la referida dama, madame Emile Bedollière (1).

El *sueño premonitorio* que vamos a referir le sucedió a mi esposa: J. G., en 1888, vió una noche, en *sueños*, salir tres ataúdes de casa. A los siete meses siguientes perecieron tres hijos nuestros, víctimas del *crup*, habiendo sido enterrados juntos. La autenticidad del *suceso* y del *ensueño* pueden testimoniarlos toda nuestra familia, que es muy numerosa, e infinidad de personas que nos conocen.

En la *Revue de París*, de 1906, vienen reseñados 76 *sueños* de esta índole.

Existen otros *sueños*, en que el sujeto experimenta una intuición vaga y confusa de lo que debe suceder; éste es el *presentimiento*.

Podemos presentar una serie de casos de esa *sensación interior*, en virtud de la cual se teme algún suceso que el alma prevé de un modo confuso; pero por no fatigar ya más la atención del lector, citemos uno: el coronel Collet (2) refiere que su padre político, M. Vignerou, gran aficionado a la caza y a la pesca, salía todos los días a su excursión favorita, sin que su esposa sintiera ninguna inquietud. Sin embargo, un día quiso impedir que fuese a pescar, *teniendo el presentimiento* de que se ahogaría. Pero él no quiso hacer caso, y por la noche, al volver, le hizo burla por la puerilidad de sus temores. Al día siguiente, confesaba a su hijo político que había zozobrado la barca y no había podido salir del agua y del cieno en que se hundía sino gracias a una rama de sauce que pudo asir a tiempo. Su ropa la puso a secar, y la limpió antes de regresar a su domicilio.

Otro caso más: una averiguación jurídica demostró que, una hermana de San Vicente de Paul, tres días antes del incen-

---

(1) *Revue Scientifique*, pág. 533, t. I. 1897.

(2) *Bulletin de la Société d'Études Psychiques de Nancy*. Feb. 1902. Pág. 6.



dio del Bazar de la Caridad, de París, *soñó* que moría abrasada, y el *sueño* resultó verídico.

Sentir una cosa antes de que suceda o preverla por indicios que la preceden, no es un problema imposible a veces. J. de Maistre y otros investigadores serios, han hecho observar que «el hombre está informado de un modo natural, de todas las verdades útiles». Sin embargo, los *presentimientos* son difíciles de explicar desde el punto de vista científico. Cuando el acontecimiento presentido tiene precedentes subjetivos u objetivos, los hechos pueden ser explicados, pero en la inmensa mayoría de casos anunciados, nada se presta a la idea de sucesión o de encadenamiento.

Sabido es que en el estado de *sueño profundo*, el círculo de nuestras percepciones puede ensancharse en incalculables proporciones, a la par que escapa en cierto modo el alma de la vida física; así es como ésta trae impresiones que raras veces afectan al cerebro por impedirlo su impotencia vibratoria, y quedan ciertas huellas en nosotros más o menos vagas, en forma de intuiciones, y de cierta capacidad previsoras, influyendo, más de lo que cree, en nuestra vida, e inspirándonos nuestras resoluciones, nuestros actos.

Cuando el cerebro vibra débilmente para poder registrar los efectos potentes o sutiles producidos en los sentidos y percibidos por el alma, deseando ésta vivamente conservar para el *estado de vigilia* el recuerdo de lecciones aprendidas o de experiencias realizadas crea mediante la voluntad, cuadros, imágenes figurativas, u otras representaciones adaptadas a la aptitud vibrátil cerebral, e intensivamente las proyecta por una *acción sugestiva* sobre tan noble órgano. Si es inhábil, el *sueño* revestirá la forma alegórica. Entre los *sueños* de este género, los hay famosos, como el de Faraón interpretado por José (1).

\*  
\* \*

---

(1) Génesis, X, I, 38, y X, V.



Fuera de los instrumentos que sirven para medir la continuidad o intermitencia de las cosas, y están basados en la duración de la rotación de la tierra alrededor del sol, el *tiempo*, es un enigma para el hombre; ¿cómo los *durmientes* pueden contarle al despertarse a una determinada hora? Se ha dicho muchas veces, que el organismo humano estaba sometido a movimientos periódicos, tales como la respiración, los latidos cardíacos, y que, el cálculo inconsciente del número y de la duración de estos movimientos constituía el fenómeno estudiado por el profesor Karl du Prel, con el nombre de *La Montre dans la Tete* (1). A esto podíamos agregar, que todavía posee el hombre la medida del tiempo en las funciones periódicas del hambre y de la sed, del *estado vigil* y del *sueño*, de las fiebres intermitentes, de ciertas crisis convulsivas, etc.; pero todo esto no da exacta cuenta de los excepcionales fenómenos observados en tal orden de ideas, que conviene siempre estudiar, al menos cuando pretendemos apreciar el valor de una teoría. Mientras se obtenía la rotación de las mesas al contacto de los dedos, la hipótesis de los movimientos inconscientes era aceptable; esta opinión ha caído desde que llegó a producirse el movimiento a distancia, o *telekinesia* (2).

Todos los profesores que han sabido experimentar sobre la *sugestión hipnótica*, han demostrado en sujetos predispuestos que las *sugestiones* se ejecutaban matemáticamente a *plazo fijo* o a *término dado*, y que este *exacto vencimiento* de la orden sugerida podía referirse lo mismo a algunos minutos, como a varios meses de distancia. Y así como es factible hacer pasar varias corrientes a la vez, tanto en sentido contrario como en un mismo sentido por un hilo telegráfico, de idéntica manera se pueden dar a un *sujeto dormido*, por diferentes personas y a muy diversas fechas, muchas sugestiones, sin que éstas recíprocamente se destruyan (3). Si el *sujeto dormido* cuenta de un modo

(1) Le dedoublement du moi dans La Reve.

(2) LA ESPAÑA MODERNA. Pág. 56. Febrero 1910.—A. G.

(3) Ateneo. Pág. 257. Mayo 1910.—A. G.



inconsciente por los movimientos rítmicos de su organismo, ¿qué cálculos tan complicados debe hacer para la sugestión de un año, por ejemplo? Si son los días los que le guían en el cumplimiento acertado de la orden dada, ¿cómo puede apreciar la duración de minutos?

Esta conciencia de las horas, ¿es permanente en lo que se designa hoy con el nombre de *actividad subconsciente del alma*—Marie, Gyel, Lodge, Janet, Poodmore, Encanse y Ribot—y si en estado velado o latente de ordinario, ésta por las distracciones del mundo exterior se revela en ciertas condiciones fisiológicas tan sólo favorecidas por el *sueño*?

Si la hipótesis es cierta, un individuo *dormido* a quien se despierta en un determinado momento, debe indicar la hora exactamente. La experiencia es difícil de realizar, porque en cuanto se despierta al *dormido*, se le transporta a las circunstancias en que el *subconsciente*, actividad automática del espíritu, cesa de manifestarse. No obstante, existen ejemplos que nos obligan a admitir esta teoría.

Según el barón du Potet, un tal Deschamps poseía la facultad de poder indicar la hora precisa, cualquiera que fuera su *situación* o *estado*. Una vez fue *despertado* súbitamente de noche y se le preguntó la hora que era, él respondió con cierta pausa: Son las dos en punto. En seguida añadió: Tened en cuenta que voy con el reloj de las Tullerías. Y era aquella hora precisa que sonó al instante en el reloj susodicho.

El profesor Karl du Prel refiere que un sujeto que conocía M. Wilhelm Fräsdorf le escribió hablándole de su mujer. Es realmente maravilloso—le decía—cómo posee la noción del tiempo. Cuando a cualquiera hora de la noche miro mi reloj sin que ella se aperciba y le pregunto por la hora, al momento me dice exactamente la que indica el horario. Muchas veces le he hecho esta pregunta: ¿en qué día de la semana cae el primero de tal o cual mes? Y me respondía casi al momento conforme a la indicación del almanaque de pared, cuyas hojas iba yo después levantando. En estas experiencias—dicho pro-



fesor afirma—llegué a estropear una porción de calendarios.

Este caso no es muy decisivo, porque puede ser atribuído a la *transmisión mental* (1). He aquí otros más complicados:

El distinguido catedrático de Berlín, Dr. Kerner, sumía en el *sueño provocado* a una sonámbula que seguía estrictamente sus órdenes. A las once de la mañana—decía ella—me despertará usted. Kerner avanzó en secreto la saeta nueve minutos, de manera que la hora marcada en el reloj cuando le preguntase, sería en este nueve minutos antes. La *sonámbula* no se movió más que cuando los nueve minutos habían transcurrido, y entonces dijo a su doctor: Despiérteme usted, que son ya las once (2).

Ella regía siempre—sostenía Kerner—su *sueño* y sus órdenes con el reloj de la catedral. Si durante el *estado sómnico* avanzaba o retrasaba yo mi reloj—agregaba el catedrático—no tenía esto la menor influencia sobre el tiempo transcurrido, que era idéntico a la hora que marcaba aquél. Pero si cambiaba la hora hallándose la sujeto despierta, su *sueño* y sus disposiciones se regían con arreglo al mío (3).

Otra *sonámbula* estudiada por Echenmayer acertaba la hora precisa del lugar donde se encontraba, sin haber recurrido jamás a ningún reloj, y avisaba cuando los relojes de la villa se adelantaban, se retrasaban o paraban (4).

Una tercera se valía del reloj de la iglesia principal de Hamburgo, a pesar de habitar a una legua de la ciudad (5).

Estudiemos ahora otros fenómenos no tan extraños y sorprendentes como los acabados de reseñar, pero más útiles; nos referimos a las aplicaciones terapéuticas del *sueño*.

\*  
\*  
\*

(1) *Menancine*, pág. 36.

(2) *Histoire de deux sonambules*, pág. 72.

(3) *Essais sur la Magie apparente*, pág. 71.

(4) *Les Phenomenes psychiques*, pág. 43.

(5) *Siemers. Berliner Tageblatt*, 2.721, 1906.





Se sabe que la *sugestión* no surte efecto más que en las personas que la aceptan; de aquí, un especial arte para ejecutarla bien, en virtud de la autoridad del profesor, merced a la persuasión. Tal *operación mental* debe intentarse en las más favorables circunstancias, para que el paciente resista al influjo del hipnotizador, o se mantenga firme respecto de las ideas que este último trata de imponerle. El *sueño* es el medio más propicio para que una noción cualquiera pueda ser fácilmente sugerida.

Todos los hipnólogos han tenido que corregir a sujetos, haciéndoles ver durante el *sueño* las condiciones referidas para que la sugestión fuera un hecho.

La *Revue d'Hypnotisme de Paris* cita todos los años una porción de curaciones de enfermedades, principalmente nerviosas, mediante ese *reciente método terapéutico*.

El caso siguiente, que data del año 1889, es uno de los primeros observados entre los numerosos de hoy, y está reseñado en *La Psychologie experimentale* del susodicho catedrático de Munich:

«Asociándome a algunos amigos—dice el autor,—miembros de la *Société de Psychologie Scientiphique de Munich*, comencé la experiencia en 26 de Mayo de 1889. Una buena persona, B. P., tuvo la complacencia de ofrecerse como sujeto de experiencias, y el Dr. G. se brindó como hipnotista. El primero, herido en Sedán por arma de fuego, en un hombro, quedó privado del libre juego de su brazo derecho, continuamente atormentado por acerbos dolores. Se le sumió en pocos minutos en el *sueño hipnótico*, estado que se manifestó por un singular automatismo del brazo cataléptico. Interrogado el paciente por su herida en el *estado sómnico*, y sobre el alivio que podía obtener, habló en términos breves de morfina y de duchas frías aplicadas a la región enferma, las que le proporcionaron muy poco alivio.»

«El doctor du Prel—agrega—le dió esta orden hipnótica: Tendréis esta noche el siguiente sueño: recitaréis, contaréis



con todos los detalles los grandes y múltiples sufrimientos que os haya causado vuestra antigua herida, y diréis esto con tal vigor, con tal intensidad, que únicamente consagraréis vuestro pensamiento a encontrar un eficaz remedio a vuestro mal. Y yo os digo que encontraréis uno. Este remedio o método curativo, se imprimirá de tal modo en vuestra mente, que os sobrevendrá a maravilla a la memoria, mañana por la mañana, cuando os despertéis. Este recuerdo guardaréis en vuestra memoria, hasta que os vea el profesor du Prel, al cual contaréis minuciosamente todo vuestro *sueño*. Lo que yo os digo, *llegará, sí, sucederá, debe suceder.*»

«Se ordenó después que al despertar no experimentara la menor molestia.»

«Le dejó descansar en seguida, y luego le despertó apaciblemente. Él olvidó por completo todo cuanto había pasado, y se evitó toda alusión relativa al caso.» «Cuando fuí a verle al siguiente día—añade el doctor du Prel,—creyó B. P. de buena fe que iba yo por otro asunto que no es necesario indicar. Le hablé más tarde de la sesión hipnótica de la víspera, y se lamentó de que resultara ésta tan funesta para él. No obstante, confiesa que no había tenido dolores en el brazo posteriormente a la sesión; cosa tanto más sorprendente para él, cuanto que el tiempo estaba muy húmedo. La noche pasada me contó B. P. que la había pasado muy mal; una vez acostado, sus dolores fueron tan vivos que no le dejaron dormir durante la noche más que tres horas, de cuatro a siete de la mañana. Después tuvo un *sueño extraordinario*. Soñó que ya no tenía dolores en el brazo, lo que indicó al profesor G. Explicó éste entonces al enfermo y a su mujer que aquel *ensueño* no era otra cosa que el *cumplimiento posthipnótico* de la orden que le había dado la víspera, y todo sucedió como su hipnotizador le decía. B. P. ya no experimentó más dolores. Quedó completamente curado.»

«Dos meses más tarde recibí una carta de B. P.—añade el doctor du Prel,—el 24 de Julio; en ella me expresaba su agradecimiento por la completa curación de su miembro.»



Vino este curioso caso reseñado en la obra del ilustre profesor Bozzano, intitulada *Paramnesie et Les Reves premonitoires*.

\*  
\* \*

Por las pesquisas científicas de una porción de observadores eximios, se sabe que obrando nuestro espíritu durante el *sueño natural o provocado*, llega a veces a exteriorizar sus facultades perceptivas, entrando en relación con los elementos del *cosmos*, y percatándose de muchos fenómenos para él ignorados en *estado de vigilia*.

Merced a las experiencias de *hipnotismo transcendente* llevadas a cabo por los profesores distinguidos Llody-Tuckey, Verall, Manfroni, Solowovo, Somh, Hean, Fox-Jeuchen y Boirac, se ha llegado a restablecer por *sugestión* en determinados sujetos las secreciones suspendidas en el organismo; a actuar sobre sus nervios vasomotores, determinando en el cuerpo *equimosis* y otros *trastornos circulatorios*; a provocar la *estigmatización* por una especie de *dirección selectiva* de ciertas células; a conducir las secreciones mórbidas a lo que fueron durante el estado normal; a curar radicalmente varios procesos patológicos con la sola intensión volitiva, disponiendo de la *vix medicatrix*, y en cuya especial condición de la persona fundan los modernos neuro-clínicos la *Psicoterapia*; a la *sugestión prenatal* atribuída por algunos sabios a nuestras ocultas potencialidades psíquicas, influenciando al feto su propia madre, ora por accidente—*nævi materni*, o manchas de nacimiento,—ora de un modo espontáneo; y hasta operar ciertos cambios químicos en lo íntimo de nuestros tejidos, por un especial *metabolismo protoplasmático*.

¿No observamos los médicos con relativa frecuencia la supresión de la secreción láctea en muchas mujeres criando a sus hijos, consecutivamente a la autosugestión determinada en ellas por un anómalo *estado sómnico*?

\*  
\* \*



Durante el *sueño normal o provocado*, muchas de esas facultades latentes a que aludimos comienzan a esbozarse en determinados sujetos—sensitivos—dotados de una extraordinaria sensibilidad.

Existen individuos que, *dormidos hipnóticamente*, saben distinguir el contacto de una placa de plata, de una deplomo, de acero, de oro, de cinc o de platino, y vendados sus ojos; facultad que se ha designado con el nombre de *metalestesia*. A ciertas personas, se les ha trasladado de noche en vehículo cerrado de un lugar a otro, guardando con ellas las precauciones debidas para no percatarse de cuanto pasaba a su alrededor, y han vuelto solas de noche al primer lugar, lo que han logrado mediante su nueva aptitud, llamada *sentido de orientación*. Hay sujetos que poseen una *conciencia plena del Yo físico*—Grasset,—lo que se designa estos últimos años con el nombre de *cenestesia, o sentido de la propia existencia* (1); este *fundamental sentimiento de la existencia sensitiva*, según Maine de Birau, es muy neto en la *hipnosis* o en el *sonambulismo*, así como en el *sueño natural*, y se revela cuando está muy desenvuelto por los *fenómenos autoscópicos*. Determinados individuos sienten y se representan algunos de sus órganos—*autoscopia interna*; otros describen la constitución histológica de sus vísceras; y el sujeto del profesor Comar siguió con toda exactitud la marcha de un cuerpo extraño por el interior de su organismo. La *telestesia, o percepción a distancia*, ha sido comprobada experimentalmente por una porción de observadores en el *sueño sonambólico*. El profesor M. Albert de Rochas, del Colegio Politécnico de París, demostró en 1906, en una joven, durante el *estado profundo de la hipnosis, la sensibilización de la materia* por intermediación, y a corta distancia de ésta. Varios investigadores han conseguido transportar *neuralgias* y otros *trastornos nerviosos* de una enferma a una

---

(1) La actividad inconsciente. *Ateneo*. Núm. 5. Pág. 257.—1910.—Madrid.—A. G.



*sensitiva dormida*, mediante una *corona de acero imantada*. En ciertas históricas ha podido demostrarse un *considerable desarrollo del sentido muscular*. La *proyección del pensamiento*, o *telergia psíquica de algunos sonámbulos*, se está evidenciando todos los días en los gabinetes de investigadores ilustres.

Y no solamente en el *sueño*, sino en el estado vigil de la persona, pueden desenvolverse nuevas aptitudes, pero las manifestadas durante el *sueño* son las únicas que han sido objeto de este trabajo.

El día que desarrolle el hombre dichas facultades, hoy apenas esbozadas, será testigo de grandes mudanzas. Ellas operarán seguramente en el hombre futuro una porción de maravillas, de las que nuestros conocimientos actuales son insuficientes para formarnos una idea aproximada (1).

Algunos de los fenómenos que acabamos de reseñar, hacen renacer en nuestro tiempo las teorías de los antiguos filósofos, y una porción de científicos tratan de perfeccionar dichas teorías, y hacerlas por la experimentación demostrables. Se comienza a estudiar seriamente los tratados de los sabios olvidados de la *Edad Media*, la *antigua Magia* de los países orientales y las *ciencias ocultas* de los caldeos, de los indios, de los chinos y de los egipcios. La vieja *Teosofía* de los Faraones, el *sybilismo* de los griegos y romanos y las *pitonisas* del templo de Salomón, de Delfos y de Endor, encierran un considerable número de materias, que han entrado ya en una fase científica. El *ocultismo* estudia todos los fenómenos del *sueño* acabados de reseñar, y toca a casi todas las ramas del saber humano. No es aquél una *ciencia*, sino un medio de comprender las *ciencias*, y de hacerlas progresar.

ANTONIO GOTA,

Médico.

---

(1) LA ESP. MODER. Loc. cit.



# LAS HACIENDAS MUNICIPALES

---

Dificultades que presenta el problema de la constitución de un buen sistema tributario municipal.—Clasificación de las rentas municipales.—Los impuestos directos reales como orientación general en las Haciendas de estas entidades.—Los monopolios municipales.—La plus-valía.—Evolución de la Hacienda de los Municipios españoles.—Sistema tributario actual.—Sistema establecido en la ley sobre supresión del impuesto de Consumos.

Pocas cuestiones han preocupado tanto la atención de hombres públicos, de economistas de todos los matices y de financieros, como la constitución de un buen régimen de impuestos locales. Viene siendo éste un problema muy parecido al de la cuadratura del círculo; pues no obstante los numerosos estudios que de él se han hecho, lo mucho que se ha debatido y lo mucho que sobre él se ha legislado, todavía no ha logrado resolverlo ningún país satisfactoriamente. En la misma Inglaterra, cuya organización parece representar el ideal en esta materia, sucumbe la propiedad bajo el peso de los impuestos locales, y su reforma es una de las cuestiones que más preocupan en la actualidad a aquellos espíritus.

Lo mismo en el terreno de la ciencia que en el de la legislación positiva, el problema de las Haciendas locales, y especialmente de su órgano de expresión principal, el Municipio, ofrece dos distintos términos que corresponden a las dos opuestas tendencias que en su organización se observan. Una es aquella



que considera al Municipio como un organismo autónomo, independiente y libre, por tanto, de establecer sus impuestos sin relación alguna con los del Estado. Y otra, por el contrario, que considera al Municipio como un organismo subalterno, con un poder fiscal delegado y limitado en su ejercicio a guardar una cierta relación y armonía con el Poder fiscal nacional.

En general, las rentas en las entidades municipales pueden clasificarse en dos distintos grupos: rentas *originarias* y rentas *derivadas*. Las primeras proceden de los bienes propios de los Municipios (tierras, minas, montes, etc.) y de las explotaciones industriales, que hoy adquieren tan gran desenvolvimiento, especialmente en los grandes centros de población, bajo la forma de municipalización de servicios públicos (agua, gas, electricidad, *tramways*, etc.).

No hay Municipio cuya Hacienda patrimonial le baste para satisfacer el cúmulo de atenciones que hoy pesan sobre ellos. A la vez que esta renta *originaria*, necesitan de otra *derivada*, y cada día en una proporción mayor, porque los gastos se desarrollan con una rapidez mayor que los ingresos. Y aquí es donde surge la verdadera dificultad del problema.

Las Haciendas municipales, como decimos antes, pueden organizarse, o sobre un criterio de autonomía: impuestos separados de los del Estado, o sobre un criterio de unión o superposición a ellos: impuestos adicionales, recargos. La mayor parte de los países tienen adoptado este último sistema, que sobre muchos inconvenientes tiene como principal el de confundir los intereses de la Hacienda municipal con la Hacienda del Estado, embarazando los movimientos de ésta a tal extremo, que la transformación de los sistemas tributarios nacionales, que hoy en todas partes se intenta, se hace de todo punto imposible como consecuencia de este sistema.

La organización de los impuestos locales en Inglaterra representa el tipo del sistema de los impuestos autónomos; el contribuyente, dicen los tratadistas ingleses, debe tener un exacto conocimiento de la carga que le impone el Estado y de



la que le imponen las localidades. La organización española, la francesa y la italiana, representan el sistema de los recargos. Alemania, en su reciente reforma, en parte ya implantada, ofrece la última palabra sobre este asunto.

Veamos, pues, empezando por Inglaterra, la nación donde la vida local es más intensa, los rasgos generales de las Haciendas municipales en los diversos países, hasta llegar al nuestro, que merece consideración especial, y a él dedicaremos principalmente nuestra atención en este trabajo.

La base de los impuestos locales en Inglaterra es el *poor rate* (impuesto de pobres), establecido en 1601 por la Reina Elizabeth, como tributo parroquial, después sucesivamente modificado, y la última reforma se intenta en estos momentos. Están sujetos al impuesto de pobres todos los propietarios de minas, de bosques, derechos reales, de bienes inmuebles en general. A éste siguen una serie de impuestos de carácter especial. Al contribuyente inglés no se le puede pedir tanto, por ejemplo, para las atenciones del Condado, del Burgo o del Municipio, sino que es necesario especificar el destino que se va a dar a la contribución que se le exige. De aquí el carácter especial de esta serie numerosísima de impuestos que la forman; cada «gasto» tiene afecto su correspondiente «impuesto», y así hay impuestos sanitarios, de policía, escolares, de alumbrado, agua, etc. Todos estos impuestos, aunque autónomos, no son realmente otra cosa que tantos por cientos sobre el de pobre. Las rentas patrimoniales son bastante elevadas en los Municipios ingleses: cada día adquieren un mayor desarrollo las procedentes de los monopolios industriales (agua, gas, *tramways*, etcétera); las subvenciones del Estado a los Municipios son igualmente muy importantes. La Hacienda municipal inglesa descansa, pues, en un gran número de impuestos especiales, principalmente directos y reales, y destinados a servicios especiales, en algunos indirectos, en sus rentas patrimoniales y de monopolios y en una larga medida en las subvenciones del Estado. A la vez éste tiende a descargar de algunos servicios a



los presupuestos municipales, como el de «Prisiones», del que se ha hecho cargo el Estado recientemente (1).

La Hacienda municipal francesa aparece organizada con un criterio diferente. Las rentas de los Municipios de la vecina República están constituidas: a) Por unos céntimos adicionales sobre los impuestos directos del Estado. Estos recargos se dividen en *ordinarios*, o para atenciones generales del Municipio, y *extraordinarios o especiales*, que están afectos a servicios determinados, como, por ejemplo, a caminos vecinales, instrucción pública, etc.; de aquí que la especialidad del empleo de ciertos recursos locales no sea desconocida en Francia. b) Por algunos impuestos genuinamente municipales de escasa importancia; y c) por el impuesto de Consumos, que representa un poco menos de la mitad del total de las rentas municipales. La Hacienda municipal francesa está, como se ve, estrechamente ligada a la del Estado, y así dijo con tanta razón Mr. Caillaux, que el problema de la autonomía de la Hacienda municipal era un problema de independencia y libertad de las dos Haciendas, y en este sentido se orientan todas las iniciativas de reforma. La misma organización ofrece la Hacienda municipal italiana, salvo la diferencia de haber conseguido crear ésta un sistema de impuestos indirectos muy variados, de naturaleza muy diferente, autónomos en su mayor parte y de rendimientos muy apreciables (2).

Las Haciendas municipales de Alemania, reorganizadas

(1) En el año 1900-901, los Municipios de Inglaterra propiamente dicha, y de Escocia, obtuvieron un rendimiento de los monopolios de agua, luz y tramway de 409 millones de pesetas oro (16.353.997 libras esterlinas), repartidos en esta forma: 4.641.558 libras esterlinas (116 millones de pesetas oro) de la municipalización del agua; 8.679.687 libras esterlinas (217 millones de ídem), de la de gas; 1.489.609 libras esterlinas (37 ídem ídem.), de la de electricidad, y 2.543.143 (63 ídem ídem.), de la de tramways.

(2) Sobre la Hacienda municipal francesa pueden consultarse: L. Thorlet, *Regime financier et comptabilité del Comunes*; París, 1887; y sobre la italiana, entre otras, nos parece la más recomendable *La Finanza locale in Italia*, por Lacava; Turín, 1895.

Finanza



por las leyes de 14 de Julio de 1893 y de 24 del mismo mes de 1906, ofrecen las nuevas tendencias que se manifiestan sobre este asunto. Ambas leyes parten del principio de que los impuestos directos reales son los más apropiados a los Municipios, y los indirectos y personales al Estado. Los Municipios deben, ante todo, recurrir a los recursos de su propio patrimonio; después, a los impuestos sobre las grandes empresas, cualquiera que sea el negocio a que se dediquen, y últimamente a los impuestos reales directos. Éstos son en número de tres: 1.º, sobre la propiedad inmueble (rústica y urbana); 2.º, de patentes industriales, y 3.º, sobre los grandes depósitos comerciales creados por la ley de 18 de Julio de 1900. Dichos impuestos tienen el carácter de impuestos municipales. Los exige el Municipio por sí y no en forma de recargos, que sólo en casos muy excepcionales autoriza la ley.

Cuando todos estos recursos sean insuficientes, están autorizados los Municipios para establecer impuestos indirectos, siempre que éstos no graven las carnes, cereales, patatas, etc.; los artículos que la ley enumera y señala como de primera necesidad.

Dada por la ley de 1893 la orientación del nuevo sistema tributario municipal, quedaba por hacer la segunda parte de la obra, o sea la de proporcionar bases sobre las que los impuestos directos reales habían de descansar. Estas nuevas bases son las que ha venido a ofrecer la ley de 1906, autorizando a las Municipalidades para establecer un impuesto que grave a la plus-valía (1) de la propiedad inmueble, y otro a la inmovilización de esa misma propiedad.

Hay dos clases de plus-valía. La primera es aquella que tiene por causa las mejoras llevadas a las tierras o a las construcciones por el mismo propietario: esta plus-valía queda libre del nuevo impuesto. La segunda es la que proviene de las cir-

(1) La expresión inglesa *unearned increment*, valor no ganado, responde más exactamente al sentido que, en el orden tributario, tiene la palabra *plus-valía*.

unearned  
increment



cunstancias, como el aumento de población, aperturas de calles, obras de saneamiento, carreteras, vías férreas, etc.; todos estos movimientos de la colectividad repercuten en la propiedad, dándole un aumento de valor sin esfuerzo ni intervención alguna por parte del propietario; sobre esta plus-valía recae el nuevo impuesto.

El impuesto sobre la plus-valía de inmueble ha sido establecido en provecho del Estado en la posesión Alemana de Kías-Teheon, y como impuesto municipal en varias poblaciones importantes, tales como Francfort, Colonia, Gelzenkirchen, etc.; y está en estudio en las de Berlín, Bantsen, Brême y Hanan.

La municipalidad de Francfort ha sido la primera que en Alemania ha establecido ese nuevo impuesto; se satisface cuando la propiedad se transmite por actos intervivos o mortiscausa, y es plus-valía según la ley: «la diferencia entre el precio de adquisición y el de venta», descontando el importe de las mejoras llevadas a cabo por el propietario, que tiene que justificar ante el Municipio. El impuesto es progresivo: del 5 por 100, cuando la plus-valía es inferior al 35 por 100 del valor del inmueble; del 6 por 100, cuando es del 35 hasta el 40 por 100; del 7 por 100, hasta el 45 por 100, y así sucesivamente, hasta un máximo del 25 por 100 de gravamen, cuando la plus-valía representa el 100 por 100.

El otro impuesto atiende principalmente a combatir la especulación con los terrenos sin edificar (solares), promoviendo por este medio las edificaciones, y con ellas las fuentes del trabajo. Consiste en un impuesto, también progresivo, sobre el valor de los solares en relación con el tiempo que permanezcan sin edificar. La escala de este impuesto, empieza con un 2 por 100, aumentado de 2 en 2 por 100 cada período de diez años; cada vecino se hace nueva valoración de los terrenos, y la escala termina en un 20 por 100 (1).

(1) El *Bulletin de Statistique et de Legislation comparée*, primer se-



Nuestros Municipios, que antes contaban con recursos propios, y vivían, por regla general, vida prospera e independiente, son en la actualidad de corte francés, pues de Francia fueron importados, como la mayor parte de nuestra legislación administrativa, civil, procesal, etc. Esta fué la verdadera invasión que después del año ocho hicieron nuestros políticos, invasión que penetró en la familia, en el Municipio y en el Estado, infiltrando en todos estos organismos un espíritu que rechaza nuestra tradición, nuestra historia y nuestra raza. Hemos de hacer patria, no con el tópicó de la «europeización», sino «españolizándonos»; al nivel de Europa nos pondremos el día que traigamos reconstruídos nuestros seculares organismos municipales.

Tienden las legislaciones más modernas a dar a la Hacienda de los Municipios una base patrimonial, predominando en Inglaterra los bienes de carácter industrial y en Alemania los territoriales. Como rentas *derivadas*, se les ofrece una serie de impuestos que pueden utilizar por este orden: 1.º, los directos reales; 2.º, Los indirectos sobre las manifestaciones del lujo; 3.º los indirectos sobre el consumo que no recaigan sobre artículos de primera necesidad, autónomos e independientes todos ellos. Pero como, lo mismo en Francia, que en Inglaterra, que en Alemania, como entre nosotros, existen Municipios rurales, en que esos recursos no son utilizables, o aun siéndolo ofrecen escasos rendimientos para éstos y aun para que las grandes poblaciones puedan extender sus funciones, se ha adoptado el sistema de las «subvenciones», como preferibles al sistema de los recargos y al gravamen de los artículos de primera necesidad.

Toda nuestra tradición municipal descansa precisamente en esa tendencia que hoy se nos ofrece como la última palabra

---

mestre de 1906, ágr. 764 y siguientes, transcribe el texto de los artículos más interesantes de las Ordenanzas municipales. Las leyes están traducidas en dicho *Bulletin* de Julio 1906.



del progreso. La Hacienda de nuestros Municipios era, no predominante, sino casi exclusivamente patrimonial; poseían dehesas, prados, campos, huertas, viñas, montes, sotos y otras clases de fincas rústicas, sin contar censos y otros derechos reales sobre heredades particulares; eran dueños también de casas, molinos, batanes, mesones, hornos, mataderos, almudíes, lonjas, puentes, aguas, baños, pesquerías, etc.; a este patrimonio, perteneciente a nuestras Corporaciones municipales, lo denominaba nuestra antigua legislación «Propios de los pueblos». Sus productos se aplicaban a las atenciones municipales, y cuando eran insuficientes, acudían las Municipalidades a la imposición de «Arbitrios» sobre tiendas, posadas, molinos, etc., como recursos supletorios. A fines del siglo XVIII y principios del anterior, las rentas de «Propios» y «Arbitrios», después de cubrir los gastos de los pueblos, ofrecían un remanente que, según cálculos de Canga-Argüelles, ascendía a 16 millones de reales (1).

En la segunda mitad del siglo XVIII se reorganiza la Administración de «Propios», acentuando la tendencia centralizadora iniciada en el siglo XV, y por decreto de 30 de Julio de 1760 se puso bajo la dirección del Consejo de Castilla. En la instrucción ó reglamento anejo al decreto se consigna esta prevención, que hoy pomposamente llamaríamos *política de desgravación*. Regle y vote cada Consejo, tanto los gastos de la Administración de justicia, como los de las fiestas votativas, salarios de Médico, Cirujano, Maestro de primeras letras y demás obligaciones que sobre sí tenga, con relación al producto de sus «Propios», procurando que siempre quede de ellos algún sobrante que sirva á redimir sus censos, si los tuviere, y si no a *descargar de Arbitrios*» (cap. 3.º); y más adelante se dice que cuando un Municipio tenga sobrante de sus productos de «Propios y Arbitrios» y no tenga cargas que re-

---

(1) *Diccionario de Hacienda pública*: D. José Canga-Argüelles, t. I, pág. 449.



dimir, emplee dicho sobrante en adquirir «Propios» hasta constituir la renta que le ofrezcan los «Arbitrios», de modo que no se vea precisado a valerse de otros medios que perjudiquen la libertad y disfrute de los comunes a los vasallos (capítulo 18) (1).

La desamortización y el sistema tributario de D. Alejandro Mon transformaron el régimen económico de nuestros Municipios. Actualmente cuentan con dos categorías de ingresos: una, denominada de «Recursos ordinarios», que comprende los ingresos genuinamente municipales (bienes de Propios, productos de montes, impuestos municipales, beneficencia, instrucción pública, extraordinarios y reintegros), y la otra de «Recursos legales» (recargos sobre territorial, industrial, carruajes de lujo, cédulas, consumos y peaje). Según la estadística formada por la Comisión extraparlamentaria de Consumos, el importe total de los ingresos realizados en el ejercicio de 1905 por los Municipios de España asciende a 213.295.349 pesetas. De esta suma corresponde a «Recursos ordinarios» 84.139.824 pesetas, un poco más del 38 por 100 del total ingreso, y á «Recursos legales» 129.155.225 pesetas, o sea el 62 por 100 (estado núm. 16).

En estas condiciones ocurre preguntar: ¿Quién es aquí el prisionero? ¿Es la Hacienda del Estado de la municipal, o ésta de aquélla? Las dos, puede contestarse; pero con una diferencia: que la Hacienda del Estado, como más fuerte, llega el caso, y se sacude del Municipio y reorganiza o aligera sus impuestos, sin tener en cuenta los quebrantos de la Hacienda municipal. Esta es la política financiera que se inició en 1900, y en ella se persiste. Se creó en esa fecha el impuesto de utilidades, el cual se formó, en su mayor parte, segregando conceptos de la contribución industrial, y cada presupuesto puede decirse se sustraen de ésta nuevos conceptos, que pasan a aqué-

---

(1) Real decreto de 30 Julio 1760, apéndice «Novísima Recopilación», lib. 7.º, tít. 16, leyes 12 y 13.



lla, con lo cual, la base sobre que pueden establecer recargos los Municipios, si no se reduce, al menos permanece estacionada; algunos años, sin embargo, han experimentado sensible baja. Los ingresos presupuestos por «industrial» fueron superiores a 50 millones de pesetas en los años de 1894-95 a 1898-99; en 1900, de 48,4 millones; 48,7 en 1901; de 49,0 en 1902, de 49,2 en 1903; de 50 en 1904 y 1905; de 49,5 en 1906 y de 51,7 en 1907 (Estadística de Presupuesto; estado núm. 93), mientras que lo de utilidades empezó en 1900 con 107,2 millones, y llega en 1907 a 131,0 millones de pesetas (ídem íd. núm. 94). La mayor parte de este último ingreso, si hubieran seguido las cosas como antes de 1900, debía ser base de recargos municipales, pues el progreso industrial y comercial del país ha sido grande, por ser la «Sociedad y la Compañía» donde se concentran las grandes masas de capitales, la forma corriente de explotación de esos negocios, y ésta es precisamente la causa de que tributen por utilidades. Hay que separar la política de la Administración, y sobre todo de los Municipios, se dice a cada paso, y sobre éstos recaen al fin todos los efectos perniciosos de la política; bandera política es la desgravación, y en nombre de ella y sólo por ella se desgrava un día el pan, otro los vinos, con lo cual esa política social se hace a costa de los Municipios.

La ley sobre supresión del impuesto de Consumos, del mes de Junio último, transforma por completo la organización de nuestras Haciendas municipales. El principio en que se funda de ceder a éstas los impuestos directos, y especialmente los de carácter real, es el mismo que hemos expuesto como dominante en Europa; pero, desgraciadamente, la realidad de nuestro país es cosa distinta a la de Inglaterra y Alemania, y por eso en la práctica no podrá menos de encontrar serias dificultades.

A los Municipios que en virtud de dicha ley hayan suprimido o supriman el impuesto de Consumos se los autoriza para establecer como recursos sustitutivos, aparte los establecidos en la ley Municipal, los siguientes:



1.º Arbitrio sobre el aumento determinable del valor de ciertas fincas por efecto de obras o servicios costeados con fondos municipales, o sobre el beneficio especialmente obtenido por algunas personas o clases de las mismas obras o servicios, aun cuando no exista aumento determinable de valor.

2.º Otro sobre los aumentos de valor que obtengan, en determinado período de tiempo, los terrenos del término municipal, independientemente de la acción del propietario.

3.º Impuesto sobre el inquilinato.

4.º Impuestos que podrían consistir en los recargos sobre las contribuciones directas del Estado; arbitrios sobre carruajes de lujo y pompas fúnebres; imposición municipal sobre los billetes de espectáculos públicos, juegos permitidos, casinos, círculos y otras sociedades de recreo; imposición sobre el consumo de gas y electricidad; arbitrios de Consumos sobre los artículos de lujo, que no pasará del 20 por 100 de su valor; sobre los de lujo de mesa, que no podrán exceder del 10 por 100, y sobre los de primera necesidad, cuyo máximo será del 5 por 100; repartimiento general y prestación personal.

Estos recursos, aparte de que sólo podrían ser utilizables por media docena de Ayuntamientos de los nueve mil y pico que tiene la nación, aun en esos ofrecería escasos rendimientos, desde luego insuficientes para sustituir sus cupos actuales de Consumos, como se pretende.

Los aumentos determinables de valor de ciertas fincas por efecto de obras o servicios costeados con fondos municipales, no es, no puede considerarse en modo alguno como base permanente y segura de renta, a lo sumo como un nuevo recurso de carácter transitorio, o mejor dicho, una especie de reintegro que harían a los Ayuntamientos los beneficiados por dichas obras y servicios.

Pero la ilusión es todavía mayor con el arbitrio sobre el aumento de valor de los solares.

Un Municipio que invirtiera gran parte de sus fondos en obras de policía urbana, como son apertura de nuevas calles,



saneamiento, higiene, etc., etc., crearía con ellas ese aumento de valor, no ganado por el propietario, que se pretende encontrar como base del arbitrio que se propone. ¿Pero acaso nuestros Municipios, exceptuando en parte al de Barcelona, hacen lo que los alemanes e ingleses, donde ese arbitrio existe y de donde lo hemos tomado? Entre nosotros, el aumento de valor que sin intervención alguna del propietario experimentan los valores, es por obra y gracia del tiempo que están sin edificar, y sobre base tan reducida y pobre como ésta, no es posible asentar la Hacienda municipal.

Respecto al impuesto sobre el inquilinato, baste decir que la propiedad urbana está gravada con un tipo medio del 20 por 100 de su renta en toda España, aparte los recargos municipales, que son del 16 por 100 sobre la cuota del Estado. Ese gravamen es en Madrid del 21 y 23 por 100, sin recargos y otra porción de arbitrios. El precio de las viviendas resulta, por consiguiente, elevadísimo, y por débil que sea el arbitrio que se establezca, de seguro que no podrán soportarlo la mayor parte de los inquilinos. Pero como compensación a estos nuevos gravámenes, se dice se suprimirá el impuesto de Consumos, con lo cual las subsistencias se pondrán más baratas, como si no tuviéramos bien cerca la experiencia de la desgravación de los trigos, de sus harinas y del vino, de las que sólo se han aprovechado especuladores y monopolizadores.

Esta es la razón por la que decíamos antes que aun siendo buenas la orientación y tendencia de la ley de supresión del impuesto de Consumos y la transformación de las Haciendas municipales, no creemos pueda dar resultados prácticos en nuestro país, ni desde el punto de vista financiero local, porque los nuevos recursos son en su mayor parte ilusorios, ni desde el económico-social, pues la experiencia de supresión de los Consumos hecha en Madrid basta para demostrar que nada ó muy escasamente influye ese impuesto en el precio de las subsistencias.

FRANCISCO ESPINOSA Y G. PÉREZ,

Del Ministerio de Hacienda.



# LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

---

## Un viaje a Francia en 1792.

Las páginas que siguen están destinadas a formar parte de un libro en el cual se estudian y exponen las relaciones de nuestro país con el acontecimiento extraordinario que, en las postrimerías del siglo XVIII, vino a cambiar la faz de la tierra. No existe pueblo alguno en Europa que no haya contribuído largamente a la literatura alimentada por la Revolución; que no haya registrado las proezas y andanzas de sus hijos cuando, por azar o por entusiasmo irresistible, intervinieron en aquellos episodios; que no haya agotado sus archivos particulares y públicos; que no haya exhumado cartas, notas y recuerdos de testigos presenciales; que, en el sentido de la historia pragmática o de la historia íntima, en el aspecto de los hechos, de las costumbres o del espíritu social, no haya investigado y desenvuelto, en suma, los mil y mil dramas particulares en que se descompone aquella gran tragedia y que subyugarán eternamente, con invencible poder de fascinación, la curiosidad apasionada de los hombres.

Tan sólo España parece haberse sustraído a esa curiosidad universal, mirando con desvío un tema apurado en casi todas las naciones y poco menos que intacto en la nuestra, no obstante los adeptos militantes que proporcionó en el mismo Pa-



rís a la Girona y a la Montaña; no obstante haber sido nuestra tierra refugio principal de aristócratas emigrados y sacerdotes expulsos, que la convirtieron en foco de perennes conspiraciones realistas; no obstante haber trocado en una hora, después de la guerra del Rosellón, nuestro papel de paladines de la vieja Francia por el papel opuesto de únicos aliados de la República y de instrumentos sumisos del Directorio. Así, pues, Burke y los demás flageladores de la Revolución en Inglaterra pudieron hartarse de llamarnos *el feudo del Regicidio*, como nos habían infamado la víspera, a título de *la Coblenza del Sur*, los libelistas y voceros de la demagogia francesa. Ni este cúmulo de relaciones privadas y públicas, ni la continua y larga repercusión de aquel movimiento en los destinos de nuestro país, ni el supremo interés de la catástrofe en sí misma, han conseguido avivar el celo de los investigadores nacionales para que contribuyeran a la producción histórica que tantas obras maestras ofrece más allá de los Pirineos, en las cuales la belleza artística, la erudición escrupulosa y el incentivo dramático se confunden en idénticas proporciones y en forma no superada actualmente por ningún género de literatura.

Tal vez, en el cuadro que presente ahora al lector sea posible entrever y fijar la extraña posición de espíritu largo tiempo guardada por los españoles en cuanto a los *sucesos* de la Revolución francesa, con todo y tratarse a menudo de liberales, de volterianos y de afrancesados. En la reconstitución del viaje que es objeto del presente estudio, y que he debido intentar sobre rastros muy débiles y efímeros, observaremos a un ilustre literato español, encarnación de toda su época, puesto frente a frente del volcán revolucionario, bordeando entre curioso y arrepentido sus laderas, asomándose un momento a su cráter y volviendo para siempre los ojos y la espalda, y aun la memoria, al espectáculo grandioso y horrible, como si quisiera relegarlo a perpetuo olvido; ni más ni menos que su nación debía sofocar y esconder después casi todos



los testimonios directos y vívidos que pudiesen evocarlo algún día.

\*  
\* \*

El domingo, 6 de Mayo de 1792, poco antes de media noche, el parador de la diligencia de Bayona en Madrid presentaba la peculiar animación de los días de salida. El enorme vehículo obstruía la calle. Mundos, fardos y maletines iban encastillándose sobre el imperial; y el pintoresco farolón del testero proyectaba su cono de luz sobre los mozos soñolientos que sacaban los tiros de la cuadra, enganchaban el ganado y repasaban los atalajes y colleras, de vez en cuando sacudidas, con estruendo musical, en la quietud de la noche.

Poco a poco, los pasajeros pusieron pie en el estribo, hundiéndose en la oscuridad de la gran balumba. Otros ocuparon sus asientos de berlina. El postillón había montado ya; el mayoral daba el último vistazo a los preparativos, recibía los últimos pliegos, contestaba maquinalmente a las últimas recomendaciones, y todavía un grupo bastante compacto se aglomeraba junto á la portezuela, despidiendo con las más expresivas demostraciones de deferencia y cariño a un personaje de toda distinción, que distribuía apretones de mano y revelaba las agrídulces y contradictorias emociones de quien deja patria, familia y amigos para correr mundo, en una anhelada y larguísima excursión de estudio o de deleite. Pudo hurtarse, por último, a los brazos que lo retenían; ajustó a su cuello el tapabocas de abrigo que llevaba a prevención, y afirmó su gorra o cachucha de viaje, ocupando en la diligencia el puesto reservado anticipadamente. Al mismo tiempo, resonó la voz imperiosa del mayoral; restalló el látigo, trazando una rúbrica en las tinieblas; arrancaron los tiros, con empuje violento; la balumba rodó, vibrando, con ruido de caja armónica, por el centro del arroyo, y el grupo quedó junto al parador, gritando: «¡Adiós, buen viaje!», hasta que se dispersaron, como un cuadro fundente, perdiéndose en las extraviadas callejas, los



cuatro o cinco eclesiásticos y abates, con algún covachuelista y guardia de corps, que acababan de despedir al pasajero.

Media hora después, atravesado el puente, abandonados a su quietud los barrios extremos de la villa, en plena oscuridad del campo y de la noche, nuestro viajero arregló en las perchas o debajo del asiento sus paquetitos y bártulos de mano, tomando las precauciones y postura definitivas del hombre que se decide a invertir el resto de la noche durmiendo, o con la menor incomodidad posible, ante la perspectiva de seis días a pasar en ajetreo continuado. Sin duda, cerraría los ojos para atraer un sueño rehacio a presentarse, pidiendo a la inmovilidad material la engañosa apariencia del descanso, y procuraría apartar de su imaginación el enjambre de visiones que por ella revoloteaban como en torbellino. Pero cuando se deja la corte de las Españas en el momento más brillante de una victoriosa juventud; cuando se acaba de gozar un triunfo de aquellos que forman época en los anales de su patria, y, más allá de los Pirineos, sonrío la esperanza de cuatro o cinco años de embeleso ante todas las maravillas de la civilización; cuando el pasajero taciturno, incrustado en un ángulo del carricoche, se llama MORATÍN, entonces no es difícil adivinar que esperaría en vano las caricias insulsas de la ninfa del sueño.

D. Leandro Fernández de Moratín tenía entonces treinta y dos años, como habiendo venido al mundo en 1760. Reunía todas las gracias del espíritu: ingenio, donaire, picante ironía, vasta lectura, gusto limitado por la estrechez de horizonte propia de su época, pero solidísimo y seguro dentro de esta restricción. Era el ejemplo cabal de lo que se llama un temperamento literario; cierta musa, inseparable de él, comunicábale sin tregua el hechizo indefinible y misterioso de la amenidad. Y hubiera añadido a tales dones los de una figura atractiva y un rostro agraciado, si las viruelas que padeció en la niñez no hubiesen venido a desfigurarle en gran parte con aquella terrible marca de su siglo que no perdonaba a pastoras ni a duquesas.



En la fecha de que hablo, y después de la modesta y temprana distinción obtenida en un certamen de la Academia Española (1779), por su canto épico *Las naves de Cortés destruidas*, Moratín había escrito no pocos de sus mejores versos; había vuelto a merecer galardón (1782) por la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que tituló *Leción poética*; había estrenado, después de inauditos apuros y contratiempos, *El viejo y la niña* (1790), poniéndose a la cabeza del bando reformador del teatro castellano, en que tanto figuró su padre antes que él; había publicado *La derrota de los pedantes*, metiéndose con ardor en la polémica literaria, que venía llenando el siglo XVIII, como suele llenar todas las decadencias y períodos de corrupción, y acababa de estrenar, cosa de tres meses antes de su viaje, o sea por Febrero de 1792, la más deliciosa, si no la más perfecta, de sus obras teatrales, *La comedia nueva o el café*, cuya primera representación le depa-  
ró un triunfo insólito y desbordante, por lo mismo que venía después de una tremenda conjura y de una gran batalla.

¿Cuál era el motivo de la peregrinación que emprendía en aquel instante? La vida de Moratín el hijo ha sido contada tantas veces, que había de resultar imperdonable redundancia ofrecer de ella una eneésima refundición en este relato, no obstante lo cual, será preciso acudir a las más indispensables referencias. Si hemos de dar fe a sus biógrafos más señalados, y en especial a su amigo y confidente D. Manuel Silvela, afrancesado como él, y en cuyos brazos había de morir cosa de treinta y seis años más tarde, compartiendo la misma expatriación; si hemos de creer a estos testimonios, Moratín se alejaba de la corte por miedo a la Fortuna. Temía ser capturado, como un pobre satélite, por los beneficios de Godoy, cuyo gran valimiento con la reina María Luisa empezaba a escandalizar a Europa. En menos de tres años, de simple guardia de corps había ascendido a coronel, a brigadier de ejército, a teniente general, a grande de España. Aun antes de intervenir directa y oficialmente en la gobernación del país, su bue-



na estrella había deslumbrado ya a los ambiciosos, a los necesitados y a los pedigüños. Tenía su corte; veía llenas de postulantes y palaciegos sus antecámaras; distribuía mercedes, gracias y sinecuras.

El impecable estilista madrileño había participado de las primeras distribuciones de esa privanza. Un compañero de armas del valido, el guardia de corps D. Francisco Bernabeu, hombre de ilustración, honrado, modesto y gran amigo de los literatos, se prendó de las cualidades de Moratín y del polígrafo D. Juan Pablo Forner, y quiso presentarlos a D. Luis Godoy, hermano del omnipotente favorito. Conociólos éste, y les halagó y protegió desde el primer día como deseoso de formarse un partido, rodearse de personas inteligentes, en previsión de los graves empeños a que parecía llamarle el destino, y hacerse perdonar, con el acierto de sus preferencias y liberalidades, lo impuro y odioso de su origen. Forner fué nombrado fiscal de la Audiencia de Sevilla y a Moratín se le confirmó un beneficio en la iglesia parroquial de Montoro, unido a una pensión de 500 ducados sobre la mitra de Oviedo. Sí; Moratín fué *abate*, aunque sus biógrafos y panegiristas hayan escamoteado cuidadosamente esta palabra depresiva! Fué abate como su amigo Melón, como Viera y Clavijo, como el botánico Cavanilles, como Marchena, como Muriel, como el mismo Cladera, por él inmortalizado bajo la figura de *D. Hermógenes*. Aceptó, ya en tiempo del ministerio Florida Blanca, una prestamera de 300 ducados en la archidiócesis de Burgos, pretexto para no morir de hambre. Con este motivo, ordenóse de prima tonsura (Octubre de 1789) para ser algo en la tierra, *si el ser abate es ser algo*, como él mismo hubo de decir en el romance postulatorio que dirigió al insigne y astuto golilla murciano (1). Y para mayor incongruencia, siguió simultáneamente con este carácter religioso el ejercicio de una profesión

---

(1) *Obras de D. Nicolás y de D. Leandro Fernández de Moratín*, tomo segundo de la Biblioteca Rivadeneyra, pág. 600.



manual, semihereditaria en la familia, desde su abuelo, el guardajoyas de Isabel Farnesio, hasta su tío D. Miguel, junto con el cual trabajaba en la platería de la calle de las Veneras el futuro autor de *El sí de las niñas*. De la misma suerte, Lope de Rueda había sido batihoja, y el relojero Carón acababa de convertirse en Beaumarchais.

Pues bien; el dulce *Inarco* se sustraía a la fortuna, poniendo por obra el viejo aforismo, según el cual el valor está en la huída. Huía a la peligrosa amistad de un omnipotente, que no tardaría en aprovecharse de sus luces, prevalerse de su renombre y encadenarlo a sus destinos, para arrastrarle después en una caída más o menos remota, pero fatal e inevitable. A sí propio parecen aplicables estas palabras, que escribió en la vida de su progenitor: «Incapaz de malograr el tiempo en las antecámaras, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar a los falderitos de la señora; poco a propósito para trinchar en sus mesas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres, demasiado austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, inútil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el manejo de los naipes, mal podía hallar con facilidad los caminos que conducen a la fortuna.» Sensible, por otra parte, a los beneficios recibidos; débil de condición, incapaz de caer en las vilezas de la ingratitud, reconocíase sin fuerzas para asistir al cerco que el flamante duque de Alcudia ponía a su flaca voluntad. Una cosa era dedicarle versos galantes y finezas poéticas nada comprometedoras, con las cuales pagaba inocentemente los favores obtenidos, y otra muy distinta desviar su vocación y sacrificar su persona a la temeridad de una empresa política, cuyo desastroso término adivinaba con segura intuición. Moratín, como tantos otros de sus contemporáneos, entonó alabanzas al futuro príncipe de la Paz, que descollaba entonces como el primero entre los Mecenas, en una época en que el arte todo vivía de este arrimo y no había conquistado ni una sombra de independencia material. Aun así, sus composiciones de este género son, sin duda, las más discretas en su línea,

E. M.—Febrero 1912.



limitándose a lisonjear la florida juventud y los anhelos de ilustración y cultura de que hacía gala el afortunado extremeño, según es de ver en la IV, V y VI de las epístolas, esta última en *fabla* antigua:

*A vos el apuesto complido garzón,  
asmándovos grato la péñola mía  
vos faz omildosa la su cortesía  
con metros polidos vulgares en són...*

Buscó, pues, un pretexto decoroso, invocó su necesidad de instruirse y viajar en preparación de sus proyectos literarios, y obtenida la venia de Godoy, que la concedió, acompañada de una ayuda de costas de 30.000 reales, dedicóse Moratín, gratamente ilusionado, a los sabrosos preparativos de la partida. Consignó las pensiones de sus beneficios eclesiásticos en casa de los banqueros Joyes, para atender al reembolso de las letras y cartas de crédito que tomó; dejó en poder de un tal don Bernardino títulos y acciones para suplir los descubiertos en caso de necesidad; completó su ajuar, hizo sus visitas de despedida a Godoy, al conde de Aranda, entonces primer ministro, a Llaguno, a todos sus protectores y a los antiguos compañeros de obrador; comprometió el pasaje con impaciente anticipación, y amaneció, por último el día de la marcha, hallándole excitado e insomne, como cumplía a tan memorable fecha.

\*  
\* \*  
\*

Moratín había resuelto empezar su viaje por Francia, y, como primera etapa del mismo, se dirigía a Bayona. Mientras el pesado armatoste atravesaba la solemne desnudez de los campos manchegos animados por la luna inmortal del Toboso, por la sombra fantástica de los molinos y el ilusorio rumor de los batanes, la imaginación del viajero había de sentirse oscilar entre dos opuestos incentivos, entre dos mundos de ideas, entre dos polos de la emoción. Detrás de sí, a la espalda, iba



dejando la corte de las Españas con todos sus recuerdos de una tranquila niñez, con todos sus afectos familiares, con todas sus esperanzas literarias y los halagos de una reputación creciente y sólida. Allá quedaban los gustosos paseos por el Prado, la celda del P. Estala y el grato platicar sobre toda suerte de humanidades. Allá, las frecuentes lecturas, las chanzas y los donaires a costa del tropel de grafomanos y versistas que fueron el regocijo de su tiempo: Comella, Cernadas, «el pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zabala y demás garulla de insensatos», y toda «la turbamulta de los chorizos, de los pedantes, de los críticos de esquina y los autorcillos famélicos y sus partidarios» (1). Allá también las deliciosas disertaciones de Pedancios y Ermeguncios, en el *Correo* o en cualquier otra gaceta, a propósito de *El viejo y la niña*, reprendiendo a Moratín haber dado en la *prótesis* una idea demasiado clara, que atropella y resta interés a la *epítasis*, o haber escogido la fábula *simple* de Aristóteles en vez de la *implexa*, sin disputa más rica por el aliciente que dan a su desarrollo la *agnición*, la *peripecia* y otros mil variados y peregrinos recursos (2). Allá quedaba, en fin, aquella placidez de una vida casi provincial, que tan intensamente evocan las rápidas, pero sugestivas, anotaciones de su *Diario*: día tantos, «a casa de mi tío Victorio»; «al anochecer, a la Fontana; refresco, seis cuartos». Día cuantos: al sermón de los Baslios, a la bóveda de San Ginés, a comer buñuelos con los del obrador, a casa de la tía Anita, a ver a los ahorcados, al claustro de la Soledad. Y, más lejos: a correr las estaciones, a la fonda de los Milaneses, a una comedia casera (3).

(1) Carta de Moratín a Forner, *Epistolario Español*, t. II (vol. 62 de la Bibl. Rivadeneyra), pág. 216.

(2) *Correo* del 30 de Junio y 7 de Julio de 1790, citados por Cotarelo en *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, págs. 392 y 393. El parlamento de don Hermógenes, en la escena IV del acto primero de *El café*, parece, en efecto, calcado sobre esas extravagancias.

(3) *Obras póstumas de Don Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, 1867-1868, t. III, págs. 229 y siguientes.



¡Qué contraste el de esa quietud doméstica, semiconventual y levítica, de nuestra Corte en las postrimerías del siglo XVIII, con el mar fragoroso de la Revolución que se había desencadenado en Francia, y en el cual, por ventura sin noción exacta de su violencia y furor, corría a engolfarse nuestro ilusionado viajero! He aquí lo que pensaba y escribía, el 25 de Abril de 1792, en carta a Forner, como dos semanas antes de su marcha: «Carísimo: Tengo ya pasaporte y recomendaciones del Rey para afufarlas a Francia a principios de Mayo, »esto es, el 7 u 8. Regularmente no te escribiré hasta *que me »fije en París*: si quieres algo para allá, no dudes mandarme, y »también si quieres que dé alguna carta tuya a Florián, puedes enviármela, pero debe ser a vuelta de correo. Mi viaje »será largo, si alguna circunstancia inopinada no me hace »volver fuera de tiempo. Creo que podré adelantar *allí* mucho, »y, si no me equivoco, ganará mi salud otro tanto *en aquella »tierra fría y húmeda*; tus nervios y los míos no son para resistir esta Numidia... Siento no ver a Bernabeu antes de irme, »y siento mucho más no poder llevar un par de amigos hacia »allá, siquiera hasta que pudiera remudarlos con otro par de »franceses. Pero lo que importa es marchar, y pronto, porque el calor aprieta. Manda cuanto gustes. Vive alegre, y »adiós» (1).

\*  
\* \*

Como se ve por el contexto, y especialmente por las expresiones que he subrayado adrede, el ánimo de Moratín era quedarse en París, cuando menos durante una larga temporada. Contaba adelantar en su ilustración, y parecían sus designios los de dedicarse intensamente al estudio, sin desdeñar los demás atractivos de la capital famosa. El prurito de *correr cortes*, la vanidad de *haber escupido en Francia*, son proverbiales durante aquella centuria; apenas existe una biografía

(1) *Epistolario español*, t. II, pág. 217.



de prócer o de hombre de letras que no registre entonces ese viaje obligado, y no era la primera vez que Moratín había puesto el pie en la suspirada e insigne Lutecia. Cosa de cinco años antes, en 1787, había visitado ya la vecina nación, si bien en condiciones menos favorables al poeta y al erudito. Por mediación de Jovellanos había pasado temporalmente al servicio de Cabarrús. Natural de Bayona este personaje, fué enviado por su padre a ejercer el comercio en Zaragoza, junto a su corresponsal Gelabert. Se nacionalizó español, como es sabido; contrajo matrimonio con la hija de dicho comerciante o banquero, Teresa Gelabert, de la cual se había enamorado, y establecido después en Madrid, dióse a conocer por su talento rentístico, siendo el fundador del Banco de San Carlos y el creador de los *vales reales*, que abrieron tal vez el camino a los *asignados* de la Revolución francesa. Sus parciales y admiradores, con un poco de énfasis sin duda, le llamaron el Law español.

Así, pues, acompañando al ensalzado arbitrista, que era entonces uno de los hombres más importantes del reino, y sirviéndole como secretario, había ido Moratín a Francia en los comienzos de 1787 o a últimos de 1786, puesto que su itinerario, en este punto, permanece sin precisar. Los biógrafos de Cabarrús, los de Moratín y algunos historiadores, insinúan que el primero, además de los objetivos bancarios o económicos del viaje, tenía encomendada una misión secreta del Gobierno de Madrid cerca de Luis XVI y el Gabinete de Versalles, concerniente a los signos precursores de la tormenta revolucionaria y a no sé qué planes o consejos para desvanecerla.

Por ventura, y en la misma proporción que los negocios de Estado, influyeron los asuntos personales y de familia en el viaje de Cabarrús. Su hija Teresa Cabarrús y Galabert o Gelabert, joven de precocísima hermosura y despejo, que había nacido en la quinta o palacio de San Pedro, en Carabanchel de Arriba, el día 31 de Julio de 1763, y que contaba entonces catorce años no bien cumplidos, se hallaba en la ciudad



del Sena desde 1785, en compañía de sus dos hermanos varones, con objeto de completar su educación. Albergada en el hotel de M. de Boisgeloup, señor de la Mancelière, consejero del rey en el Parlamento de París y amigo íntimo del hacendista español, traía al retortero, con los hechizos de su desenvuelta y picante juventud, a una porción de moscones de toda edad, desde su propio tío materno, Gelabert, hasta Méréville de Laborde, hijo del marqués de Laborde, el príncipe de Listenay y el joven consejero de la sala tercera de dicho Parlamento, Juan Jacobo Devin de Fontenay, marqués de Fontenay (1), quien acabó por pedirla en matrimonio y por casarse con ella en Febrero de 1788, meses después de la excursión de Cabarrús y Moratín. Es lícito pensar, por lo tanto, que los preparativos de la boda y el ajuste de las capitulaciones correspondientes entrarían por mucho en el viaje, y que el poeta español asistiría a los preludios de una novela tan extraordinaria e increíble como fué la vida de nuestra bella compatriota: aquella *Dona Thérézia* de los escritores franceses (desorientados, entonces como ahora, en cuanto a transcripción correcta de nombres y apellidos) que debía señalar la declinación del Terror, adormecer en Burdeos los furros sanguinarios de Tallien y provocar desde un calabozo de la Petite Force la audacia de los thermidorianos; que debía cerrar personalmente, después de cinco años de horrores y de crímenes, el club de los Jacobinos, recogiendo sus llaves como un trofeo de victoria (2); que debía convertirse más tarde en princesa de Caraman-

(1) Luis Sonolet: *Madame Tallien*, París, 1909, pág. 15 y siguientes. Véase también el completo libro de Turquan: *La citoyenne Tallien*, París, 1898, y como curiosidad literaria, más que rigurosamente histórica, el de Arsenio Houssaye, *Notre-Dame de Thermidor*.

(2) Carta de la princesa de Caraman-Chimay al caballero de Pougens, fechada en Bruselas el 16 de Noviembre de 1824, y publicada por Houssaye: «*Ce fut aussi moi qui fis dans la rue Saint-Honoré, accompagnée de Freron et de Merlin de Thionville, enlever les clefs de la porte du club des Jacobins...*»



Chimay, y, rodeada de larga sucesión, morir cristianamente en 1835, acogida al puerto seguro de la paz doméstica, después de haber presidido a las orgías del Directorio y haber escapado a unas borrascas tan espantosas que, según su dicho, no daban tiempo a reparar en medios «ni a escoger la tabla de salvación» (1).

Sea de ello lo que quiera, resulta comprobado por diversas cartas de Moratín, que en Enero de 1787, él y su protector atravesaron, con un tiempo malísimo, la tierra aragonesa, y llegaron hasta Barcelona; por el Rosellón entraron en Francia, hallándose en Montpellier el 20 de Marzo. De Montpellier pasaron a Marsella, de aquí a Aviñón y de Aviñón a París, donde fecha ya su correspondencia el 29 de Abril, entregado a la embriaguez de la mil veces soñada capital. Hallóla en aquel momento bochornoso de calma aparente, de inconsciencia y de sopor que suele preceder a los grandes cataclismos; aquel momento de la inmensa metrópoli en que pareció reconcentrarse un instante y hacer ostentación de todos sus atractivos, galas, miserias y frivolidades, para que la pluma del futuro convencional Mercier, predecesor de los modernos «costumbristas», pudiese trazar en el inagotable y enciclopédico *Tableau de Paris* (1781-1789), la última imagen de una sociedad y de un régimen tal como se acostaron en la víspera de su espantoso derrumbamiento. Desde el primer día, Moratín se lanza con avidez a la calle y se deja arrastrar por el torbellino de la vida parisiense. Sobre las cartas suyas que se han conservado, es posible rastrear no poco de sus correrías, de sus asombros, de sus *cicerones* y amistades, supliendo la sequedad con que los biógrafos de la antigua escuela pasan sobre este género de pormenores. Como ya mencionan, Silvela en la biografía antes citada y Aribau en la que escribió para el tomo de la colección Rivadeneyra, el autor de los *Orígenes del Teatro castellano* se instaló para su estancia en París, en el *Hôtel de la Cour*

(1) De otra carta fechada en Bruselas el 25 de Octubre, sin año.



*de France*, después *Hôtel des Etrangers*, situado en la calle de las calles de entonces, en el centro matemático del mundo, en la *rue Vivienne*, por decirlo todo, que, con el Palais-Royal, constituía el cogollo y la flor de cuanto puede existir de más exquisito en la existencia humana, bastando a todas sus necesidades. Uno de tantos españoles del tiempo, aristócratas y galomanos que consumían su vida en París, el vascongado Eguía y Corral, durante treinta años consecutivos salió apenas una sola vez de las galerías de dicho Palais, en el cual hallaba todas las cosas indispensables al espíritu y a la materia; mas no las que para nada hacen falta, o sean, al decir del terco volteriano, *iglesia y botica* (1).

Alojado de esta suerte, atendiendo a los trabajos de la secretaría de Cabarrús que habían motivado este su primer viaje, Moratín se entregó, durante los días y horas libres, a la deliciosa fiebre de la exploración en bibliotecas, museos, archivos, teatros y academias, y se puso en contacto con la numerosa colonia española, así fija como flotante, que bullía en torno de nuestra embajada (2). Era entonces embajador, aunque ya dimisionario y por pocos meses, el viejo Conde de Aranda, tan grato un día a los volterianos, y a quien se le había dado por sucesor el Conde de Fernán-Núñez. Desempeñaba la secretaría principal D. Domingo de Iriarte, hermano del fabulista don Tomás y futuro negociador de la paz de Basilea. Embajador y secretario atendieron con el mayor cariño a Moratín. En casa de Aranda encontró también a Iberti, conocimiento antiguo y, sin duda, uno de tantos italianos españolizados o hispanófilos bajo la influencia de los Borbones de España en

(1) Anécdota recogida por el Duque de Mandas en su obra *La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea*. Madrid, 1895.—Menéndez y Pelayo la menciona también en su admirable trabajo sobre el abate Marchena, *Estudios de crítica literaria*, tercera serie. Madrid, 1900, pág. 207, nota.

(2) Morel-Fatio: *Études sur l'Espagne*, segunda serie. París, 1890, páginas 150 á 162.



Parma y Nápoles, de la misma suerte que Benascone, Signorelli, Conti y otros fieles amigos del comediógrafo español. Iberti pudo proporcionarle una de las sorpresas más gratas de su vida: le presentó al anciano Goldoni, desterrado de Venecia, su patria, y viviendo en París, como es sabido, de la pensión que, a título de lector suyo, le concedió María Antonieta. Largamente departieron nuestro compatriota y el autor venerable de *La locandiera* e *Il ventaglio*; y con lágrimas en los ojos describe aquél, en carta a D. Eugenio Llaguno, la emocionante entrevista, a pesar de su frialdad acostumbrada y de su resistencia a los transportes del entusiasmo, que le comunican cierto carácter muy parecido al de un moderno *snob*.

Para abreviar: Moratín aprovechó el tiempo cuanto pudo. Recorrió los sitios famosos, se extasió ante los monumentos insignes, admiró la perspectiva del Puente Nuevo, con la estatua de Enrique IV, y fué a engrosar el número de paletos, provincianos y vagamundos que diariamente acudían a contemplar la famosa columnata del Louvre, entre los tenderetes y carretillas de los prenderos, que lo infestaban, á manera de Rastro madrileño, tendiendo de columna a columna su exposición de viejos calzones y harapos. «*Il y en a de toutes formes, de toutes couleurs et de toute vetusté exposées aux chastes regards du soleil et des jolies femmes, soit anglaises, soit italiennes, soit ESPAGNOLES, qui ne peuvent admirer le péristyle du Louvre, sans voir en meme temps ces échoppes si ridiculement ornées*» (1). Claro es que el teatro había de atraerle en primer término, y a él dedicó casi todas sus veladas. Vió, entre las principales actrices, a la Contat y a la Raucourt, y saboreó el arte consumado de Molé, Fleury y Desessarts, de La Rive, Saint-Fal, Naudet y Vanhove. La escuela de los cómicos franceses le satisfizo por completo, sobre todo en la Comedia, que le pareció de una perfección absoluta. En cambio, la Grande Opera hubo de dejarle una impresión muy distinta: «las de-

(1) Mercier: *Tableau de Paris*, artículo «Plaza del Louvre».



»coraciones y las máquinas son admirables, el aparato magnífico, la orquesta de lo más exquisito en la ejecución instrumental, las voces excelentes, y el canto insufrible para todo el que no haya nacido francés». (1) Exceptuó, sin embargo, a la inimitable Dugazon, la *Nina* ideal, que había de inmortalizarse, no menos que por sus méritos artísticos, por un rasgo de noble fidelidad a la pobre reina de Francia, en un momento en que toda muestra de simpatía o gratitud hacia ella implicaba ya un título a la proscripción y al cadalso (2).

De este modo, alternando el hallazgo de códices y manuscritos castellanos con su correspondencia literaria a Signorelli, a Forner, a Ceán Bermúdez, visitando desde la Biblioteca Real hasta el último puesto de libros viejos, podía escribir a Llaguno: «Yo me divierto en esta inmensa ciudad, y me apresuro a ver todo cuanto puedo, porque lo habré de dejar mucho antes de lo que quisiera. De lo que he visto hasta ahora he llegado a inferir que, en aquel libro intitulado *Sólo Madrid es corte*, debe de haber mucho de hiperbólico» (3). Institutos, hombres célebres, hispanófilos entusiastas del tipo de Florián, compartieron la atención de Moratín con la que le imponía su cargo o le robaban las diversiones propiamente dichas. El grupo de españoles distinguidos en que se mueve, y

(1) Carta á Forner, de 18 de Junio de 1787: *Obras póstumas*, t. II, páginas 102 y siguientes.

(2) Fué esto a últimos de Setiembre de 1791, después de haber admitido Luis XVI la Constitución, en las fiestas engañosas que siguieron á la jura. Cantábase en los Italianos, con asistencia de la familia real, una ópera de Grétry, *Les événements imprévus*. Bullían los jacobinos en las alturas del coliseo, y procuraba contrarrestarlos en la platea un público de realistas y constitucionales. La Dugazon, al llegar á cierto pasaje en que figuran estas palabras: *¡Ah, comme j'aime ma maîtresse!*, se volvió de cara al palco de S. M., cantándolas con gran vehemencia, y vinieron á desatar una lucha tempestuosa entre los espectadores de los dos bandos. Fué la última vez que María Antonieta estuvo en un teatro.—V. Mme. Campan: *Mémoires*, colección de Barrière. París, 1886, págs. 307 y 308.

(3) *Obras póstumas*, t. II, págs. 97 y siguientes.



que le lleva en palmas, le allana todas las dificultades y le abre todas las puertas. «Esta ciudad, con todos los medios de corrupción de que dispone—puede escribir a su cariñosa tía Anita, sin duda, para tranquilizarla,—no me parece que altere en nada la austeridad de mis principios; porque le hago saber a usted que no vivo ocioso y que, aun cuando me divierto, me instruyo. Todos mis amigos son gente de mucha estimación, de mucho talento, que no pierden el tiempo en distracciones perjudiciales, ni hallo otra cosa en su compañía que la instrucción y el placer unidos en mi utilidad. El trato con Betancourt, Veri, Cabarrús, Iberti, Heredia y otros de esta clase, lejos de poderme ser dañoso, me honra» (1).

De Cabarrús nada hay que añadir; a Iberti le hemos visto ya proporcionando a Moratín una entrevista con Goldoni, el príncipe de la comedia en el siglo XVIII. De Betancourt sabemos que era el mismo D. Agustín de Betancourt, hijo de una ilustre familia de Canarias, dedicado en París al estudio de la física y de la mecánica, y distinguido y alentado por aquella Academia de Ciencias, la cual mandó imprimir en 1790, entre las Memorias de los sabios extranjeros, una de nuestro compatriota sobre las máquinas de vapor. Había pasado también a Londres, con objeto de aprender la aplicación de dicho invento a la moltura de trigo, rigurosamente ocultada por Watt y Bolton, y que reconstituyó de vuelta a París, gracias a un prodigio de intuición y memoria, sonando mucho su nombre con este motivo, por ser la molienda de granos, en tiempo de la Revolución francesa, uno de los factores de la escasez de pan y de todos los conflictos consiguientes (2). Betancourt

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 107 y 108.

(2) Muriel, *Historia de Carlos IV*, publicada por la Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*, t. I (XXIX de dicho *Memorial*), pág. 238.

En el viejo *Moniteur* de la Revolución francesa, número del 6 de Marzo de 1791, he encontrado un artículo bibliográfico respecto a otro opusculo de Betancourt: *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de*



formaba parte, en suma, de la falange lucida y animosa que sostuvo por unos años la internacionalidad científica de España, y que hubiera podido levantarnos definitivamente si la regeneración por el trabajo y la cultura no se hubiese desviado después en mera regeneración por la política, abstracta, sangrienta y sin contenido. Con él figuraron: Mendoza, asociado a los trabajos del sistema universal de pesas y medidas, ilustre como geógrafo y por sus delicadas observaciones sobre el péndulo, y uno de cuyos trabajos aplaudió con entusiasmo la misma Academia de París, en la apertura de curso celebrada el 13 de Noviembre de 1790 (1); los astrónomos y geodestas Clavijo y Peñalver, que compartieron los trabajos de Méchain y Delambre en la medición del arco de meridiano; Arézula, adepto muy estimado de Lavoisier, que aparece haberle conferido la representación de su escuela científica en España (2), y otros muchos que deben omitirse ahora.

Menos que el de Betancourt habían trascendido al público

---

*l'eau* (París, Laurent, librero, calle de la Harpe, núm. 18), que acababa de salir a luz. En este artículo consígnase que «el Sr. Betancourt se ha propuesto en su trabajo investigar la relación existente entre los grados de calor que el agua puede adquirir dentro de una vasija cerrada y la fuerza expansiva adquirida por el vapor que de aquélla se desprende». Hace constar que lo ha conseguido con sus experiencias y el aparato que describe, llegando a determinar esa ley, desconocida antes.

(1) Reseña publicada en el *Moniteur*.

(2) *Moniteur* del 10 de Febrero de 1790. En un artículo dedicado al quinto curso de Química que se da en el famoso *Lycée* (origen de nuestros Ateneos), a cargo de Fourcroy, y en el que explicaba aquel año todo lo concerniente á «los líquidos animales», se reseña la revolución de la química, según la escuela francesa capitaneada por el insigne Lavoisier, destinado muy pronto a dejar su cabeza en el cesto de la *Louison*. Hablando de los progresos de dicha escuela y de los sabios que la representan en aquel país y en el extranjero, dice que es enseñada y propagada con brillantez «en Dijon por Morveau, en Montpellier por Chaptal, en Tolosa por Reboul, en Holanda por Van-Marum y Van-Troostwyk y en España por Arézula».



los nombres de los demás amigos y acompañantes que menciona Moratín en el párrafo transcrito, o sean, Veri y Heredia. ¿No podía ser este *Veri*—escrito con acentuación defectuosa— el joven aristócrata mallorquín D. Tomás de Verí, de quien es fama que estuvo en París en los tiempos pre-revolucionarios, como tantos otros de sus paisanos de la misma alcurnia? Me parece indudable. Había descollado desde 1779, como primer discípulo, en las cátedras establecidas por la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, fundada poco antes; acudió a la capital de las capitales para recibir el baño supremo y, veinte años más tarde, en 1808, por sus luces, su representación y su tacto exquisito, fué uno de los dos representantes de Mallorca en la Suprema Junta Central (1). En cuanto a Heredia, que pertenecía a la familia de los marqueses del Real Transporte, que servía en el cuerpo diplomático, y era o había sido uno de los secretarios de la embajada española, estaba muy próximo a señalarse, pero en sentido harto diferente. Cuando estalló la Revolución y vino la guerra del 93, desertó de su puesto y de la causa de su patria, con los más violentos alardes de furor demagógico, y formó en el grupo de españoles que asediaban el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia o bullían en los comités insurreccionales de Bayona y Perpiñán, fraguando planes, escribiendo «reflexiones» y proclamas, glosando en intolerable estilo y lenguaje el famoso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet, «descendiendo a innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa, y, lo que es peor, contra lo desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba a rodar pocos meses después en el patíbulo» (2).

Tales fueron las andanzas y la compañía habitual de Mo-

---

(1) Véase mi libro: *Mallorca durante la primera revolución 1808 a 1814*. Palma, 1901, páginas 47, 162, 235, etc.

(2) Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria*, tercera serie, páginas 239 y siguientes. — Archivo de Neg. Extr. de Francia, *Espagne*, volumen 634, pieza 165.



ratín en este primer viaje de 1787, que transcurrió como un sueño, y cuyas emociones y alegrías compartió, en gran parte, con el más antiguo y señalado de sus amigos, D. Juan Antonio Melón, el cual, de paso para Londres, fué a encontrarle en París y se hospedó en el mismo *Hôtel de la Cour de France*, en la calle de Vivienne (1). No permitió aquella escapatoria más que un rápido mariposeo en torno de las flores excelsas de la civilización. Fué como una correría atropellada a través de unos jardines maravillosos, que no hizo sino dejarle el deseo de más larga contemplación, los ojos fatigados, el cuerpo rendido, la mente abrumada de imágenes tentadoras. El espectáculo de la gran capital y de sus esplendores urbanos, artísticos e intelectuales, absorbióle por completo, dejando apenas lugar a la observación política, no obstante tocarla tan de cerca por su cargo y hallarse en uno de los momentos más decisivos que jamás haya señalado la Historia. El espíritu de Voltaire había corroído los soportes del régimen antiguo; la Enciclopedia había saturado por completo a la nación, subvirtiendo las almas; las visiones de Rousseau brindaban en las lejanías de lo futuro la luminosa aparición de un mundo nuevo, de una sociedad virginal, reconciliada y justa. En otra esfera más relativa o contingente, la corte de Versalles se debatía en su propia indecisión, navegaba sin brújula, expulsaba con estrépito a sus ministros, sin contar que en las monarquías absolutas la ignominia de sus servidores acaba por recaer sobre el trono. Dudando de los hombres lo mismo que de los sistemas; vacilando entre Choiseul y Vergennes, entre Vergennes y Calonne, en-

(1) «Noche hubo — dice Melón en sus *Apuntaciones*, — que me tuvo hasta las tres de la mañana sentado sobre su cama y sin dejar de reír con los graciosos despropósitos que se le ocurrían...» Moratín remedaba con prodigiosa fidelidad todos los caracteres, sobresaliendo en este género de parodias. El abate Guevara y Vasconcelos, secretario de la Academia de la Historia, era uno de sus tipos preferidos. «También imitaba a veces el carácter afectado de Jovellanos, el del poeta Huerta, el del buen Carlos III en sus diálogos con el conde de Losada, con gracia insuperable.»<sup>22</sup>



tre Calonne y Monseñor de Sens, entre Monseñor de Sens y Necker, la antigua adoración por la reina se había ido trocando en odio y aversión a *la Austriaca*. El malhadado asunto del collar, toda una vasta conspiración de equívocos, fatalidades y calumnias colectivas contra la mujer y la soberana, parecían empujarla ya, desde lejos, hacia su trágico destino.

Déficit, hambre, sequías, espectro constante de la bancarrota, resistencias de los Parlamentos, fracaso de la Asamblea de Notables, clamores de las provincias, fermentación de París, grito universal pidiendo la convocación de Estados generales: este era el momento en que Moratín pasó por Francia la primera vez, absorbido en sus preocupaciones literarias y sin que le arrancase otro comentario que el que he podido encontrar en una carta escrita a Jovellanos, desde Narbona, y ya de regreso, el 28 de Agosto de 1787: «Su amigo de usted (Cabarrús) está bueno y alegre y, como siempre, amabilísimo; »creo que le escribe por este correo, y le hablará de noticias »políticas. Yo nada entiendo de esto; pero le aseguro a usted, »que cuando salimos de París me parece que *estaba aquello a »punto de dar un estallido*» (1). El estallido ocurrió, efectivamente, según su profecía; y, al lanzarla, debió estar muy lejos de pensar que cinco años después, en el viaje que le hemos visto emprender ahora, y en el cual vamos a seguirle mentalmente sin otra digresión, haríale testigo la casualidad del aspecto culminante de aquella sacudida y de unas escenas que no podrán borrarse jamás de la memoria de los hombres.

\*  
\* \*

Los biógrafos de Moratín hablan de este su segundo viaje todavía más superficialmente que del primero. Refieren, de una manera vaga y en cortas líneas, el invencible horror y repugnancia que le causaron los excesos revolucionarios. Ade-

---

(1) *Obras póstumas*, t. II, págs. 111 y 112.



más, el único hecho concreto que citan, tomándolo de Silvela, es erróneo en absoluto. «Acababa de llegar a París—escribe Aribau en su biografía para el tomo del Rivadeneyra,—cuando, el día 3 de Setiembre de 1792, oye por la calle un grande alboroto; se asoma a la ventana, y ve la cabeza de la princesa de Lamballe, que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consagró aquel día terrible a toda clase de crueldades y abominaciones» (1). Ahora bien: ni Moratín presencié las satánicas abominaciones cometidas en los restos de la pobre Lamballe ni se hallaba ya en París cuando ellas ocurrieron. Extrañará, por ventura, semejante inexactitud, si se tiene en cuenta el carácter semiautográfico de la vida escrita por Silvela, de donde arranca esta versión, que acaso se deba a los relatos confidenciales del viajero, a sus propios recuerdos e impresiones, evocados todos los días durante largos años de intimidad y convivencia bajo la misma techumbre. Nada, sin embargo, menos dudoso ni más verosímil y frecuente que esas tergiversaciones de la memoria, contraída a períodos lejanos y de gran confusión, en que se barajan y alteran los sucesos, acabando por imponer después, a la vuelta de siete ú ocho lustros, la creencia de haber visto cosas en realidad no presenciadas. Para demostrarlo acompañaremos a Moratín, sirviéndonos de las oscuras y enrevesadas anotaciones que nos dejó, e iluminando sus huecos y aparentes incoherencias con un poco de luz histórica.

Lo que vió en Francia, y especialmente en París, desde mediados de Mayo a últimos de Agosto de 1792, hubiera dado materia a un cuadro de valor inapreciable, si se hubiera decidido a desarrollarlo y extenderlo, como extendió, casi en seguida, las *Apuntaciones sueltas* sobre Inglaterra, o el *Viaje de Italia*, que llenan el tomo primero y parte del segundo de sus *Obras póstumas*. Entonces España hubiera tenido lo que casi todas las naciones poseen: algún relato directo y nacional

---

(1) *Obras de Moratín, padre e hijo*, en la Bibl. Rivadeneyra, pág. 29.



de los tiempos de la Revolución francesa, debido a la pluma de uno de sus grandes escritores contemporáneos. Porque asombra la sequedad de nuestras fuentes históricas en este punto, cuando son en el extranjero tan abundantes y nutren todavía una copiosa producción literaria y editorial, que vomita libros a montones cada mes y aun cada semana. Contra lo que en general se dice y se cree del énfasis de los españoles, resulta que son muy modestos y no suelen ofrecerse en espectáculo a las gentes de su época, ni creerse observados por la inmortalidad. De aquí esta escasez y como carencia absoluta de epistolarios y memorias íntimas, que privan á la investigación moderna de uno de sus más ricos manantiales. De aquí también el descuido de nuestro *Inarco*, respecto de sus impresiones personales en aquellos dos meses y ante unos sucesos culminantísimos en la historia humana, de los cuales un caprichoso azar debía hacerle testigo, y cuya narración hubiera dado perenne interés a su viaje, como lo dió al del agricultor inglés Arturo Young la de los preludios revolucionarios que alcanzó a presenciar, como lo obtuvo el relato de Gouverneur-Morris. Pero Moratín, que inmediatamente después de salir de Francia se entretiene vertiendo en largas notas su extrañeza y hasta su credulidad de extranjero acerca de las costumbres londinenses; que nos puntualiza las borracheras del Príncipe de Gales, las audacias de la caricatura, el tumulto de los clubs y los interminables brindis de un banquete demagógico organizado por los partidarios de Tomás Payne; que diserta, en suma, con española ponderación sobre la longitud del pie de las inglesas y sobre los veintitantos admiñuculos que una dama de la Citty necesita para servir el té a sus invitados, no halla ocasión, ni entonces ni en el resto de su larga vida, para referir un solo episodio entre cuantos le horrorizaron en París, como si temiera volver la vista atrás y quedar herido por la contemplación de una ciudad maldita.

Es de observar también la interrupción que sufre su correspondencia, conocida durante este paso por las Galias, lo mis-



mo que la displicente sequedad de las alusiones a aquellos sucesos en las cartas que escribió desde Inglaterra. Ciertamente desde los comienzos de la Revolución, el Gobierno de España había tomado las más rigurosas precauciones contra toda suerte de escritos y noticias, tratando de aislar herméticamente a las dos naciones por medio de un cordón de tropas en los Pirineos. Impresos, manuscritos, dibujos, abanicos, figurines y jnguetes de circunstancias, no menos que la correspondencia particular, todo fué objeto de inspección y vigilancia en la frontera, en las aduanas, en las casas de postas, en las comisarías del Santo Oficio. Una serie interminable de edictos, órdenes, circulares, decretos y reales cédulas se sucede desde mediados de 1789, encaminada a evitar el contagio francés (1). Pero si no pudo cohibirse en absoluto la circulación clandestina de papeles revolucionarios, los periódicos que salían en España por privilegio oficial no dan noticia alguna de las novedades ocurridas en el vecino reino, sino mucho tiempo después, al declararse la guerra del Rosellón. Cabe afirmar que el silencio de la literatura española respecto a los episodios de la Revolución francesa, no tiene un simple origen gubernamental o coactivo, sino que nació en gran parte de la repulsión que sintieron instintivamente por aquel tema los españoles capaces de tratarlo, aunque fueran, como Moratín, liberales, volterianos y novadores. Esto explica la carencia de documentos no oficiales sobre aquella época y la misma falta de estudios retrospectivos que se ha observado después, como si una secreta interdicción espiritual pesara sobre dicho asunto. Los propios revolucionarios españoles, los propios afrancesados y reformistas, se esforzaron siempre en desviar la atención pública y apartarla del recuerdo nefando de 1793. Basta ver

---

(1) Órdenes de 18 de Setiembre y 1.º de Octubre de 1789 y 5 de Enero de 1790; Reales cédulas de 10 de Setiembre y 9 de Diciembre de 1791 y de 22 de Agosto de 1792; edictos de la Inquisición de Diciembre 1789, prohibiendo 39 obras introducidas en España, de Setiembre de 1792, sobre comisarías en las Aduanas, etc., etc.



cómo escribieron más tarde y aun en la misma emigración, sus rápidas alusiones (cuando les fué imposible el evadirlas) Silvela, Muriel, Miñano, Somoza y tantos otros, sin contar a Moratín. Basta recordar que Marchena no se atrevió a dejarnos un bosquejo de sus aventuras girondinas, y que fué necesario acudir a las *Memorias* de Riouffe cuando se trató de conocerlas; que para seguir el rastro de Guzmán es preciso explorar muchos «cartones» de los Archivos Nacionales de Francia, seguir pacientemente los debates de la Convención, de la Municipalidad, de las Secciones de París, de los Jacobinos y de los Franciscanos o *Cordeliers*; registrar las colecciones del *Moniteur*, de *L'Ami du Peuple* y de *Le Père Duchesne*, a falta de toda referencia española, y que lo mismo ocurre con respecto a Heredia, al general Miranda, a Rubín de Celis, a Santibáñez, a Santa Cruz, a los Gimbernats y a cuantos, en suma, intervinieron más o menos ostensiblemente en el estupefaciente drama revolucionario. El espíritu de la Revolución sedujo a muchos españoles; pero su historia fué mirada casi siempre de través y aun con todo estudio preterida y expulsada de sus propios trabajos, bien por ingénita aversión, bien por entender que los hechos habían de perjudicar grandemente a los principios de que parecieron ser consecuencia.

En el tomo III de las *Obras póstumas* (1) figura el extracto de un *Diario* de D. Leandro Fernández de Moratín, que, por su forma incoherente, brusca y esquemática, ha pasado hasta ahora casi inadvertido a la generalidad de los lectores y no ha sido puesto a tributo por la misma erudición. «El manuscrito original, cuyo extracto se imprime aquí—dice una advertencia de dichas *Obras*,—forma un tomo en 4.º que fué encuadernado en la Biblioteca Nacional según hoy se halla, y consta de 114 hojas útiles, con dos en blanco al principio, cuatro después de la décimaquinta y diez al fin. En la primera plana de la primera hoja se ve un núm. 2 en la parte

(1) Páginas 229 a 300.



»superior, a la mano izquierda; y a la derecha, a la misma  
 »altura, estas palabras de letra de D. Leandro, divididas en  
 »dos renglones: 2. *Apnts. of mi Father and mines*; palabras  
 »que indudablemente quieren decir *Apuntes de mi padre y*  
 »*míos*. Queda en blanco lo demás de la hoja. En la siguiente  
 »principia, de mano de D. Nicolás Fernández de Moratín, un  
 »Diario, escrito en dos columnas, desde 1.º de Enero de 1778  
 »hasta 4 de Mayo de 1780, día de la *Ascensión*, última pala-  
 »bra que estampó D. Nicolás allí. Ocupa su Diario siete hojas  
 »y casi media, y probablemente aquel 2 de la primera hoja  
 »indicará que le precedía un cuaderno señalado con el núm. 1.  
 »Está el Diario escrito con abreviaturas de voces y cláusulas  
 »castellanas y latinas; el que ha cuidado de esta edición no ha  
 »conseguido entender de aquella cifra sino frases incoheren-  
 »tes, relativas a negocios domésticos, o de poco interés para  
 »el público: no se extracta por eso el Diario de D. Nicolás...»  
 Algo más comprensible es el de su hijo, que principia en el  
 propio mes, y en la misma hoja y columna en que dejó de es-  
 cribir el autor de *La fiesta de toros*, siguiendo hasta últimos de  
 1782. Aquí se interrumpen, cosa de nueve años, las anotacio-  
 nes, reanudándose en 1792. La forma empleada por Moratín,  
 el hijo, viene a ser la misma que adoptó su padre, salvo el aña-  
 dir abreviaturas de locuciones francesas e inglesas a las ita-  
 lianas, latinas y castellanas de este último. El efecto no puede  
 ser más enrevesado, ni más singular el capricho, necesitando  
 una verdadera traducción aquel continuo acertijo o como fuga  
 de vocales en cinco idiomas diferentes; traducción que hubo  
 de poner a pie de página el colector, en cuanto a los frag-  
 mentos reproducidos o extractados.

Verificada una compulsa con el manuscrito de dicho diario  
 existente en la Nacional (1), resulta que lo que se publicó en las  
*Obras póstumas* es deficientísimo, por lo que respecta al viaje  
 a Francia. Del mes de Mayo de 1792 fueron suprimidas las

(1) Es el señalado con el núm. 5.617.



apuntaciones correspondientes a diez y ocho días, del mes de Junio veintinueve días, veintidós del de Julio y diez y nueve del de Agosto. Además, la parte publicada es, generalmente, incompleta o errónea en algún punto por alteración de fechas. Se trata, pues, de un documento inédito, cuya copia me he procurado en cuanto a los meses referidos y que aquí se aprovecha por primera vez en toda su extensión. El ilustre don Juan Eugenio Hartzenbusch, que cuidó de compilar estas obras, no estaba exento de los melindres y escrúpulos propios de la erudición de su época, y suprimió como atrevidas o insulsas muchas notas de interés. Acaso por la misma razón habrán sido mutiladas algunas cartas y suprimidas otras, todo lo cual hace pensar en la conveniencia de una revisión completa de dichos originales. He aquí, traducidas las notas correspondientes a los primeros días de Mayo de 1792, comprendiendo también las referentes al viaje hasta la llegada a Bayona:

Día 1.º A casa de D. P. Barcia y de la tía Teresita. A casa de *Chb.*<sup>t</sup> (Chabot); con ellos al retiro. A correr calles. A casa de Chabot; comer en casa de la Mahonesa.

2. A casa de Chabot y Crucero. Por la tarde, paseo por las calles.

3. A casa de D. Santos. Por la tarde, a casa de Chabot y de Lunas. Al vestuario del Príncipe. Otra vez a casa de Chabot.

4. Tarde: a casa de Chabot y de la Mahonesa. Paseo. Otra vez a casa de Chabot.

5. A casa de D. P. Barcia y de Chabot. A casa de la tía Anita, para comer. Por la tarde, a casa de Chabot; con ellos a la Comedia y otra vez a la misma casa.

6. (Domingo.) Dejé a D. Bernardino nueve acciones, esto es, los números 91.090-91-92-93-94-95-96, 99.773 y 39.308. A casa de Chabot; a la Mahonesa y otra vez a dicha casa. Por la tarde, de nuevo a la Mahonesa, a casa de Chabot; con ellos a Atocha y a la casa otra vez, para salir a las doce de la noche en la diligencia.

7. A las once, comer en la fonda nueva. Por la tarde, a las seis, en Sanchidrián.

8. A las cuatro de la madrugada, salir; comer en Olmedo. A las ocho de la noche, en Valladolid.



9. A las tres de la madrugada, salir; comida en Torquemada; cena en Burgos.

10. A las tres de la madrugada, salir; comer en Ameyugo; cenar en Vitoria.

11. A las cinco, salir. A las diez en Mondragón; comer en Tolosa, a las diez de la noche.

12. A las cinco de la madrugada, salir. A las dos de la tarde, en San Juan de Luz; comer. A las seis de la tarde, en Bayona. Al café.

Por la muestra anterior puede formarse idea de la sequedad y monotonía del documento. Vemos aquí, recorrido á la inversa, el clásico trayecto de los viajes por España en el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, desde el *Tableau de Bourgoing* o el *Itinéraire descriptif*, del Conde de Laborde, hasta los relatos diversamente románticos de Gautier, Quinet y Ozanam, o las páginas folletinescas de Alejandro Dumas. Son las mismas etapas, los mismos paradores, las mismas ventas cervantinas: Segovia, Sanchidrián, Olmedo, Valladolid, Torquemada, Burgos, Vitoria, Mondragón; la nueva Castilla del héroe manchego y de la epopeya irónica; la vieja Castilla de la epopeya sagrada y nacional, de los infantes de Lara, de Mío Cid y de Roncesvalles. Una duda se presenta ante todo, difícil de desvanecer. Moratín salió de Madrid en compañía de un amigo, con el cual le veremos hacer casi todo su viaje por Francia y compartir una larga detención en Burdeos. Este amigo viene designado en sus apuntes por la abreviatura de *Chb.*<sup>6)</sup>, que no puede interpretarse más que como *Chabot*, dada su manera constante de anotar los apellidos: Gdy., por Godoy; Arnd., por Aranda; Llgn., por Llaguno. Ahora bien; ¿a qué persona efectiva corresponde esta abreviatura o esta interpretación, caso de ser exacta? Es lo que no he podido poner en claro con los medios de comprobación de que dispuse hasta ahora. ¿Se trata de un verdadero apellido, de un mote cariñoso, de un diminutivo familiar? Desde luego parece referirse a un extranjero, pero establecido en Madrid o habiendo pasado en la corte una larga temporada. Hay que creer que el Sr. Hartzenbusch



tropezó con la misma dificultad, pues suprimió completamente todas las referencias a esta persona enigmática en la parte del diario que dió a conocer, no obstante ser continuas en los meses de Abril, Mayo y Junio, y de reproducirse en París durante los de Julio y Agosto, como veremos, extendidas entonces a un hermano del desconocido. Ninguna mención de este nombre encontramos en las cartas anteriores o posteriores de Moratín, ni en sus biógrafos y corresponsales, ni en *Iriarte y su época*, de Cotarelo; ni el libro sobre *L'ambassade française en Espagne pendant la Revolution*, de Geoffroy de Grandmaison. El mismo silencio en cuantos trabajos de historia literaria y social me ha parecido que podían ofrecer un hilo de luz. El mismo silencio en la segunda serie de los *Études sur l'Espagne*, de Morel-Fatio, elaborados principalmente sobre los papeles de la familia Fernan-Núñez, y tan pródigos, por lo tanto, en alusiones á sus parientes, los Rohan-Chabot, de Francia, en el último tercio de aquel siglo.

Dejamos a la casualidad o a la diligencia de otros más afortunados rebuscadores, el señalar a punto fijo la personalidad de ese Chabot, residente en Madrid en los comienzos de 1792, con el cual mantenía Moratín tan asiduas relaciones, hasta el punto de parecer inseparables en aquellas fechas, y que fué su compañero de expedición, y aun de orgías y devaneos poco edificantes durante su permanencia en la ciudad de Montaigne. ¿Se trataba de un individuo obscuro y de los que no dejan rastro en la historia escrita, ó puede ser identificada su persona con alguna de las que puntualizan los repertorios biográficos? Desde luego hay que desechar la hipótesis que pudiera confundirlo con el demagogo y ex-capuchino Chabot, miembro entonces de la Asamblea legislativa, y a cuyas sesiones consta que asistió mientras su homónimo se hallaba en Madrid o de viaje. ¿Designará, por ventura, al futuro general Chabot, nacido en Niort en 1757, que en 1808 debía mandar en Cataluña la 3.<sup>a</sup> división del ejército invasor, y en los días a que me refiero figuraba como capitán en los escalafones? ¿Se-



ría alguno de los hijos del conde Luis Antonio Augusto de Chabot, duque de Rohan desde 1791, por haber sucedido a su primo hermano Luis María de Rohan-Chabot, tío carnal del conde de Fernan Núñez? (1). Sea de ello lo que fuere, una conjetura parece muy probable, y es que ese Chabot pertenecía al círculo de extranjeros españolizados que, en Francia y en España, andaban en torno de Cabarrús, de su familia o de sus sucursales, bien que entonces el jefe se hallara procesado y detenido en el castillo de Batres, por efecto de la persecución que inició el ministro Llerena.

Y aquí viene la ocasión de atenuar y casi desvanecer del todo un cargo contra Moratín, hecho en forma harto absoluta por D. Luis Villanueva en las notas con que pretendió ilustrar las cartas de *Inarco*, incluídas en el tomo II del *Epistolario español*. «Muy mal—dice—obró Moratín en esta época, abandonando a su protector el conde de Cabarrús así que lo vió en desgracia y que había perdido su influencia en la corte. Pero, ¿quién no ha cometido yerros y desaciertos? El mismo Moratín tuvo bien presto que volverse a Madrid y arrepentirse de su mala conducta con Cabarrús. Esta fué la causa principal de sus desgracias posteriormente y del estado miserable en que vivió después, habiendo perdido su influencia con Cabarrús y el Príncipe de la Paz» (2). Ni Moratín regresó presto a España, sino que recorrió espléndidamente media Europa durante cuatro años y pico, hasta fines de 1796; ni el estado miserable en que se vió después pudo dimanar de ahí, pues en cuanto llegó á Madrid fué nombrado secretario de la Interpretación de Lenguas; ni fueron debidas a otra cosa aquellas penalidades que a su condición de afrancesado y a la vuelta del rey legítimo, es decir, cuando Godoy y Cabarrús no podían influir en sus destinos, el primero por su formidable caída

(1) Véanse los artículos correspondientes en la *Nouvelle Biographie Générale* del Dr. Hoefer.

(2) Página 217.



de 1808, el segundo por la proscripción que hubiera acompañado a un ex-ministro del rey intruso si no hubiese fallecido (1810) antes de la restauración borbónica. Vamos a ver a nuestro comediógrafo en Bayona, en Burdeos, en París; y, por dondequiera que pase, hallarémosle rodeado de los hijos, de los entenados, de los clientes de Cabarrús, atendido por ellos, moviéndose de continuo entre ellos. Y mal podría compaginarse esta obsequiosa solicitud con las ingratitudes supuestas en la nota de Villanueva, habida razón de que aún continuaba la desgracia del hacendista, el cual no recobró su libertad sino a fines del mismo año.

MIGUEL S. OLIVER

*(Continuará.)*





# LA AMÉRICA MODERNA

---

Fe de erratas histórico-estadísticas argentinas.—Causas de los errores.— Direcciones de la penetración española en la Argentina.—Escritores y comentaristas.—Ponderación del influjo del elemento español.—La colonización española y su revisión histórica.—Crítica rehabilitadora del Dr. Estanislao S. Zeballos.—El caso del Virreinato del Río de la Plata.—Cabezas americanas: el Dr. José Ingegnieros; sus estudios de Criminología.—La orientación científico penalista argentina y el estado actual de las direcciones científicas en el Derecho penal.

La Argentina es un excelente campo de experiencias sociológicas. Como todo país que se encuentra en el período de crecimiento y formación, ofrece en sus fases un material de observación que la Historia ya recibida no puede proporcionar. En la Historia asistimos a la contemplación de proyecciones de una vida pasada, sin otra vida que la apariencia de vida que tienen las imágenes cinematográficas; pero en la contemplación del discurrir de la vida, la sensación es tan intensa, que hasta la palpación, a falta de visualidad, puede darnos un conocimiento de la vida misma, con gran intensidad. En la gran República sudamericana se ofrece, como hecho de gran significación, la concurrencia de razas, su selección natural, sus estados psicológicos, el origen de la fuerza que opera como aglutinante en los grupos... Y es de ver la forma que revisten las luchas, estridentes o silenciosas, de los grupos procedentes de



distintos troncos, las invocaciones de linajes, las críticas históricas y la pasión que se refleja en la literatura.

Cuando yo he comentado el material estadístico de la Argentina, de allá han venido algunas atentas informaciones que me han advertido respecto de la prevención que hay que tener con algunos autores que no estiman todo lo debido la influencia de los elementos españoles. Yo, que siempre he creído que eran algún tanto exageradas las estimaciones y cálculos de algunos autores respecto de la magnitud de los contingentes españoles inmigrados en la Argentina—como se lee en Navarrete, por ejemplo,—no tengo, sin embargo, inconveniente alguno en dar a conocer algunos datos y opiniones que rectifican un tanto mi anterior parecer.

El estadístico Alberto B. Martínez afirma en un libro suyo (*Boedequer de la Argentina*) lo siguiente: «Pocos hombres vinieron al Río de la Plata en los primeros tiempos de la conquista... En 1744 había 355 europeos; en 1770, 456 extranjeros y 1.398 españoles, pero en 1810 principió la gran inmigración. En 1822 ya había 3.749 extranjeros. Rosas les alejó; pero, después de su caída, en 1852, el movimiento inmigratorio principió con fuerza; en 1854, en el segundo semestre, entraron 2.524 personas; en 1855, 5.912; en 1856, 4.672; en 1857, 4.951; en 1858, 4.658; en 1859, 4.735, o sea: en seis años, 27.452 inmigrantes, o sean muchísimos más de los que vinieron en dos siglos de vida colonial.»

Estos datos son discutidos y estimados de distinta manera. El Dr. J. Dalmau, español, que vive en Bahía Blanca, comenta con atinadas observaciones estos datos, aportando otros nuevos e interpretando la penetración inmigratoria española en la Argentina con consideraciones de importancia. Según el Dr. Dalmau, los españoles que iban a la Argentina, lo hacían en su mayoría por el Norte y por el Oeste; entraban por Jujuy, Salta, y bajaban a Tucumán, Córdoba, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero; los que venían del Oeste, entraban por Mendoza y se desparramaban por San Juan y demás provin-



cias citadas; otros venían por el río Paraná del Paraguay actual, y se quedaban en Santa Fe y Paraná y llegaban hasta Buenos Aires. Otros inmigrantes llegaban por mar; los menos, quizá, no fueron más que los que dice Martínez. Resulta, pues, que sólo se contaban los que llegaban por la vía menos utilizada, dejando así fuera de consideración la inmigración tal vez más numerosa e importante.

El contingente que llegó a la Argentina por las vías antes descritas es difícil estimarle. Sería una labor digna de estudio el revolver los archivos españoles en los cuales se pueden encontrar datos sobre estos extremos. Hay que tener presente que España dominó tres siglos en la Argentina, y durante este tiempo hubo expediciones importantes. De tres expediciones que llegaron por mar o río, se sabe que llevaron más de 20.000 españoles, dato enteramente cierto. El mismo Martínez dice, en el libro antes citado, que en 1766 llegó una expedición de 116 buques, conduciendo 9.000 españoles, que en realidad eran 10.000; esta expedición fué la de Zeballos. Por esto se deduce que el número de españoles que fueron a la Argentina ascendía a unos 100.000.

Mitre decía que los 1.210.000 habitantes de la Argentina en 1860 eran «el resultado del cruzamiento del indígena con el español—el europeo o caucásico, decía él,—como parte activa, el indígena como auxiliar, y el etíope como complemento». En 1797 se dice que el territorio argentino tenía 310.428 habitantes; si en dos o tres siglos sólo hubieran llegado la pequeña cantidad de españoles que se pretende, ¿cómo se habría podido decir esto? ¿Cómo habría sido posible que 30 o 40.000 personas impusieran el idioma en un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados, subyugaran a los indios y pudieran fundar diez o quince ciudades de importancia, a distancia de 400, 500 y 600 kilómetros una de otra, y que se fundara en Córdoba una Universidad?

El Dr. Dalmau afirma que el 80 por 100, por lo menos, de los habitantes de 1860 eran la mezcla de que hablaba Mitre, y



que llevaban nombres españoles; luego eran descendientes de españoles. De 1860-70 recibió el país unos 160.000 inmigrantes, de los cuales sólo quedaron en el país unos 100.000, de los cuales eran  $\frac{1}{4}$  españoles,  $\frac{1}{3}$  italianos; el resto, de otras nacionalidades; en 1869 llegaron más de 93.000 italianos, 20.000 españoles, 6.360 franceses, 3.063 ingleses, etc.; pero la emigración y mortalidad en los años sucesivos fué mucha; en 1870 decayó la inmigración total a menos de 15.000 y la emigración pasó de 10.000; del 70 al 80 llegaron al país más de 260.000 inmigrantes, de los cuales regresaron a Europa en igual tiempo más de 140.000; quedaron, pues, unos 30.000 españoles, 50.000 italianos, 25.000 franceses, 8.000 ingleses, etc.; del 81 al 90 hubo una enorme inmigración, más de 846.000 personas, de las que quedaron más de 600.000, y eran españoles más de 140.000, 65.000 franceses, 10.000 ingleses, 12.000 austriacos, 25.000 de diversas nacionalidades y el resto italianos. En este decenio adquirieron su predominio los italianos; fué cuando más vinieron y más se quedaron. El censo de 1895 dió una población así constituida: Argentinos 2.950.384; extranjeros, 1.004.527. Los extranjeros eran: 493.636 italianos, 198.685 españoles, 94.098 franceses, 48.650 uruguayos, 20.000 chilenos, 24.725 brasileños, 21.788 ingleses, 17.143 alemanes, 15.047 rusos, 14.562 paraguayos, etc. En el decenio de 1891 a 1900 recibió la Argentina 638.000 personas; pero de ellas salieron, en igual tiempo, 560.000 de manera que poco aumentó el país en extranjeros, unos 80.000, que no alcanzaron a llenar los huecos hechos por la muerte entre los ya residentes, de tal manera, que en 1901 había menos extranjeros que en 1895. En el decenio de 1901 a 1910 han venido al país más de 1.750.000 personas, pero han quedado en él sólo unas 700.000, y de estas personas, cerca de 500.000 eran españoles; es decir, que hoy la Argentina es más española que jamás haya sido. Aparentemente, la inmigración italiana ha sido superior en número a la española en el último decenio; pero realmente, no, pues aunque entraron más, salieron muchísimos más, y el to-



tal de españoles que se han quedado en el país ha sido muy superior. En este último decenio han adquirido importancia las inmigraciones turca y rusa (se quedan casi el 80 por 100 de los que vienen), y en 1911, mirando bien las cosas, es decir, teniendo en cuenta, no los que llegan solamente, sino los que salen también, o sea los que quedan en el país, la inmigración menos valiosa habrá sido la italiana, que habrá dejado un saldo al país nulo, pues son más los salidos que los llegados. Hace diez años que España es la nación que más contribuye al aumento de población de la Argentina; ella sola ha contribuído más que todas las demás reunidas. Ya se ve cuán diferente es la realidad de lo que dice A. Latino, y de lo que cree el público y muchos intelectuales que no saben interpretar debidamente las estadísticas. Sería muy útil, y la única manera de saber el verdadero valor de las inmigraciones que el país recibe, que al publicar la cifra de ingresados pusieran a su lado la de salidos y la de fallecidos en el año; así, en cualquier momento nos daríamos cuenta exacta del asunto; del modo como hoy se hace, sólo se consigue desorientar al público y dar una falsa idea del movimiento inmigratorio. No sólo el saldo total de españoles ha sido el mejor, sino que hasta la entrada bruta ha superado a cualquier otra inmigración en estos últimos cinco años, 1907 a 1912.

El Dr. Dalmau discute todas estas cuestiones enlazadas con la concurrencia de razas en la Argentina, su respectiva ponderación y luchas, con una serenidad y acopio de datos que revelan un hondo españolismo y una seriedad científica más que recomendable a algunos de los que se han ocupado tendenciosamente de estas cuestiones.

\*  
\* \*

A propósito del libro publicado por Enrique Peña sobre la acción del virrey D. Jacinto de Láriz en el Río de La Plata, el ilustre Dr. Zeballos ha escrito una crítica, en su *Revista de*



*Derecho, Historia y Letras*, de gran importancia histórica e interés indudable para los españoles.

Como se sabe, el virrey Láriz fué acusado de ciertos delitos que el Gobierno central tuvo muy en cuenta, castigando al autoritario representante que en tal forma se había extralimitado. Esos abusos de Láriz y esa justicia de nuestra patria es lo que el Dr. Zeballos pone en claro, dando prueba, una vez más, de su espíritu ecuánime y de la nobleza de su criterio, juzgando siempre con arreglo a justicia, nunca dejándose llevar por el apriorismo, tan corriente entre algunos intelectuales, cuando se trata de estudiar la acción de España en sus antiguos dominios de las Indias occidentales.

«He aquí—dice el Dr. Zeballos—algo más que una monografía, o que el simple esbozo de un episodio de nuestra vida colonial.

»El libro de Peña, que expone en estilo sobrio y claro, con documentación concienzuda, las genialidades del Dr. Láriz y sus conflictos con el obispo de Buenos Aires, con los oficiales reales y con los vecinos de la ciudad y de la campaña, resulta así un cuadro de vida pública y de costumbres de la época, cuya lectura seduce el espíritu. Pero no solamente la narración de Peña—tan bien hecha,—sino los numerosísimos documentos y piezas de proceso que la acompañan como «Apéndices», formando la mayor parte del libro, comunican a esta obra un carácter excepcional y de la mayor importancia para el estudio filosófico de los orígenes argentinos. El autor no lo ha dicho, limitándose a trazar el cuadro histórico. El lector que busca las causas encuentra en este libro algo más que lo expresado. Es una vindicación parcial del sistema colonial de España, atacado e injuriado por escritores superficiales, que juzgan las cosas de antaño con el criterio actual. Dando a cada época lo que es suyo, este libro nos deja una impresión gratísima respecto del decoro de la colonización española.

»Si bien es cierto que los oficiales reales y los colonizadores abusaron cruelmente a menudo de los colonos y vecinos, cier-



to que «existía una organización administrativa, política y jurídica preventiva y represiva, suficientemente administrativa y eficaz para garantizar los derechos respectivos de las autoridades y de los pobladores.» Aunque las distancias y los medios de transporte hicieran lenta esta justicia, no era por ello menos severa y oportuna.

»El gobernador de Buenos Aires, Láriz, había cometido una serie de abusos parecidos a los que cometen, en pleno siglo xx, ciertos gobernadores de territorios federales y de provincias argentinas. Mientras éstos gozan de la más absoluta impunidad, Láriz fué acusado, enjuiciado, condenado y castigado personal y pecuniariamente. Aun los indios y vecinos más humildes—no sólo el obispo y los oficiales reales—que iniciaron acciones criminales o de daños y perjuicios por abuso de autoridad, fueron oídos y su justicia honrada. Láriz tuvo que pagar de su propio peculio a indios y vecinos las exacciones de que los había hecho víctimas a pretexto del servicio público. Entonces, como ahora mismo, el gobernador usaba de los caballos y de los elementos reales para su servicio particular, y abusaba también del recurso de las expropiaciones en servicio del Rey. Todo esto fué perfectamente denunciado y discutido... y el gobernador castigado.

»La página de las reparaciones decretadas por la Audiencia de Charcas, en el ejercicio de los organismos de administración y de justicia existentes en estas colonias, «supera de una manera indiscutible a todo lo que en la actualidad contemplamos cuando los gobernadores de los territorios o de las provincias abusan y delinquen». La impunidad, la complicidad y la tolerancia son la regla general en la actualidad. El castigo severo, inflexible, es la experiencia que resulta del libro de Láriz. Los habitantes de nuestros territorios federales y algunas provincias argentinas se considerarían felices de tener entre los gobernadores algunos de las acciones sentenciadas por la Audiencia de Charcas, cuyos fallos están incluidos íntegramente en los Apéndices del libro de Peña.



»Conviene, en fin, recordar que los gobernadores estaban obligados a dar fianzas considerables, y que la de Láriz fué también ejecutada. ¡Había justicia plena y fuerte, pues, para estos humildes colonos, tan alejados tesoros!»

La simple nota bibliográfica del Dr. Zeballos se transforma así en una vibrante defensa del sistema colonial español, no tan bárbaro como se ha dicho. Por el contrario, prueban los hechos—y Láriz es un buen ejemplo—que si alguien se excedía, si alguien faltaba a sus deberes, había siempre a quien reclamar, con la seguridad absoluta de la más recta justicia.

La rectificación que hace el Dr. Zeballos es terminante; limpio de los prejuicios que suelen ser la guía de muchos escritores en la materia que nos ocupa, sabe sacar el oro de la tradición de las páginas históricas, en las cuales otros no ven más que las escorias.

No hace mucho, en una conferencia realizada en la Facultad de Derecho, el Dr. Zeballos hacia la defensa del régimen colonial español, comparándolo con el tan decantado de los sajones, y decía:

«Los Reyes Católicos habían sido creadores de un sistema de colonización que no ha sido superado. Tal fué el régimen político, jurídico y económico de las capitulaciones que ajustó D. Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires, con el emperador Carlos V. Aquel sistema combinaba el capital y el heroísmo de un individuo y de los aventureros que él podía atraer a sus empresas audaces, con la autoridad real. Esta aportaba por delegación los poderes políticos militares, eclesiásticos y administrativos, necesarios para el gobierno de las tierras a descubrir, con conquistar y colonizar. Los aventureros tenían, además de su heroísmo y su dinero, sus virtudes y sus vicios, sus personas y sus familias, sus instrumentos y sus ganados. Los pueblos así descubiertos, debían ser explotados como un establecimiento comercial, para pagar los gastos de la combinada empresa. Es claro que, entregada la conquista y la colonización del mundo a estas empresas comercia-



les, la suerte de los asientos hechos en todos los continentes dependería del carácter moral y administrativo de las compañías de aventureros. («Merchant adventures»), como dice la ley inglesa, y de la nación, asociada a ellos. Así asistimos a la lucha de la superioridad política y administrativa de los Estados. Mientras en Hispano-América y demás colonias oceánicas y continentales fracasa el sistema admirable de las capitulaciones reales, y los conquistadores no respetan sus cláusulas porque no son hombres de derecho, de administración y de gobierno, sino viejos soldados, que llevan a las colonias la tradición de más de veinte siglos de combate y de campamentos, sin otra educación, por consiguiente, que la del sable, de la lanza y el arcabuz; los ingleses, «con las mismas capitulaciones copiadas de los anales españoles», fundan grandes civilizaciones, cuyos retoños robustos son las cien Repúblicas libres de los Estados Unidos, del Canadá, de Australia, de Sud Africa, y todas sus colonias.»

No se canse el ilustre doctor argentino; todos sabemos a qué obedecen las monstruosas interpretaciones históricas que sobre hechos de España se han escrito. Sería cosa de reír, si ello nos nos hubiera hecho llorar bastante, el comentario de las páginas que sobre la colonización española en América se han escrito. No intento hacer un comentario en regla; sólo deseo recordar que los elementos con los cuales se podía colonizar en el siglo xvi no podían proceder de una inteligente administración metropolitana porque... no existía. Es tal época, de formación de la burocracia europea, de formación de grandes Estados nacionales y la fuerza centrífuga de alguno de ellos, era más bien social libre que oficial. Lo censurable e inadmisible es que en el siglo xx haya Estados ricos, como Alemania, que empleen con harta frecuencia el látigo y el rifle como instrumentos de colonización.

Cuando en 1907 la cuestión colonial alemana estaba en su apogeo, y el célebre ministro de Colonias, Derburg, hacía sus propagandas, hubo quien protestó del trato que daban los em-



pleados coloniales a los indígenas de las colonias alemanas de Africa. ¿Cree el lector que se intentó negar el dicho? Nada de eso. Muy seriamente contestó un colonista, que la dureza del régimen colonial alemán se justificaba en una razón psicológica (¡nada menos!). El indígena necesita ser maltratado, se decía. «Si yo le doy una vaca a un indígena—decía el colonista en cuestión,—al día siguiente se creerá con derecho a pedirme otra; si, por el contrario, yo le tomo una vaca al indígena, al día siguiente se creerá obligado a darme otra...» Aunque esto fuese verdad, no se me alcanza que pueda elevarse a la categoría de procedimiento la barbarie. Lo cierto es que tales finezas psicológicas no acaban de ser comprendidas por inteligencias españolas como la mía, que ya va flaqueando en este comentario, y no sabe quién es la vaca ni quién el colonista del caso.

\*  
\* \*

La dirección positivista tiene en la Argentina un laborioso representante en el Dr. José Ingegnieros. Aunque el distinguido Profesor de la Universidad de Buenos Aires ha escrito sobre la interpretación del desenvolvimiento y formación de la sociedad argentina, su fuerte está en los estudios de Criminología. Su trabajo inductivo en el Instituto de Criminología le acredita como penalista e investigador de altura. Ha publicado mucho; su labor puede apreciarse como una de las contribuciones más interesantes para la Criminología moderna, y es sin duda la primera figura entre los criminalistas americanos.

Lo que más intensamente da a conocer la significación de Ingegnieros son las síntesis que ha publicado sobre el concepto de la defensa social, punto cardinal de la ciencia penal.

Así explana el concepto:

«El conflicto fundamental entre el espíritu metafísico y el espíritu científico, que durante larga serie de siglos ha apasionado a los filósofos con inagotables pro y contra el espiritua



lismo, tuvo en el siglo XIX una solución definitiva. El determinismo evolucionista, que invadió toda la órbita de los conocimientos científicos, ha gravitado también, con su peso formidable, sobre la interpretación de la actividad funcional del espíritu humano. Los modernos conocimientos de psicología científica han reducido a una simple ilusión del espíritu el concepto clásico del «libre albedrío»; su consecuencia lógica fue poner en tela de juicio los fundamentos mismos del derecho de castigar, asentados sobre él.

»Poco puede agregarse a lo escrito en el último cuarto de siglo sobre esta cuestión; ella fué ampliamente analizada y dilucidada, en sus aplicaciones a la criminología, por Ferri, Garofalo, Hamón, Maudsley, Binet, Franchi, Colajani, Pelmann, Penta, Antonini, De Fleury, Bombarda, Zuccarelli, Angiolella y otros. Ante el criterio del determinismo psicológico, que es el único científico, nadie es libre ni responsable de sus actos; no lo es el hombre cuerdo ni el demente, no lo es el criminal ni el idiota. Es tan poco libre el hombre de genio cuando inventa o descubre, como el criminal cuando mata o estupra; el primero no puede evitar el invento, como el segundo no puede prescindir de cometer su delito; un complicado determinismo—combinación de causas biológicas y mesológicas—impone el acto, que es su resultante, no pudiendo ser diverso de como es, dada la identidad de sus componentes. En verdad, esta concepción determinista es poco halagadora para la vanidad de los espíritus inferiores, que creen es mengua para sus fueros humanos el estar sometidos a las mismas leyes naturales que presiden toda la compleja actividad universal, desde sus manifestaciones infinitamente grandes, admirables a través del telescopio, hasta las infinitamente pequeñas que palpitan bajo el microscopio.

»No incurriremos, pues, en una nueva refutación del libre albedrío; junto con él caen los fundamentos de la responsabilidad, que es su corolario; con la responsabilidad cae, á su vez, el sistema penal sobre ella asentado.



»La escuela positiva ha podido demostrar que la pena, como venganza colectiva contra el responsable de un daño causado, es una manifestación de moralidad social, inferior, a la vez que injusta, por admitir falsamente en quien delinque la conciencia y libre voluntad de delinquir. *Por otra parte, como intimidación preventiva del delito suele ser ineficaz; y como medio de corrección del criminal es contraproducente.* Baste recorrer los interesantes capítulos que Ferri dedica a la crítica de los presentes sistemas correccionales, en su obra sobre la sociología criminal.

»Espíritus estrechos o misoneístas han podido creer que las nuevas teorías científicas tendrían como resultado beneficiar a los criminales, con perjuicio para la sociedad; tan infantil error es patrimonio de una parte del vulgo—especialmente del vulgo semiculto, el peor de todos,—que induce, como consecuencia de la negación de la responsabilidad, la absolución o liberación de todos los criminales pasados y presentes, así como la impunidad legal de los venideros. Otras son las conclusiones de las nuevas doctrinas.

»Negar la responsabilidad del hombre delincuente y la ineficacia de la legislación penal vigente, no significa desconocer al agregado social el derecho de reaccionar a la actividad antisocial de los delincuentes, que pone en peligro la existencia de los miembros del agregado. Lo que se afirma es la necesidad de reemplazar las bases anticientíficas del actual sistema punitivo por otras científicas y que llenen satisfactoriamente la función definitiva de la sociedad contra los actos delictuosos. La pena, deprimida por la idea de venganza o de castigo que se le asocia, debe ceder su puesto a un criterio amplio y seguro de defensa social, que será la manifestación en el mundo superorgánico del instinto de conservación, propio de todos los seres orgánicos. Este instinto es la fuerza poderosa que impulsa los seres vivos a la segregación o eliminación de cuanto puede dificultar o poner en peligro la existencia o la integridad de la individualidad orgánica; la conservación de la propia vida es



tendencia fundamental de todo sér vivo. La amiba elimina la partícula inorgánica que ha absorbido por error, creyéndola alimentínica; la conservación de la propia vida es tratar de eliminar todos aquellos elementos que considera perjudiciales a su vitalidad y evolución.

»La escuela positiva—con cuyas ideas estamos plenamente conformes sobre este punto,—reconociendo que el delito es un fenómeno patológico, estrictamente relacionado con la organización del individuo, abandona el terreno de la responsabilidad y del castigo, que aún conserva el sello de la antigua venganza, cruel e ineficaz; en cambio, intenta la enmienda del individuo, si aún fuere posible; se propone la reparación de los perjuicios por él causados, o bien se limita a defender a la sociedad de esos elementos perturbadores. La *defensa social* es, pues, la base racional de un sistema punitivo científico, exclusivamente proporcionado a la temibilidad del delincuente.

»Al proceder de esa manera, la nueva escuela está lejos de guiarse por un estéril prurito de innovación, como observa De Mattos; tiende, más bien, a hacer efectiva la defensa contra el delito, puramente nominal hasta ahora. Ferri ha podido demostrar que esa idea fundamental de una defensa colectiva, como justificativo de la represión penal, aunque enmascarada durante largo tiempo por las especulaciones de los filósofos y juristas, ha persistido siempre, de manera bien clara, en la conciencia popular; la frase «combatir contra el delito», usada por los mismos correccionalistas ocupados en la tarea sentimental de acortar las penas, confirma el concepto según el cual la sociedad, lesionada en sus intereses, reacciona contra la agresión, venga de donde viniere y bajo cualquier forma.

»La reacción está representada por los medios complejos de que disponen los agregados sociales para la defensa colectiva, pudiendo pertenecer al orden profiláctico o al orden represivo. Los maestros de la escuela positiva los agrupan y clasifican en cuatro categorías:

»1.<sup>a</sup> Los medios preventivos: destinados a evitar todas las



causas que pueden determinar la exteriorización de las tendencias mórbidas en un sentido delictuoso; son los que Ferri llamó «substitutivos penales», con frase más afortunada que exacta.

»2.<sup>a</sup> Los medios reparadores: destinados a indemnizar a las víctimas y a disminuir las fuertes cargas que implica para el Estado la lucha contra el delito.

»3.<sup>a</sup> Los medios represivos: penas variables en cada caso, según las condiciones del delincuente, edad, sexo, profesión, sistema de vida, etc.

»4.<sup>a</sup> Los medios eliminadores: destinados a impedir la recidiva, pena de muerte, deportación, reclusión perpetua apropiada a las condiciones especiales del criminal, y otras secundarias.

»Este programa de defensa social, complejo y científico, ha sido formulado hace ya más de veinte años (1).»

La Ciencia penal moderna reconoce que el fundamento de castigar no es la venganza social, ni la expiación ni el concepto ético de justicia retributiva. Ni la Pasión, ni la Teología, ni la Moral, ni el Derecho, en el sentido de una Metafísica jurídica, pueden resolver un problema de índole exclusivamente sociológica y antropológica, como es el delito. Ante la realidad de un hecho de convivencia social, condicionado por la garantía jurídica de la protección de los intereses (*Rechtsgüterschutz*, de Ihering), se presenta, con idéntico sentido y valor diferencial, la amenaza de un peligro de incendio, de inundación, de ruina, de contagio, de robo, de homicidio, etc. El fundamento de la acción civil o penal—dualismo actual que tiende a resolverse—para reclamar indemnización de daños morales o materiales, se funda en la existencia, dentro del agregado social, de un «estado peligroso» (*etat dangereux*, de Prins, y la Unión Internacional de Derecho penal), de una «temibilidad» (*temibilità*, de Garofalo), de un «peligro general» (la *Gemeingefähr-*

(1) «La defensa social.» Buenos Aires, 1911. ]



*lichkeit* de los alemanes), que determina la *necesidad de la defensa social*.

He aquí el fundamento del derecho de castigar para todos los penalistas modernos, menos para Birkmeier y su escuela. Este sentido utilitario y positivista había sido dado en unión de la fórmula *defensa social*; pero sin documentación sociológica en la frontera de los siglos XVIII y XIX, a la vez, por tres autores: Bentham en Inglaterra, Romagnosi en Italia, Anselmo Feuerbach en Alemania.

Sabido es que la nueva corriente ha influido considerablemente en todos los mejores cultivadores de la Ciencia penal. Su repercusión en América la muestra bien claramente los trabajos del Dr. Ingegneros. Entre nosotros puede decirse que los penalistas clásicos van ya desapareciendo como los pieles rojas en América.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



## REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—HISTORIA: La Harpe y su gorro frigio.—FILOSOFÍA: Nietzsche y el pragmatismo.—ETNOGRAFÍA: El alma española vista por un francés.—ANECDÓTICA: La Emperatriz Eugenia en Zululandia.—IMPRESIONES Y NOTAS: Ningún Galiano se rinde.—El baile.—Las comidas de antaño.—La prolongación de la vida.—«Deber de ser.»

### HISTORIA

LA HARPE Y SU GORRO FRIGIO.—El Liceo republicano era una especie de Universidad libre que funcionaba en el período revolucionario, siendo el académico La Harpe uno de sus profesores. Un día, al explicar su lección de literatura, La Harpe se plantó un gorro frigio sobre la peluca Luis XV, que era entonces de rigor, y dijo luego quitándoselo: «Este gorro, que se dice hecho para cabezas republicanas, haría hervir la mía.» «¡Frase admirable!—dice en la *Revue Hebdomadaire* Luis de Preaudeau—en la que sólo falta lo esencial: ¿de qué haría hervir el gorro la cabeza del poeta? ¿De entusiasmo o de indignación?» La anécdota es auténtica, y el pedantesco retórico revela en ella sus procedimientos para salir con bien del hervidero revolucionario, a pesar de ser para muchos, por no haberle visto figurar ni en la toma de la Bastilla, ni en el asalto de las Tullerías, ni en las discusiones de ningún club *sospechoso de ser sospechoso*, que era la fórmula terrible de los terroristas para suprimir cabezas de enemigos posibles. La Harpe se limitaba a dar sus lecciones en el Liceo, a sufrir con paciencia la lectura de odas como la del patriota Prelong a Marat, con



el título de *Los santos en requisa o se alquila el Paraíso*, sin tirar a la cabeza del autor el *Arte poético* de Boileau, y a figurar en las sesiones de aparato con su gorro frigio sobre la gran peluca del uniforme académico, paseando sus miradas sobre las paredes del local que les habían preparado en Palais-Royal, decoradas con inscripciones tan pedagógicas y sugestivas como éstas: «¡Lejos de aquí, si no eres republicano!» «El *tú* es la palabra de la naturaleza, el *tú* conviene a los republicanos.» «Las artes son hermanas libres, iguales y republicanas.»

Codirector del *Mercure* con Chamfort y Marmoutel, se hace el indispensable y se apodera de la sección literaria, arreglándose las con alusiones y digresiones para mostrar sus sentimientos cívicos y sus opiniones políticas. Desde el 12 de Diciembre de 1789, su primer artículo—sobre las palabras *dela-ción, denuncia, acusación*—contiene ya las reservas que su buen sentido dicta a su servilismo; pero en seguida, para hacer olvidar estas reservas, ataca al Parlamento, al clero y a los ministros de antaño, mereciendo que *El año literario* y el abate Royou le larguen una filípica por haberse pasado, él, un académico del antiguo régimen, al enemigo, aunque procurando poner una vela al diablo y otra a San Miguel.

La Harpe conserva su respeto a la Academia moribunda con la veneración natural de todo pedante elevado al rango de académico, y dándose importancia con su cargo; y quiere la Academia con sus tradiciones y sus pompas, sus recepciones y sus premios y hasta con las misas solemnes y el elogio de San Luis; es un legado de Voltaire, prueba concluyente de la vanidad del protector y del protegido. Hay, sin embargo, que alabar en La Harpe una buena cualidad: la gratitud. Su culto a Voltaire no flaqueó nunca, no perdiendo ocasión de ensalzar su memoria como «liberador del pensamiento». Claro es que el discípulo no tiene la finura de ironía del maestro; pero ha recogido sus lecciones, y sabe afirmar que «hay que excluir en absoluto a los curas de todo proyecto de educación pública, y



aplaudir todas las medidas no sangrientas dirigidas contra los charlatanes de estolas y mitras, sostenes naturales de los charlatanes de cetros y coronas».

Tras este volteriano acérrimo se esconde, sin embargo, un parisién de raza, que sufre con el trastorno de sus costumbres, y tratando de conservar su sonrisa por la superstición, siente la poesía de las procesiones de antaño, desplegando su pompa por calles y plazas, en medio de las filas del alegre pueblo. «¡Ah, las procesiones!—dice.—Siempre me ha gustado (y no soy yo solo) la procesión de San Sulpicio; su pompa me ha parecido siempre imponente y digna de hablar a la imaginación: la riqueza de los ornamentos sacerdotales, esos jóvenes con largas túnicas blancas, con sus cinturones azul celeste o de color rosa y con cestas de flores en las manos; el juego regular de los incensarios alzándose todos a un tiempo en el aire a una señal; los perfumes esparcidos por las calles, la armonía de los actos religiosos y ese palio magnífico bajo el cual lleva verticalmente el celebrante ese círculo con rayos de oro...»

A Juan Jacobo Rousseau, en cambio, le tiene verdadera ojeriza, y no omite ocasión de zaherirle. Pero cuando se toca a cuestiones candentes de alto idealismo, el Sancho que hay en La Harpe se despierta, y su tono se dulcifica y se atenúa; porque en el corazón de todo egoísta algo lógico dormita siempre un buen burgués. ¿Cómo había La Harpe de ser igualitario al modo feroz de Chamfort, ni adorador del progreso como Condorcet, o de la humanidad como Anacarsis Clootz? Fuera de su personilla, ninguna idea le inflama, ninguna pasión le conmueve. Conservador de pura sangre, aunque algo avergonzado de serlo en aquellos tiempos, se asusta de la audacia de los reformistas, y se agarra a la propiedad y a la patria como a las dos boyas que han de salvar del naufragio a la sociedad.

Sólo la guerra con el extranjero sacudió un poco los nervios del insignificante retórico. Pero sólo después de Valmy y



de Jemmapes comenzó su carrera de Tirteo, transformación audaz, que tuvo por teatro el Liceo, el 3 de Diciembre de 1792. Allí leyó una oda con el título de *Himno a la libertad*, que es un llamamiento a las armas contra la coalición de los déspotas.

«¡Ejemplo que hartó tiempo ha ignorado la tierra!  
Seremos los primeros que hagan santa la guerra.  
Se hizo antes por los reyes y su rivalidad,  
Por el mando o el oro... ¡Hoy, por la humanidad!»

Unas semanas después viene la vista del proceso de Luis XVI. El *Mercure*, hecho diario, declama contra el neologismo; toda su literatura se deshace en frases grises y articulos opacos, y sólo alguna vez se tropieza con un arranque atrevido, en el acto corregido, como éste: «Los privilegiados son tan desgraciados que no hay fuerza para aborrecerlos, y tan ridículos, tan insolentes y tan atroces que no hay medio de compadecerlos.» En ocasiones, el erudito refunfuña y se atreve a decir que «todos los días, en la Convención y en las Asambleas, se cita la historia antigua y la moderna casi como Sganarello cita Aristóteles.» Como nadie lee a Molière, supone que nadie le ha de comprender. En 1794 canta el sitio de Tolón y luego vuelve a la filosofía, y el 27 pluvioso propone que se borren las armas reales de los libros de la Biblioteca, y poco después refuerza todavía este arranque de civismo adulando a Dorat, secretario de la Commune, rebajando la majestad de la literatura para saludar como una *gran verdad* esta frase, recogida en la obra del adulado: «*Todas nuestras desgracias han nacido de la misa: la San Bartolomé, las dragonadas, todas las persecuciones. Todos nuestros placeres nacen de la comedia: sería, pues, preciso no tener nunca misa y tener siempre comedia.*»

La justicia del destino dió a este artículo doble conclusión: quince días después estaba en un calabozo del Luxemburgo meditando sobre los placeres de la comedia; en cuanto a la



misa, aunque después de vendimiario iba a ella diariamente, la frase de Dorat, que se le atribuía a él mismo, le era echada en cara pérfidamente en todas las polémicas, amargando sus más piadosas exhortaciones. En su proceso tuvo suerte. El informe de su sección decía: «Muy instruido, pero brusco, orgulloso, egoísta. Nuestras pesquisas sobre su civismo están en su favor, pues hemos sabido con placer que, en unión de otros cuatro académicos, había luchado largo tiempo contra la aristocracia de sus colegas; que había hecho antes de la Revolución una pieza, en que la igualdad está pintada de un modo capaz de hacer estremecer a los tiranos (*Virginia*); hemos visto a los déspotas tratados como se merecen en un discurso que pronunció en el Teatro de la República, un día de función gratuita; hemos sabido, por último, que había cantado a la Libertad de un modo capaz de electrizar y de aumentar el número de los amigos de nuestra Revolución. Hay, sin embargo, que hacerle un cargo: el de no haber venido a las asambleas de su sección a secundar en ellas a los descamisados y a desarrollar con su talento los grandes principios de la Naturaleza para aplastar a la aristocracia, que era entonces una fuerza.»

En su prisión, La Harpe, un tanto trastornado por el contacto material y positivo de las miserias y de los infortunios humanos, de la grandeza de alma, de la fe en los principios y en los ideales, del sacrificio y de la abnegación, cosas todas para él puramente retóricas, como temas de disertación, hizo amistad con una dama del antiguo régimen y con un obispo injuramentado. La dama era Delfina de Rosières Sorrans, viuda del conde de Clermont-Tonnerre, y una de las mejores lenguas de la corte de María Antonieta, ya desengañada de las vanidades humanas y entregada a la meditación de los libros religiosos. El obispo era también un resto del antiguo régimen, titular de Saint-Brieuc; pero, prelado de corte de los que Boileau decía que era inútil predicarles la residencia. Olvidado en la prisión, se había transformado también al contacto con el dolor mientras aguardaba su suplicio, y leía el



Kempis. En aquel ambiente La Harpe sufrió la metamorfosis de sus ideas y de su carácter.

He aquí cómo se operó el cambio: «Tenía sobre una mesa la *Imitación de Cristo*, y me habían dicho que en aquel excelente libro encontraría frecuentemente respuesta a mis pensamientos. Lo abrí al azar, y caigo al abrirlo sobre estas palabras (habla Jesucristo): «Heme aquí, hijo mío, vengo a ti porque me has invocado.» No leí más; la impresión súbita que experimenté está por encima de toda expresión, y tan imposible me es decirla como olvidarla. Caí con el rostro contra tierra, bañado en lágrimas, ahogado por sollozos, lanzando gritos y palabras entrecortadas; sentía mi corazón aliviado y dilatado, pero al mismo tiempo como pronto a rasgarse. Asaltado por un tropel de ideas y de sentimientos, lloré bastante tiempo, sin que me queden otros recuerdos de esta situación sino el de que, sin comparación ninguna, es lo que jamás ha sentido mi corazón más violento y más delicioso.»

La página es hermosa, y merece conservarse. El tono es sincero y los detalles precisos. Pero fuera de este toque de luz, como dice Préaudeau, todo lo demás sigue siendo oscuro. ¿Duró mucho la conversión? ¿Hubiera seguido si Robespierre hubiera continuado mandando? Por encima de todo flota siempre aquel rojo gorro frigio, símbolo de embusteras complacencias, de adhesiones serviles, de lisonjas falaces. Bajo los pliegues de su irrisoria púrpura se abrigan muchas cabezas de terroristas a pesar suyo, de energúmenos sin quererlo, de exaltados que piden se les modere, de gentes que aullaron con los lobos para que no se les exigiera que mordiesen, como suele haberlos en todos los movimientos revolucionarios.

## FILOSOFIA

NIETZSCHE Y EL PRAGMATISMO.—A propósito de un libro que, con el título de *El Romanticismo utilitario*, ha dedicado Renato Berthelot a Nietzsche y a Poincaré (E.), publica Emilio Fa-



guet, en *La Revue*, un artículo tan sustancioso como suelen serlo todos los suyos, criticando, por una parte, el título del libro en cuestión, y negando, por otra, el pragmatismo de Nietzsche. El título del libro no significa, en efecto, que haya un romanticismo utilitario; significa únicamente que en Nietzsche han influido por igual el romanticismo alemán y el utilitarismo inglés; pero el título poco importa. Lo interesante aquí es el cómo Berthelot llega a establecer esas influencias, y el cómo Faguet rechaza las conclusiones que Berthelot saca y las premisas en que las funda. Y es interesante, no sólo por el asunto mismo, sino principalmente por las muchas aplicaciones a que se presta esa manera de buscar influencias y derivaciones, hoy tan en boga, que permiten lucir al crítico su saber a expensas del autor estudiado. Es precisamente el motivo que yo he tenido siempre para no pedir a nadie que me haga prólogos para ninguna de mis obras, pues ya se sabe que el prólogo se ha de reducir, según las categorías del prologuista y del prologado, o al elogio más o menos ampuloso de la obra, o a la exhibición, con un pretexto u otro, de la erudición del prologante, casi nunca a la leal presentación del autor de la obra, que debe ser el objeto de todo prólogo de ajena pluma.

En su estudio crítico positivo, Berthelot relaciona a Nietzsche con la concepción heroica de la vida que se supone fué general entre los antiguos helenos; con Hegel y con su idea de la identidad, o por lo menos de la no contrariedad de los contradictorios; con el romanticismo alemán, sobre todo con el de los Schlegel y los Tieck; con el vitalismo de la escuela de Montpellier; con la filosofía, también muy vitalista, de Schelling; con Spencer y todo el utilitarismo inglés; con el transformismo de Lamarck y de Darwin, remontando por una parte a David Hume y por otra a Helvecio, de un lado a Protágoras y de otro a Catoblepas, etc., para abreviar.

Esto recuerda a Faguet una maliciosa frase de Sainte-Beuve: «Ahora el estudio de un hombre es la ocasión de dar su vueltecita al mundo literario», o más bien su repaso de bi-



biblioteca y su viaje alrededor de su gabinete de estudio. Todo eso está muy bien, pues se entera uno agradablemente de Catolepas y de otros autores no menos interesantes; pero, en ese caso, para proceder con más precisión y seguridad, lo mejor hubiera sido darnos a conocer la biblioteca de Nietzsche; Berthelot define el *substratum* de Nietzsche, «lo que Nietzsche ha podido leer.» «Eso es demasiado vago y arbitrario; a cada nueva indicación dice uno: «¡Muy bien! Pero ¿y la filosofía china? No es del todo imposible que Nietzsche haya leído filósofos chinos.» Y sobre esto un capitulito de sinología. Con este método, el estudio sobre un autor se extiende hasta los límites de la información del crítico, y es por consiguiente muy interesante sobre la personalidad del crítico, pero nos deja casi a oscuras sobre la del autor; este método, sin quererlo, produce libros de literatura personal, egoísta, stendhaliana, pero no libros de crítica seria.

Nietzsche ha leído poco: los grandes griegos, Goethe, Schopenhauer, y los clásicos franceses: ese es su equipaje. Puede considerársele como romántico, pero no hay que olvidar que siente por los románticos el mayor desdén; que sus ídolos son Corneille, La Rochefoucauld, Fontenelle y Chamfort, y que execra a Rousseau; es romántico *per se*, simplemente por ser poeta, pero no por haber sufrido influencias románticas. Nietzsche ha leído poco y ha reflexionado mucho, y después de una buena educación de profesor de filología, tiene la gloria de haber sido *él mismo*, más quizá que lo haya sido nadie. Es mucho más interesante como fuente que como derivado.

Ahora bien; como fuente, ¿no es un precursor del pragmatismo, y no ha venido a dar en el pragmatismo? Faguet no lo cree. El pragmatismo reviste muchas formas; pero el fondo de todas ellas consiste en medir la verdad de una idea por el bien que puede producir. Para el pragmatista, una verdad que no contiene un bien moral o no conduce a él, no tiene derecho a ser verdadera; no lo es, porque no es la verdad el criterio del bien, sino el bien el criterio de la ver-



dad. En el fondo, el pragmatista es un hombre que, escéptico en todos los medios de conocimiento, se hace una fe de «lo que estima que es útil creer». ¿Es eso Nietzsche? Es escéptico, pero no se apoya en el escepticismo para concluir en la paz moral. Ni hay nada tampoco que le sea mas antipático que la fe moral; es inmoralista con deleite, desprecia la moral con todo su corazón, y es el antikantista por excelencia. No hay un libro de Nietzsche que contenga un gramo de pragmatismo.

—¡Bueno, bueno!—responderá Berthelot, que es muy buen dialéctico.—Pero bien sabe usted que Nietzsche, a pesar de todo eso, tiene su moral: es la moral de la vida intensa, de la vida peligrosa, la moral heroica... y no hay que insistir. Ahora bien; rechazar todo medio racional e intelectual de conocimiento, y venir a parar a una moral diciendo: «Ahí está la verdad», es proceder absolutamente lo mismo que los pragmatistas.—Sí, es proceder como ellos, y en eso es en lo que no es despreciable vuestro análisis,—replica Faguet;—pero no es hacer lo que ellos: los pragmatistas rechazan todos los medios de conocimiento, reemplazándolos por el criterio de lo útil, y Nietzsche los rechaza también, pero los reemplaza por el criterio de lo bello; lo que no es lo mismo.

Nietzsche viene a dar a una moral por procedimiento análogo al del pragmatista; sólo que esa moral no es pragmática ni mucho menos. Es hasta lo contrario. Los pragmatistas dicen: «¿Se debe creer en la vida eterna y en las penas y recompensas de ultratumba? Sí, puesto que es útil, pues así seréis mejores y más felices.» Y Nietzsche responde: «No, puesto que creer por tales motivos es obrar como un modrego; podrá ser útil, pero no es bello; lo bello es vivir peligrosamente y superarse únicamente por ser bello.» La moral de Nietzsche es el *chicquismo*. Sólo es digno del hombre lo que es *chic*. La moral pragmática sería para él la *moral del rebaño*. No es esto decir que tenga razón; es afirmar que no tiene nada de pragmatista.

E. M.—Febrero 1912.



## ETNOGRAFIA

EL ALMA ESPAÑOLA VISTA POR UN FRANCÉS.—Con el título de *Alma española* ha publicado Alberto Dauzat, en *La Revue de París*, un estudio bastante apreciable en sus líneas generales, al que queremos unir lo que por incidencia dice en la misma revista Luciano-Alfonso Daudet, del carácter español, a propósito de la Emperatriz Eugenia.

«En la leyenda de la Emperatriz—dice Alfonso Daudet—hay una palabra que suena sin cesar como una disculpa o como una reconvención. Esa palabra es la designación de su raza: ¡Española! Ciertamente que lo es, y Francia no tiene que echarse en cara. La mujer a quien un populacho delirante, en la mañana del 4 de Septiembre, creía insultar tratándola de *española*—eco de otro clamor que aullaba a la *austriaca*,—era digna, en efecto, de ser llamada así. Si no lo hubiera sido, española, es decir, más valiente que un hombre valiente, y poniendo su orgullo aun por encima de su desprecio, apuesto a que nuestras plazas públicas estarían privadas de más de una estatua, y los hombres, bastante ligeros para echar sobre ella responsabilidades que quizá no incumbían a nadie (pues la fatalidad representa frecuentemente su papel en el destino de los pueblos), han tenido más de una vez la prueba de que el alma española es generosa también.»

«La Emperatriz—dice en otra parte—es española: ha visto la luz en un país cuya formación fué lenta, dolorosa; que conoció, en época relativamente reciente, la invasión bárbara—maravillosa y provechosa invasión; pero invasión al fin—y que, más que ningún otro país de Europa, tuvo que fijar su raza, defender su sangre y su lenguaje contra el invasor. De ahí, corazones obstinados, apasionados y enclaustrados, almas glaciales y ardientes, difíciles de leer para nosotros los franceses, cuya patria se ha formado normalmente por fiestas y



matrimonios, por contratos más que por tratados, y guerras semejantes a disensiones de familia.»

«El gusto de las clasificaciones fáciles—añade en otro lugar—hace creer a los que no la conocen que la Emperatriz, siendo española, debe ser *fanática*. ¡Imaginaciones populares, amigas de simplificar! El inglés despreocupado y viajero, el alemán grosero, el suizo pesadote pero honrado, el italiano camorrista y zumbón, toda una etnografía para el uso de Bouvard y Pecuchet... La mayoría de los franceses gustan juzgar de lo que no es de su patria *grosso modo*, echándole encima un difraz fácil de reconocer; nuestros compatriotas prefieren esta esquematización de la humanidad a la comprensión real de los seres.»

Agradeciendo estos arranques de sinceridad, hoy más apreciables que nunca, escapados de la noble y delicada pluma de Luciano-Alfonso Daudet, veamos ahora cómo habla del alma española otro observador francés sincero, Alberto Dauzat, atinado en general en sus observaciones, pero al que importa rectificar, como lo haremos en algún pormenor.

«España, dice, nos pareció en otro tiempo el país romántico por excelencia, lo que era pueril; la verdad es que, aun hoy, ofrece a los amigos de lo pintoresco en todas sus formas la más rica paleta de colores locales que pueda desearse, a veces hasta demasiado rica en colores, al gusto del extranjero. Por eso la buscan los pintores y agrada a los que tienen horror a lo vulgar. Lo más curioso que hay en España, lo mismo para el simple turista que para el observador, no es el paisaje, en general borroso, desnudo, agrio; no son siquiera las admirables obras de arte, monumentos o museos de los que en otras partes pueden encontrarse en definitiva equivalentes, sino el alma española en sus complejas manifestaciones.»

Todo extranjero que recorre España, no para aislarse en hoteles cosmopolitas, sino para vivir la vida de los indígenas hablando su lengua, se da cuenta desde el primer día de lo aislada que se halla esta nación, moralmente, del resto de Eu-



ropa. Aun entrando por el país vasco, parece que al pasar la frontera se os cierra una puerta. En cuanto se pasa, ya no se oye hablar el francés, cosa que sólo se observa en España (1). Por esa razón, el español, que viaja mucho por su país, no sale casi nunca de España; la mayor parte de los viajeros de lengua española que se encuentran en el extranjero son americanos (2). Y no es solamente la ignorancia de las lenguas extranjeras (3) la que retiene al español en su casa, y también

(1) Esto es inexacto. Lo que hay es que del lado de Suiza, el francés pasa a un cantón de lengua francesa; del de Bélgica a una nación que tiene el francés como lengua oficial, y del de Alemania a unas provincias en que subsiste vivo el amor a Francia. En la frontera alemana, sin embargo, no podrá decir Dauzat que no se tiene una sensación de cierre de puerta tan viva como la que pueda sentirse en España; son dos mundos bien diferentes. Por lo demás, ya Thiers lo ha dicho: «En ninguna parte se encuentra más patriotismo que en las fronteras», y nada más natural que al pasarse del Bidasoa para acá, se sienta el español más español que nunca, como al pasar del Bidasoa para allá, el francés se sienta orgulloso de ser francés. ¿O es que habíamos de hablar nosotros francés cuando pasamos a Francia (como lo hablamos), y aguantarnos con que el francés al pasar a España, siguiera hablando francés? Eso es lo que se hace, y por eso se sorprende; pero cada cual tiene su alma en su armario. El turista español habla francés, y esa es su ventaja, mientras que el turista francés no suele hablar español, y ese es su pecado.

(2) Hay que contar con que el español está a un extremo de Europa, y que para viajar necesita gastar, en tiempo, en dinero y en molestias, mucho más que los habitantes de las regiones centrales. Aun así y todo, el país con el que tiene más contacto, que es Francia, es tan visitado por los españoles como pueda serlo por cualquiera otra nación, y mucho más desde luego que lo es España por los franceses. La colonia veraniega de los Pirineos es numerosísima, sobre todo a orillas del golfo de Gascuña, y la colonia española de París es de las más importantes. Pero hasta fuera de Francia, no deja España de dar un contingente proporcionado a su población: así en Zúrich, por ejemplo, siguen estudios en la actualidad 18 españoles, y Alemania se ve frecuentada todos los años por multitud de profesores y de alumnos, especialmente médicos e ingenieros. La observación de Dauzat era buena hace veinte años; pero hoy las cosas han cambiado mucho.

(3) No podemos pasar sin correctivo esta afirmación: hoy no existe apenas una señorita regularmente educada que no hable francés, y hace ya bastantes años que tenemos en *La Charra* de Ceferino Palencia, el tipo



un amor propio nacional, reconozcámoslo, un poco estrecho: este pueblo se encierra voluntariamente tras un muro chino para no sufrir la influencia del extranjero, del que desconfía y al que desdeña; entiende ser como es sin ponerse a la escuela de nadie (1). Con tales ideales es natural que los españoles, aislados de sus vecinos, hayan permanecido atrasados (2), conservando una originalidad de mentalidad y de costumbres características.

En ninguna parte se perciben las diferencias regionales tan marcadas como en España, donde cada comarca defiende celosamente sus tradiciones y sus costumbres; así se explica la diversidad de juicios que se han emitido sobre España según la provincia en que se haya vivido; la Historia explica esta diversidad, por los muchos pueblos y razas que en la Península se han fijado, dejando cada cual sus aluviones. Cuatro tipos son los dominantes: al Norte los vascos, muy parecidos a los astures; en el Centro los castellanos y aragoneses; al Este los catalanes, y al Sur los andaluces (3). La raza crece a medida que se descende hacia el Sur. El vasco es fornido y robusto;

---

de la educación de las españolas de posición acomodada, no sólo de las grandes poblaciones, sino hasta de caseríos aislados, como las alquerías, dehesas, cortijos, torres y josas.

(1) ¡Ojalá fuera así! Pero ese precisamente es nuestro gran pecado. Nuestro teatro es francés, nuestra novela y nuestra literatura toda, poesía y didáctica, son francesas; nuestra ciencia es alemana; nuestros trajes ingleses, nuestras modas de París, de Londres o de Viena; todo aquí es extranjero o se pregona por lo menos como tal para encontrar salida. Gracias a que todo eso cae por fuera, y nos queda siempre el alma intacta.

(2) ¡Vaya por lo de atrasados! Lo reconocemos gustosos; pero es porque aspiramos a lo mejor, y no logramos alcanzarlo por nuestros malos gobiernos y por nuestra pobreza de recursos. ¿Cómo hemos de tener, por ejemplo, una red ferroviaria tan completa como Francia, si aquí no damos cuatro pasos sin tropezar con un túnel, y en Francia se corren cientos de leguas tan llanas como la palma de la mano?

(3) Los gallegos constituyen otro tipo, no menos interesante ni característico, por todos conceptos, que los otros cuatro. Se conoce que Dauzat *n'a pas poussé une pointe* por Galicia. Vale la pena de que la recorra para completar su estudio.



los castellanos del Norte son todavía generalmente pequeños; pero el tipo de Don Quijote, mocetones secos y huesudos zanquilargos, se hace más frecuente en Aragón y en Castilla la Nueva; a los andaluces se los representa uno pequeños y esbeltos, ¡qué error! Los mejores mozos de España se encuentran en Andalucía, sobre todo en la ribera del Guadalquivir, donde predominan los individuos altos y fuertes, de torso robusto, con tendencia al derrengamiento: caras pelonas, máscaras de Napoleones empastados o de Césares gordos, como el Vitelio del Museo del Prado, y a su lado hocicos extrañamente bestiales—labios enormes y de hiscentes, nariz roma, cejas espesas, bajas, convergentes—que recuerdan la vigorosa bestia humana de la prehistoria. En Sierra Nevada el tipo es más flaco, con perfiles árabes muy claros, a veces.

No hay que exagerar la alegría andaluza, que es sólo relativa, por contraste con la severidad castellana; los andaluces no tienen la exuberancia ni la vivacidad de los provenzales o los napolitanos. El andaluz, que se imagina uno siempre de fiesta y en movimiento, es en realidad más bien grave; en Andalucía, aunque sea echar abajo una leyenda, se baila poco; las andaluzas tienen menos gusto por esta diversión que las francesas o las inglesas, y el verdadero baile andaluz es muy lento. No hay que confundir al andaluz con el gitano. Lo que más choca en Andalucía es la extremada libertad de costumbres (1): hasta en las familias de artesanos se ven muchachas con hijos naturales criados por sus abuelos a la luz del día, sin que nadie se escandalice por ello; no es allí donde se estimará que la hipocresía es un homenaje que el vicio tiende a la virtud.

Más reservado, más frío, menos abordable, el castellano

---

(1) ¿A un francés? Tiene gracia; en ninguna calle andaluza se ven espectáculos como los que se ven en París en cualquier acera de café, ni en ningún jardín o paseo público de Andalucía se tropieza con escenas como las de cualquiera *allée* del *Bosque de Boulogne* y aun del Parque *Monceaux*; y no hablemos de Montmartre ni del *Bul Mich*.



tiene más seriedad que el andaluz. Ni en Madrid, ni en Toledo, ni en Burgos se desarrollan en las calles las escenas que tanto deshonran a las ciudades meridionales. En cambio, el castellano es desconfiado, como el vasco, y no se entrega al primero que llega, cosa por la que no hay que censurarle. Es entretenido el ver con qué cuidado observan los comerciantes al cliente que entra en su tienda, sin perderlo de vista. A más de desconfiado, el castellano es muy susceptible, y a veces irritable. «Un día—dice Dauzat—me estaba fijando en Madrid en el uniforme, nuevo para mí, de un soldado; éste, al verme mirar, se me acerca y me dice bruscamente:—¿Me conoce usted?— A mi respuesta negativa, en la que había algo de aturdimiento, su mirada acabó su pensamiento: «Si no me conoce usted, ¿por qué me mira así? ¡Déjeme usted en paz! (1).»

Los mendigos son casi tan numerosos en Castilla como en Andalucía; pero, menos tenaces, se ponen rabiosos. En Toledo, una mujer a quien Dauzat no dió limosna, le amenazó con la mala hora y con una enfermedad para el día siguiente por la mañana (2); en Burgos, grandes diablos envueltos en mantas, con la arrogancia de príncipes de la sangre, advierten a los turistas que la caridad les manda dar limosna, si no quieren morir. Y, sin embargo—suprema paradoja,—no hay pueblo mas dócil. Tratándose de la autoridad, todo el mundo baja la cabeza. Hay en ello algo de fatalismo. ¿Reclamar, protestar contra las medidas del Gobierno, contra los abusos de las Compañías ó de la Administración? ¿Para qué? Y el cliente hace cola ante las taquillas, fuma su cigarro, paga los suplementos, paga los impuestos y lo acepta todo sin murmurar. Sólo en Cataluña las gastan de otra clase: el catalán es turbulento, aun-

(1) No; lo que le querría decir, y le diría problemente, sería esto: «¿Tengo monos en la cara?»

(2) Jamás hemos oído nada semejante. «¡Mal rayo te parta!», «¡Así reventes!», etc., son frases usuales, unidas a algún insulto.



que tiene la disculpa de los deplorables métodos de gobierno y de administración acreditados en España (1).

¿Cuáles son, en medio de estas diferencias regionales—se pregunta Dauzat—los caracteres dominantes del alma española? Ante todo, el orgullo (*fierté*) nacional, sentimiento muy general, aunque más sensible en Castilla que en ninguna otra comarca, sostenido por el aislamiento en que vive la nación; para el español sigue siendo la primera del mundo la Infantería española, como en tiempo de Carlos V; para un andaluz no hay más que una *Caleta* en el mundo (2), y para una chica de Elche no hay palmeras más que en Elche, puesto que allí van a verlas los extranjeros.

Este orgullo está tan difundido en el pueblo como en las clases elevadas, y se enlaza con el más vivo sentimiento de igualdad, mucho más vivo, por paradójico que parezca, en la monárquica España que en la republicana Francia. Los medios sociales no están separados por barrera alguna, y se mezclan constantemente; en los cafés más elegantes se ven obreros al lado de aristócratas; el hombre del pueblo se estima «un caballero» y se cree igual a los más altos personajes. Este sentimiento sorprende y desagrade muy especialmente a los alemanes, que tan arraigado tienen el concepto de la jerarquía. En el Mediodía sobre todo, artesanos y obreros viajan corrientemente en segunda y hasta en primera clase por ostentación (3), si tienen recursos para ello. Los criados se permiten libertades que en ninguna otra parte se tolerarían; pocos dueños de fonda

---

(1) Es verdad; pero hay que añadir que esos métodos están en Cataluña empeorados por los métodos, todavía peores, de la Administración local y de las costumbres locales, pues allí todo se juzga materia de explotación, desde las Aduanas hasta los destinos públicos. La buena administración está en las provincias vascas; pero en Cataluña son mucho peores las tradiciones administrativas que en Castilla.

(2) ¿Y para los marseleses? ¿Hay acaso más que una Cannebière? ¿Y el gran Tartarín de Tarascón? En todas partes cuecen habas.

(3) Es lo que ellos llaman *el postín*. Hay, en efecto, familias que son capaces de quedarse sin comer a trueque de ir en coche a los toros.



consiguen que sus criados ó camareras, si son españoles, limpien las botas de la clientela; esa es tarea denigrante, buena para los desdichados limpiabotas, y ellos mismos, los criados, se hacen charolar su calzado en la calle o en el café. En Granada ha visto Dauzat dejar plantado el servicio, apenas puestos los postres, para irse el camarero al teatro, y al día siguiente se negó a levantarse a las siete para servir a los clientes que se iban, y fué la patrona misma la que tuvo que suplirle (1); en los cafés los clientes ofrecen con frecuencia un consumo al mozo, que se sienta a su lado y fuma con ellos un cigarrillo. La gente del pueblo y hasta los chicos se tratan corrientemente entre sí, de *señor* o de *caballero*, por cortesía o por despecho, en cuanto se suscita entre ellos la menor disputa (2).

Lo que no se explica es cómo puede conciliarse el orgullo con la mendicidad; ese es un problema insoluble para el extranjero. Hay que notar que la mendicidad no parece envilecedora para el español. «El mendigo no pide limosna en España con esa humildad dolorosa que se observa entre nosotros —dice Dauzat;—la reclama cortésmente, en general, pero atrevidamente, a veces con descaro, siempre con tenacidad; es un diezmo que impone al extranjero y que éste *debe* concederle para obedecer a los preceptos de la Iglesia. ¡Hay tanto dinero —dicen—en el extranjero, y sobre todo en Francia!» (3).

(1) Eso pudo ser casual, aunque no nos extraña; pero a mí mismo me ha sucedido lo propio en Amberes y en Spa. En Spa eran las ocho de la mañana, y tuvimos que echar mano de un carretón de barrendero para que nos llevara el equipaje a la estación.

(2) Es verdad. Pero es que entre nosotros la palabra *señor* ha perdido su valor propio, como ha sucedido en Francia con su equivalente *monsieur*. Más nos choca a nosotros oír tratar a las chicuelas del pueblo, en Francia, de *mademoiselle*, aunque también en España va perdiendo su valor aristocrático el dictado de *señorita*. El fondo de la observación de Dauzat sobre nuestro ingénito democratismo altanero, es exactísimo.

(3) Claro es que cada cual habla de la feria según le va en ella, y aquí Dauzat parece que juzga de las cosas por lo que le ha sucedido, y se imagina que nuestros mendigos ponen especial contribución al extranjero. Esa impresión es errónea. Cuando en Madrid me vienen a pedir, yo acos-



El sentimiento democrático favorece a los partidos avanzados. En España hay muchos republicanos, o, por lo menos, se dicen tales, pues aquí es un snobismo llamarse republicano, especialmente entre los empleados de administración y hasta entre los pequeños funcionarios del Estado (1); de ello no resulta ningún inconveniente, pues el Gobierno, que tiene otros defectos, no es quisquilloso, y deja expresar libremente todas las opiniones.

Más difícil de apreciar todavía es el sentimiento religioso de los españoles. Los periódicos católicos se quejan de que la fe disminuye, pero el extranjero no saca esa impresión; el español sigue siendo extremadamente practicante, aunque haya mucho de formalismo en sus devociones (2). Lo cierto es que

---

tumbro a fingirme extranjero y a contestar con un seco *Habe Nichts!*, o con un *Dieu vous secoure!*, que deja al mendigo desorientado, sin que insista en su petición. Es mi manera corriente de desembarazarme de los mendigos, y siempre me da buen resultado. Lo que prueba que ante el extranjero el mendigo siente herida su dignidad y abandona el campo; y esto se aviene bien con la observación de Dauzat, explicando lo que, con razón, le ha chocado. Hay que notar que esto no se aplica a los mendigos profesionales que explotan a los visitantes de museos y monumentos.

(1) Está bien la observación, y yo podría añadir que hasta los empleados del Real Patrimonio, cosa mucho más extraña, que prueba el enorme descuido con que nuestros gobernantes, altos y bajos, juegan a la política, y la gran sinvergüencería con que los favorecidos con actas, empleos u honores, aceptan favores del poder real, sin pensar en su consecuencia. Otra observación que brindamos a Dauzat es la de que note el aire autoritario y despótico, verdaderamente propio de tiranuelos, con que los que se llaman demócratas tratan a sus inferiores, contrastando con la consideración que suelen emplear en igualdad de caso los verdaderos aristócratas y los monárquicos sinceros. Vea, por ejemplo, cómo tratan unos y otros a los mozos de café; cuando vea a un parroquiano que llama al mozo de *tú*, tratándolo con imperlo, allí tiene un demócrata o radical; cuando vea a otro que le llama de *usted* y le trata con respeto, allí tiene un conservador, un carlista, un integrista, un monárquico. Es observación que he comprobado mil veces.

(2) Si quiere Dauzat saber a qué atenerse en esa materia, oiga al famoso radical de no recuerdo qué obrilla de teatro, que dice con aire convencido: «Yo, gracias a Dios, soy ateo»; así son nuestros ateos, por fortuna. Si luego quiere saber cómo son nuestros fanáticos, oiga a los nazare-



el orgullo español no admitirá jamás, ni aun entre los conservadores, la menor ingerencia del Papa en los asuntos interiores del país (1).

Lo que reconocen los mismos españoles, dando así la explicación de algunos de sus defectos, es el atraso de su educación. El español, que de ordinario es cortés y servicial, escupe a diestro y siniestro y hace gala de una despreocupación que deja muy atrás la clásica de los ingleses. Quiere ser amable, y os ofrece un cigarrillo sin conoceros, y os lo enciende antes que el suyo, pero no se fija en que hay señoras a su lado; es un detalle de que no le han hablado. El temperamento cruel es el que se deleita con el sufrimiento ajeno; no es eso lo que siente el español ante la carnicería de una corrida de toros; no se fija en el destripamiento del caballo ni en el martirio del toro; está absorto en los pases del torero; no siente, y esto es todo; cuestión de refinamiento en la educación. Doña Emilia Pardo Bazán se ha dolido de que en España, con toda su caballeresca reputación, no es respetada la mujer. Y es verdad: una mujer sola, y más si es extranjera, está expuesta a las mayores groserías; falta también de educación.

Coged al español por el amor propio, y haréis de él lo que queráis; pero evitad chocar con él, molestarle, ni aun con vuestro silencio, con ese menos que con nada, porque lo tomará a desdén. Ese orgullo, que se despierta hasta entre los pordioseros y los perdidos, es todavía la más bella cualidad del alma española, a la que da cierto penacho arcaico de romanticismo.

---

nos que, con los pies desnudos, van cargados con algún paso de procesión, echando tacos y blasfemias horrorosas; así son nuestros creyentes, por desgracia.

(1) Ahí está nuestro Romancero del Cid («Absolvedme—dijo,—Papa, si no seráos mal contado») y la toma de Roma por Carlos V, para demostrar lo antiguo de ese sentimiento entre nosotros. Si el rito mozárabe se cambió por el romano, no fué sin la protesta del pueblo. «Allá van leyes do quieren reyes.»



## ANECDÓTICA

LA EMPERATRIZ EUGENIA EN ZULULANDIA. — En el estudio dedicado a la Emperatriz Eugenia por Luciano Alfonso-Daudet, del que hemos hecho referencia en *Alma española*, encontramos un episodio curioso y extraño, que brindamos a los ocultistas, y que tiene cierto relieve por las circunstancias que en él concurrieron, y positiva autenticidad por la autoridad y veracidad de la protagonista y del narrador.

Sabido es que la Emperatriz Eugenia, viuda y destronada, tenía concentrada su vida en el príncipe heredero, en su hijo Luis Napoleón, esperanza del partido imperialista francés, segada en flor en la guerra con los zulús. En 1880, poco después de esta última catástrofe que desgarró el corazón de la pobre madre, la emperatriz resolvió marchar a Zululandia, para emprender su nueva vida, breve o larga, desde el mismo sitio en que su valiente hijo había sucumbido. Aquel calvario fué para la emperatriz la primera etapa de esta nueva fase de judío errante de su existencia, que parece una perpetua evasión de sí misma, a manera de fuga desesperada o de exploración sin objeto ni fin.

Escortada por numeroso séquito, seguida de una caravana que la acompañaba desde el Cabo, después de un viaje molesto y dificultoso, la Emperatriz llegó por último una tarde no lejos de Ityotizy. Era ya la última jornada, y se encontraba sin fuerzas para llegar al sitio fatal; quería prepararse para aquella última estación, y había pedido a Sir Evely Wood y al marqués de Bassano, que se acampara por aquella noche a unas millas del sitio en que cayó el príncipe; al día siguiente, reparadas las fuerzas, tendría más valor para llegar; aquella misma tarde había tenido que recibir a los terribles zulús que se habían presentado para rendirle homenaje en su traje de guerra, espantosos, diabólicos, ejecutando sus fantasías guerreras con todo el ardor de sus almas salvajes; eran los mismos que el



año anterior, en la mañana del 1.º de Junio, habían matado al príncipe, y la pobre madre había tenido que ocultarse el rostro para encubrir su llanto.

Retirada pronto á su tienda, la Emperatriz no podía dormir. Hacía calor, un calor pesado y húmedo. ¿Cómo había de dormir la ilustre viajera, si hacía meses y meses que no podía conciliar el sueño sino acudiendo al cloral, que entorpecía sus sentidos y su memoria? No dormía. El pensar que *su* recuerdo, el de *él*, estaba allí, cerquita; que aquel mismo cielo en que brillaban aquellas mismas estrellas, *él* lo había mirado sin duda como ella lo miraba en aquel momento; que aquellas mismas bocanadas sofocantes que rondaban las tiendas eran las que *él* había aspirado en su último aliento... todos aquellos recuerdos la trastornaban. Se levantó, y salió de la tienda, suavemente, para no despertar a nadie.

La Emperatriz, en aquel campo lleno de maleza, desconocido para ella en absoluto, sin orientación, en plena noche, sin otra luz que la de las estrellas, se arriesga a la ventura. De pronto, choca contra una piedra, luego con otra, después con un barranco, luego con un talud, con todos los accidentes de un lugar salvaje, erizado de matorrales. Cuando ya se iba a volver, percibe bruscamente un olor que la rodea, la invade, la impregna, un olor que teme y ama: era el perfume de verbena que su adorado hijo prefería y que siempre llevaba consigo. Parecía como si campos enteros lo exhalasen, disolviendo su bálsamo en la noche y perfumando el ambiente hasta el horizonte.

Con la cabeza levantada y la mirada fija, la Emperatriz no se cuida de vigilar su marcha, ni piensa en nada; se entrega por completo a aquel aroma, se deja conducir por él, corre en su busca. Ligera, exteriorizada, somnambúlica, como si no tuviera cuerpo y viviera sólo en ella el instinto de madre, el perfume la arrastra, más aprisa, cada vez más aprisa, la ayuda y la sostiene. En fin, sin saber cómo, llega a una especie de teso de piedras llanas, donde se detiene para respirar mejor



la presencia de lo invisible. Pero de pronto, como luz que se sopla, el olor cesa, y su desaparición es súbita como la caída de una estrella en el cielo. La Emperatriz está ahora sola, más sola que nunca, desesperadamente sola, porque acaba de comprender que desde hacía media hora ¡no estaba sola!

A la vuelta, imposible avanzar por aquel camino peligroso que acababa de recorrer como volando; nadie estaba allí para sostenerla. Más tarde, unos hombres que recorrían el campo en su busca, con antorchas, enviados por el séquito inquieto, dieron con ella y la guiaron al campamento. Al día siguiente, el general inglés acompañó a la Emperatriz. Tras una larga caminata, ella se detuvo de pronto (había pedido que no la indicaran el sitio exacto y terrible en que el príncipe había muerto), y sólo entonces reconoció el teso de las piedras llanas, y los demás se arrodillaron... Allí era... Pero allí, ni en todos los alrededores, florecía la verbena.

### IMPRESIONES Y NOTAS

«NINGÚN GALIANO SE RINDE.»—Juan Ortiz del Barco, pseudónimo que ha hecho ilustre un escritor que ha honrado a Motril aceptando el merecidísimo título de cronista con que su patria ha premiado su eruditísima labor, ha publicado en el *Diario de Cádiz* un curioso artículo dando cuenta de la famosa frase pronunciada en la batalla de Trafalgar por D. Dionisio Alcalá Galiano, y de los fundamentos históricos de la misma, piadosamente recogidos por su nieto el general D. Pelayo Alcalá Galiano en reciente opúsculo.

El brigadier D. Dionisio era comandante del *Bahama*, barco español que ocupaba en el combate el centro de la retaguardia. Viendo que se le venían encima dos buques enemigos, dijo a la tripulación del *Bahama*, señalando la bandera: «Señores, estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» (Muñoz—*Cartas a Alfonso XIII*.—To-



mo 2.º, pág. 497.) El intrépido comandante, no sólo había mandado clavar la bandera, seguro tal vez de sucumbir en la lucha, previniendo al guardia marina encargado de custodiarla que por ningún motivo la arriara, sino que le dijo con arrogancia heroica: «Cuida de defenderla; ningún Galiano se rinde y tampoco un Butrón debe hacerlo.» El guardia marina era en efecto D. Alonso Butrón, cercano pariente del comandante. (Ferrer de Couto.—*Historia del combate naval de Trafalgar*, páginas 154-155.)

Este relato, según Ortiz del Barco, lo copió Ferrer de Couto de la biografía de D. Dionisio Alcalá Galiano, publicada en el tomo I de *La España Marítima*, en 1835, o quizá de la reproducción que hizo de la misma Marilani en su *Vindicación de la Armada española*, pues hasta 1883 no se imprimió la «Carta familiar—de D. José Butrón y Cortés—dirigida a su hijo el guardia marina—D. Rafael Butrón y Pareja». En la segunda tirada de esta carta, hecha en Barcelona en 1897, se lee lo siguiente en la página 31: «... pues tu hermano Alonso María ha sido tres veces gravemente herido en acciones de guerra, siendo una de ellas en el famoso combate de Trafalgar en el navío *Bahama*, que mandaba nuestro pariente el sabio D. Dionisio Alcalá Galiano. Tu hermano Alonso María, que mandaba la escolta de bandera, oyó de los labios de D. Dionisio aquellas palabras que algún día serán históricas: «Ningún Galiano se rinde: tampoco un Butrón debe hacerlo.» Una bala de cañón le llevó la cabeza a D. Dionisio, y un balazo de fusil partió el sable de Alonso María, y fué a alojarse en su pecho; lo bajaron a la enfermería, y así no fué él quien arrió la bandera, quedando luego prisionero de los ingleses.»

¿Por qué aquel orgulloso arranque del comandante del *Bahama*? ¿Era simplemente una bravata o tenía algún fundamento histórico digno de inspirar semejante alarde de heroísmo? He ahí precisamente lo que el general Alcalá Galiano pone en claro en sus estudios. Un hermano del D. Dionisio, D. José Alcalá Galiano, coronel del regimiento provincial de Ecija, encar-



gado de defender un puesto en la guerra del Rosellón, se mantuvo firme en él sin querer rendirse hasta encontrar gloriosa muerte, a pesar de haberse retirado de sus posiciones todo el ejército, batido por el enemigo. Aquel ejemplo de heroísmo de su hermano, se comprende que inflamara el ardor patriótico de D. Dionisio, arrancándole la arrogante frase: «Ningún Galiano se rinde.» ¡Lástima que todo el que sienta hervir en sus venas sangre española, cuando llegue el caso, no diga y haga otro tanto con los numantinos, con los saguntinos, con los zaragozanos: «¡Ningún español se rinde!» ¡Buena falta hacen a esta generación de amadados luises, de republicanos embozados y de estúpidos traidores internacionalistas, ejemplos y lecciones como las de los Alcalá Galianos!

\*  
\* \*

EL BAILE.—El presidente de la Academia de los maestros de baile de París, Sr. Lefort, se duele de la decadencia del arte de Terpsícore, y la atribuye a la falta de instrucción de los profesores, que necesitan conocer a fondo el dibujo, la música y la anatomía, según él, para el efecto artístico, para el compás y para el perfeccionamiento de las actitudes. Sea esa u otra la causa, es innegable que, a pesar del número creciente de reuniones públicas y privadas, el baile es menos cultivado que antes; se corre, se brinca o se escucha flirteando; eso no es bailar.

Antes, el arte de bailar formaba parte integrante de toda buena educación; y en cuanto al pueblo, no había fiesta ni regocijo público sin bailes, lo que valía más que envenenarse el espíritu oyendo discursos revolucionarios o emponzoñarse el cuerpo en tabernas y cafés. La fastuosa corte de los Médicis es la que más contribuyó a lanzar la moda de los bailes finos; pero hasta el siglo XVIII no aparecieron los bailarines profesionales. Las bailarinas de entonces llevaban faldas largas que sólo dejaban ver el pie, y no hay que decir que con aquellos



trajes ampulosos a la Pompadour, con calzado de altos tacones, los movimientos tenían que ser difíciles y sin gracia. La Camargo en 1749 fué la primera que se atrevió a salir con traje corto y zapato liso, y más tarde la Sallé llegó a bailar vestida con túnicas a la antigua; pero esto pareció tan escandaloso, que tuvo que salir de París y refugiarse en Londres.

En los tiempos modernos, el rey de los bailes es el vals, que hizo su aparición en París, importado de Alemania en 1795, y que desde entonces, variando según los tiempos, pero conservando siempre su aire fundamental, reina en todos los salones del mundo. En el teatro es donde parece que el baile ha recobrado cierto favor, y Víctor Marguerite lo celebra con fruición en el *Fígaro*. «El baile—dice,—creado al mismo tiempo que la música, es como ella uno de los más completos medios de expresión de los sentimientos humanos; el baile, que desde el alba del mundo saca del vértigo del ritmo la ronda de nuestros deseos y de nuestras alegrías; el baile, bordado flexible que brota de la blanda trama instrumental en flores vivas, en flores de carne que renacen de sí mismas, siempre nuevas y siempre variadas; el baile, diversión incomparable, parece que, tras largo eclipse, brilla de nuevo con esplendor a que nunca había llegado.»

«El placer—añade—que sacamos del movimiento del baile, de esos cuerpos desnudos, o más desnudos todavía por estarlo sólo a medias, girando vertiginosamente entre el humo y la luz, es el mismo trepidante olvido de la vida, de sus exigencias y de sus leyes, esa sed de sensaciones acres y breves, esa necesidad de aturdirse, de embriagarse de ruido, de agitación; es ese mismo delirio, en fin, que sacude de arriba abajo a nuestra sociedad... El baile ofrece afortunadamente, a algunos, otros motivos de emoción. Una de las razones profundas, y por otra parte irrazonadas—que son siempre las más fuertes,—que hacen que la mayor parte de los hombres gusten del maravilloso espectáculo del baile, ¿no es el sér símbolo de la alegría? El alma se aligera y se libra; el cuerpo se despoja de su grave-



dad. Nada de cuidados, físicos ni morales; nada de edad; juventud inmortal agita los flexibles miembros exaltando con las alas del canto al sér inmaterial; no hay más que alegría, armonía, belleza... Vengan a juntarse a este entusiasmo del instinto la magia evocadora, todo el secular prestigio de la leyenda y de la historia, y se comprenderá la fiebre que se apodera de la más seca sensibilidad cuando al sonido del primer instrumento que llegue, brucas castañuelas, flautas o el murmullo pronto desencadenado de una orquesta, se pone en movimiento la bailarina inmóvil. El rito misterioso empieza... ¡Honremos la danza! ¿Por qué, en lugar de corromper y rebajar no había de ser un poderoso medio de educación de lo bello? ¡El baile! ¡Si es la belleza en acción!

\*  
\* \*

LAS COMIDAS DE ANTAÑO.—A pesar de todos los esfuerzos de los jefes de cocina modernos más exigentes, nuestros banquetes y aun nuestras comidas ordinarias distan mucho de ser lo que antes fueron, y en los festines de aparato sobre todo, no se tiene hoy idea de la magnificencia y del derroche que en los siglos anteriores se usaban.

Aun puesto coto por las leyes suntuarias de Carlos IX al lujo desplegado en las comidas de bodas y fiestas, todavía puede verse lo que era uno de estos festines leyendo el celebrado con motivo del casamiento de Enrique IV con María de Médicis. En la inmensa sala todo era un deslumbramiento fantástico de plata y oro, cristalerías, flores, torrentes de luz y oleadas de perfumes. A cada servicio cambiaba la sala de decoración, todas a cual más suntuosas. Atascada de los manjares más delicados y succulentos, la mesa regia aparecía de pronto como si surgiera por obra mágica del suelo, donde volvía a hundirse para surgir de nuevo en maravillosa metamorfosis. Del mismo modo, por escotillón, entraban y salían los criados, siempre



vestidos con trajes distintos, acomodados a las cambiantes decoraciones de la mesa real.

Cada servicio constituye por sí solo un verdadero festín, saludado por alegres músicas, a las que suceden, mientras dura, y según la clase del servicio, ya los sonidos melancólicos de los cuernos de caza, ya ligeras flautas, ya alegres mandolinas. Los pescados más raros, la caza más delicada, las carnes más finas, las más exquisitas golosinas son regadas por los vinos más famosos de Francia y de Italia, figurando a la cabeza el célebre *jurançon* que tanto le gustaba al Bearnés. Con los opulentos y fastuosos postres había para atracar a una tribu entera. Al anunciarlo las músicas y las danzas, la inmensa mesa se cambia de pronto en magnífico *parterre*, gigantesco ramo formado por millares de admirables flores. Silfos y ninfas, apariciones aéreas y encantadoras, de tentadora sonrisa y divina belleza, ofrecen bailando vinos y licores mágicos, frutas en azúcar y mil otras golosinas que parecen ser los productos naturales de las fuentes, árboles y plantas de aquel bosque encantado, poblado de pajarillos cuyos picos y patas se han dorado y que, asustados por el bullicio, revolotean por el techo azulado, tan bien pintado, que realmente parece un trozo de cielo. Parece un cuento de *Las mil y una noches*.

Los extranjeros de paso por París en el siglo xvi estaban asustados del apetito de los franceses: una comida modesta se componía de cinco ó seis platos de viandas. En las comidas de aparato desfilaban cisnes, grullas, tórtolas, pavos reales, faisanes, liebres, codornices, corzos, salmones, etc., y todo se engullía. El pueblo se atracaba de carne, y el plato predilecto era el *hoscopot*, en el que entraba toda clase de carnes y de condimentos.

Todavía en tiempos de Luis XIV se seguía comiendo bien, y la presencia de los cortesanos no privaba al rey de engullir gallardamente. La princesa Palatina dice en sus cartas que le vió engullir, un día ordinario, y como cosa corriente, cuatro platos de sopa, un faisán entero, una perdiz, un plato de ensala-



da, dos lonjas de jamón, carnero en salsa y con ajo, un plato de pastelería, otro de frutas y... unos huevos duros; con esto, comido a la una, tenía resistencia hasta las diez, hora en que cenaba. ¡Pobres estómagos neurasténicos modernos, que apenas admiten más que leche y huevos pasados por agua!

\*  
\*\*

LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA.—Para que nos sirva de consuelo y nos quite la dentera que pueda habernos producido la lectura de la nota anterior, bueno es saber que, según dice el Dr. Neuville, en *La Revue*, la vida moderna es más larga que la de nuestros pantagruélicos antecesores, y tiende a prolongarse cada vez más.

Según los trabajos hechos por el profesor Fisher de la Universidad de Yale (en los Estados Unidos), la prolongación de la vida llega, conforme a los datos oficiales estadísticos últimamente publicados, a las proporciones siguientes:

En Inglaterra, en el período de 1881 a 1900, la vida ha aumentado, en promedio, catorce años en el hombre y diez y seis en la mujer. En Francia, de 1881 a 1903, diez años en los hombres y once en las mujeres. En Prusia, de 1877 a 1900, el aumento ha sido de veinticinco años en un sexo y veintinueve en otro. En Dinamarca, en los cincuenta y siete años a que los datos se refieren, de trece y quince respectivamente. En Suecia, en sesenta y siete años, los hombres han ganado, por término medio, diez y siete años y las mujeres quince. Hay que advertir que el promedio de la vida humana en el siglo xvi era de 21,2 años; en el xvii, de 26,1; en el xviii, de 33,6; en el xix, de 39,7; y en el xx, a juzgar por lo que va transcurrido, será todavía mucho mayor, a pesar de la mayor intensidad de la vida actual en todos los órdenes.

La mejora la atribuye, en primer término, Neuville a los progresos de la ciencia, pues el mayor contingente de fallecimientos lo daban antiguamente las enfermedades infantiles;



hoy, con los métodos de seroterapia, asepsia y anestesia, se ha puesto coto a los progresos de la mortalidad en multitud de enfermedades, lo mismo de niños que de adultos, y las medidas de higiene y saneamiento adoptadas en todos los países cultos han cortado también el desarrollo de las epidemias, aminorando el número de víctimas de no pocas enfermedades de las más mortíferas. Una de las que más han disminuído el coeficiente de la mortalidad es la viruela, gracias a la vacuna. Antes de Jenner, en el siglo xviii, la viruela produjo en números redondos cincuenta millones de víctimas; hoy todavía da cierto contingente a la mortalidad, pero pequeño, y se espera que llegue a desaparecer del todo en cuanto la vacuna se practique con rigor en todos los países. La tuberculosis, que da por sí sola un contingente mayor que el de la viruela, el tifus, la difteria, el cáncer, la apendicitis y la meningitis juntas, no es todavía curable cuando está declarada; pero se puede evitar con medidas preventivas, y se espera reducirla en un 75 por 100 el día en que puedan mejorarse las condiciones de habitación y alimentación de las clases menesterosas o descuidadas. La fiebre tifoidea, que es también de las que hacen mayores estragos y a la que se viene haciendo cruda guerra por lo mismo, quedará reducida al minimum de virulencia cuando la gente acabe de convencerse de la necesidad de beber aguas puras y cuando se encuentre el remedio radical para acabar con las moscas, que son las portadoras del bacilo. El camino es largo, pero poco a poco se va recorriendo, y las estadísticas demuestran los resultados verdaderamente satisfactorios que se van obteniendo.

\*  
\* \*

«DEBER DE SER.»—Entre el vulgo, y para determinarlo más (pues del vulgo forma parte el mayor número de las personas que han recibido cierta educación), entre la gente zafia, es corriente emplear el verbo *deber* seguido de la preposición *de* cuando rige otro verbo: «Tú lo hubieras debido de hacer», «é



debió de verlo», «nosotros no debemos de mirarlo», etc. De la gente zafia, para la que el uso del *de* es obligatorio, o poco menos, el *de* pasa al vulgo semiculto, y una vez en esta superior esfera, invade a veces el lenguaje de las personas positivamente ilustradas, y aparece en escritos refrendados por firmas respetables.

Ultimamente he recogido, entre otros de menos importancia, tres casos de la aparición de esa arrastrada locución «deber de», que son los que me obligan a tomar la pluma para llamar la atención de sus autores—que me consta me hacen el honor de leer mis artículos,—a fin de que en lo sucesivo procuren evitar tan feo vicio de dicción, propio de fregonas y patanes. Uno de ellos es periodista de los más leídos y de más campanillas en el mundo de los rotativos madrileños; el segundo es todo un señor académico; el otro ha sido diputado, es actualmente senador, y sin ser periodista precisamente, maneja la pluma con frecuencia, y su firma es bien cotizada en nuestras revistas serias; no digo sus nombres porque no quiero avergonzarles; no se trata de la crítica de una obra, en cuyo caso no hay más remedio que puntualizar, sino de la censura de una locución, y no es el pecado tan grande que merezca la pena de poner las orejas coloradas á los que lo han cometido; si reincidieran, ya sería otra cosa, pues entonces, a título de castigo, sería preciso ponerlos en la picota.

En el periodista el caso es explicable, aunque nunca justificable ni lícito; el apresuramiento con que se redacta y se corrige, y la intervención posible de un cajista torpe—aunque esta disculpa es poco admisible,—pueden explicar el hecho; en el académico no me extraña del todo el desliz, por tratarse de una persona que, aun teniendo extraordinaria cultura, escribe desmañadamente y no sabe dar a su frase, no ya galanura, pero ni siquiera corrección; es incorrecto y descuidado, y no es extraño que se le escape una incorrección más; pero en el senador el caso es más grave, pues se trata de un hombre cultísimo, que escribe sólo artículos meditados y estudiados sobre



asuntos serios y muy bien digeridos generalmente, no pudiéndose atribuir tamaño descuido a premuras de redacción ni de corrección de pruebas, y siendo forzoso acudir, pues no es caso aislado, sino repetido, a vicio natural de dicción, nacido sin duda de defectos de educación infantil, resabios de mal hablar de amas secas ó de criados, en los que más tarde se ha persistido por falta de atención inconscientemente.

«Lo debió de ser», «debía de ser casi un muchacho», dice el escritor senador (y claro es que lo que de él digamos en este punto, a los demás se aplica), sin caer en la cuenta de que ese *de* es completamente inútil, y hace la expresión baja y arrastrada, pues lo mismo puede decirse con «lo debió ser» «debía ser casi un muchacho», siendo esta manera de decir más pulcra, por estar limpia del *de* superfluo, como se ve en el mismo escritor en otros muchos casos semejantes en que la suprime, sin darse cuenta siquiera de su diverso modo de decir. Y es que la confusión de forma material y de significación que tienen las locuciones «haber de» y «deber» hacen aplicar a *deber* la preposición *de*, que da al verbo *haber* el sentido de verbo de obligación, que sin ella no tiene: de «lo he de hacer» a «lo debo de hacer», la transición es fácil y se pasa con la mayor sencillez del mundo de una forma a otra, como muchos pasan también del «lo he de hacer» a «lo tengo de hacer», no menos incorrecto.

Hay que estar en guardia contra esas atracciones, sin dejarse influir por analogías que sólo se fundan en parecidos materiales. Se debe decir: «lo he de hacer», «lo debo hacer», «lo tengo que hacer», y nunca «lo debo de hacer» ni «lo tengo de hacer», aunque, rebuscando bien, no sea difícil encontrar ejemplos de estas dicciones viciosas en escritores castizos de la mejor nota: *quandoque bonus dormitat Homerus*.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Compendio di Medicina legale*, del Dr. Al. Lacassagne. Traducción italiana del Dr. Mario Carrara. Un volumen en 4.º, de XVIII-618 págs., con 124 grabados y dos tablas. Turín, Unione tipografico-editrice torinese, 1909.—Precio, 18 liras.

Ahora sí que se puede decir que la firma es por sí sola la mejor garantía de la bondad de la obra. El nombre de Lacassagne, profesor de Medicina legal en la Universidad de Lyon, es hoy uno de los más autorizados en el cultivo de la disciplina que se acaba de mencionar. Sus trabajos originales y los que por su iniciativa y bajo su dirección se han dado a luz, ya en sus *Archives d'Antropologie criminelle*, bien en el laboratorio de Medicina legal de la Universidad lionesa, abundan demasiado y ofrecen bastante importancia para que todo lector un poco culto ignore de quien se trata. Y algo análogo puede también decirse del traductor, el cual, discípulo primero de Lombroso, fué luego, durante muchos años, ayudante y colaborador del mismo, y ahora, desde la muerte del maestro, le ha sucedido en su cátedra de Medicina legal, de Turín, y en la dirección del *Archivio di psichiatria ed antropologia criminale*, por aquél fundado.

La portada de la obra predispone, por lo tanto, favorablemente. Y el cuerpo de ella confirma esta buena impresión. Aun tratándose de un compendio, en él se recoge, con extensión suficiente y con las necesarias referencias históricas, legislativas y bibliográficas, toda la doctrina relativa a las distintas cuestiones en que la medicina, la cirugía y la química



se hallan relacionadas con la administración de justicia, así civil como criminal, pero sobre todo de esta última clase. Como el traductor, por su parte, ha tenido la buena idea de añadir las noticias correspondientes de legislación y de literatura médico-legal italiana, adjuntando, además, un largo capítulo donde se resumen las doctrinas de la antropología criminal—materia que no estaba comprendida en la edición original,— resulta la obra, en conjunto, muy completa y de positiva utilidad para juristas, abogados y médicos.

P. DORADO



# ÍNDICE

---

|                                                                                                        | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud</i> , por el Dr. D. Federico Rubio.....   | 5            |
| <i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos</i> , por Miguel de Unamuno..... | 73           |
| <i>Sobre algunos fenómenos del sueño</i> , por Antonio Gota.....                                       | 91           |
| <i>Las Haciendas municipales</i> , por Francisco Espinosa y G. Pérez... ..                             | 111          |
| <i>Los españoles en la Revolución francesa</i> , por Miguel S. Oliver....                              | 123          |
| <i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....                                                      | 154          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                  | 169          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....                                                       | 200          |



# LIBROS PUBLICADOS

POR

# LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,  
López de Hoyos, 6.—MADRID

| N.º del Catál.º                                                                                                                       | Pesetas | N.º del Catál.º                                                                                                                                                                     | Pesetas |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 513-514. Aguanño.—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).                                                            | 15      | 54 — Eugenia Grandet. . . . .                                                                                                                                                       | 3       |
| 176 — La Reforma integral de la legislación civil..                                                                                   | 4       | 112 — La Quiebra de César Birotteau. . . . .                                                                                                                                        | 3       |
| 177 Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly. . . . .                 | 3       | 62 — Papá Goriot. . . . .                                                                                                                                                           | 3       |
| 315 Amiel.—Diario íntimo..                                                                                                            | 9       | 76 — Ursula Mirouet. . . . .                                                                                                                                                        | 3       |
| 178 Anónimo.—¿Académicas?                                                                                                             | 1       | 2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla. . . . .                                                                                                                                       | 3       |
| 179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma. . . . .                                                                                     | 1       | 12 — El Dandismo y Jorge Brummel. . . . .                                                                                                                                           | 3       |
| 327-328 Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.                                                                                    | 16      | 131 — La Hechizada. . . . .                                                                                                                                                         | 3       |
| 183 Araujo.—Goya. . . . .                                                                                                             | 3       | 120 — Las Diabólicas. . . . .                                                                                                                                                       | 3       |
| 180 Arenal.—El Delito colectivo. . . . .                                                                                              | 1,50    | 124 — Una historia sin nombre. . . . .                                                                                                                                              | 3       |
| 182 — El Derecho de gracia.                                                                                                           | 3       | 110 — Venganza de una mujer. . . . .                                                                                                                                                | 3       |
| 181 — El Visitador del preso.                                                                                                         | 3       | 495 — Barthelemy - Saint-Hilaire.—Buda y su religión. . . . .                                                                                                                       | 7       |
| 323 Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales. . . . .                                      | 7       | 130 Baudelaire.—Los paraísos artificiales. . . . .                                                                                                                                  | 3       |
| 114 Arnold.—La crítica en la actualidad. . . . .                                                                                      | 3       | 163 Becerro de Bengoa.—Trueba. . . . .                                                                                                                                              | 1       |
| 172 Asensio.—Fernán Caballero. . . . .                                                                                                | 1       | 174 Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos) . . . . .                                                                                                                                    | 1       |
| 39 — Martín Alonso Pinzón.                                                                                                            | 3       | 353 Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio. . . . . | 10      |
| 184 Asser.—Derecho Internacional privado. . . . .                                                                                     | 6       | 311 Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César. . . . .                                                                                      | 8       |
| 368 Bagehot.—La Constitución inglesa. . . . .                                                                                         | 7       | 380 — La Oposición bajo los Césares. . . . .                                                                                                                                        | 7       |
| 391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia. . . . . | 4       | 169 Bourget.—Hipólito Taine. . . . .                                                                                                                                                | 0,50    |
| 416 Baldwin.—Elementos de Psicología. . . . .                                                                                         | 8       | 395 Bréal.—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones). . . . .                                                                                                           | 5       |
| 111 Balzac.—César Birotteau                                                                                                           | 3       |                                                                                                                                                                                     |         |



| N.º del Catál.º                                                                                | Pesetas |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....                                            | 7       |
| 399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....                                                 | 2       |
| 484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....           | 7       |
| 505 Bryce. — La República Norteamericana, tomo I                                               | 7       |
| 367 Bunge. — La Educación..                                                                    | 12      |
| 185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....       | 14      |
| 187 Buylla. — Economía.....                                                                    | 12      |
| 520 Cambronero. — Las Cortes de la Revolución..                                                | 4       |
| 36-37 Campe. — Historia de América (dos tomos)...                                              | 6       |
| 156 Campoamor. — Cánovas.                                                                      | 1       |
| 79 — Doloras, cantares y humoradas. ....                                                       | 3       |
| 69 — Ternezas y flores.....                                                                    | 3       |
| 317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa (tres tomos).....                                | 24      |
| 393 — Pasado y presente....                                                                    | 7       |
| 189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte..                                            | 3       |
| 102 Caro. — Costumbres literarias.....                                                         | 3       |
| 140 — El Derecho y la fuerza.                                                                  | 3       |
| 58 — El pesimismo en el siglo XIX.....                                                         | 3       |
| 65 — El suicidio y la civilización.....                                                        | 3       |
| 363 — La filosofía de Goethe                                                                   | 6       |
| 293 Castro. — El libro de los galicismos.....                                                  | 3       |
| 394 Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países..... | 6       |
| 190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....                         | 15      |
| 437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....                                             | 2       |
| 64 Coppée. — Un idilio.....                                                                    | 3       |
| 404 Couperus. — Su Majestad.                                                                   | 3       |
| 361 Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado .....           | 10      |
| 515 Chassay. — Los deberes de la mujer en la familia.                                          | 3       |

| N.º del Catál.º                                                                                                                              | Pesetas |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. .....                                                                                                     | 3       |
| 26 — La tema de Juan Tozudo                                                                                                                  | 3       |
| 93 — Meta Holdeins.....                                                                                                                      | 3       |
| 18 — Mis Rovel.....                                                                                                                          | 3       |
| 91 — Paula Meré.....                                                                                                                         | 3       |
| 297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..                                                                  | 15      |
| 59 Daudet. — Cartas de mi molino.....                                                                                                        | 3       |
| 125 — Cuentos y fantasías..                                                                                                                  | 3       |
| 13-14 — Jack (dos tomos)...                                                                                                                  | 6       |
| 22 — La Evangelista.....                                                                                                                     | 3       |
| 38 — El sitio de París.....                                                                                                                  | 3       |
| 46 — Novelas del lunes....                                                                                                                   | 3       |
| 425 Dollinger. — El Pontificado .....                                                                                                        | 6       |
| 166 Dorado. — Concepción Arenal.....                                                                                                         | 1       |
| 33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....                                                                                                 | 3       |
| 301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..                                                                                           | 9       |
| 402 Dumas. — Actea.....                                                                                                                      | 2       |
| 340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.                                                                      | 7       |
| 326 Emerson. — La ley de la vida .....                                                                                                       | 5       |
| 332 — Hombres simbólicos. .                                                                                                                  | 4       |
| 413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....                                                                           | 3,50    |
| 442 — Inglaterra y el carácter inglés.....                                                                                                   | 4       |
| 459 — Los veinte ensayos...                                                                                                                  | 7       |
| 516 Ellen Key. — El amor y el matrimonio.....                                                                                                | 6       |
| 342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias..... | 4       |
| 162 Fernán Flor. — Tamayo..                                                                                                                  | 1       |
| 158 — Zorrilla.....                                                                                                                          | 1       |
| 155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch .....                                                                                                   | 1       |
| 92 Ferrán. — Obras completas                                                                                                                 | 3       |
| 42 Ferry. — Estudios de Antropología.....                                                                                                    | 3       |
| 329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.                                             | 5       |



| N.º del Catál.º                                                                                                                                          | Pesetas | N.º del Catál.º                                                                             | Pesetas |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|---------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 352 <b>Finot.</b> —Filosofía de la longevidad.....                                                                                                       | 5       | librecambio.....                                                                            | 9       |
| 357 <b>Fitzmaurice - Kelly.</b> —Historia de la Literatura española.....                                                                                 | 10      | 421 — Problemas Sociales..                                                                  | 5       |
| 24 <b>Flaubert.</b> —Un corazón sencillo.....                                                                                                            | 3       | 261 <b>Giddings.</b> —Principios de Sociología.....                                         | 10      |
| 390 <b>Flint.</b> —La Filosofía de la Historia en Alemania..                                                                                             | 7       | 414 — Sociología inductiva.                                                                 | 6       |
| 196-197 <b>Fouillée.</b> —Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> )                                                                                  | 12      | 485 <b>Girard.</b> —La Elocuencia ática.....                                                | 4       |
| 195 — La ciencia social contemporánea.....                                                                                                               | 8       | 286 <b>Giuriati.</b> —Los errores judiciales.....                                           | 7       |
| 194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..                                                                                  | 7       | 164 <b>Gladstone.</b> —Lord Macaulay.....                                                   | 1       |
| 451-452—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> )                                                                                          | 12      | 287 <b>Goethe.</b> —Memorias.....                                                           | 5       |
| 333 <b>Fournier.</b> —El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....                                     | 3       | 406 <b>Gonblanc.</b> —Historia general de la Literatura.                                    | 6       |
| 198-199 <b>Framarino dei Malatesta.</b> —Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....                                             | 15      | 21 <b>Goncourt.</b> —Germinia Lacerteux.....                                                | 3       |
| 509 <b>Fromentin.</b> —La pintura en Bélgica y Holanda..                                                                                                 | 6       | 204 — Historia de María Antonieta.....                                                      | 7       |
| 302-303 <b>Gabba.</b> —Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> )..                                                              | 15      | 44 — La Elisa.....                                                                          | 3       |
| 307 <b>Garnet.</b> —Historia de la Literatura italiana....                                                                                               | 9       | 61 — La Faustín.....                                                                        | 3       |
| 201 <b>Garofalo.</b> —Indemnización á las víctimas del delito.....                                                                                       | 4       | 129 — La señora Gervaisais..                                                                | 3       |
| 200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli..... | 10      | 318 — Las favoritas de Luis XV.....                                                         | 6       |
| 202 — La superstición socialista.....                                                                                                                    | 5       | 6 — Querida.....                                                                            | 3       |
| 507 — El delito como fenómeno social.....                                                                                                                | 4       | 11 — Renata Mauperín....                                                                    | 3       |
| 98 <b>Gautier.</b> —Bajo las bombas prusianas.....                                                                                                       | 3       | 358 — La Du-Barry.....                                                                      | 4       |
| 167 — Enrique Heine.....                                                                                                                                 | 1       | 206 <b>González.</b> —Derecho usual                                                         | 5       |
| 132 — Madama de Girardin y Balzac.....                                                                                                                   | 3       | 282-283 <b>Goodnow.</b> —Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....         | 14      |
| 121 — Nerval y Baudelaire..                                                                                                                              | 3       | 207 <b>Goschen.</b> —Teoría de los cambios extranjeros..                                    | 7       |
| 70 <b>Gay.</b> —Los Salones célebres.....                                                                                                                | 3       | 208 <b>Grave.</b> —La sociedad futura.....                                                  | 8       |
| 345 <b>George.</b> —Protección y                                                                                                                         |         | 469, 470, 461 - 462. <b>Green.</b> —Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> )..... | 25      |
|                                                                                                                                                          |         | 209 <b>Gross.</b> —Manual del juez.                                                         | 12      |
|                                                                                                                                                          |         | 502 <b>Guizot.</b> —Abelardo y Eloísa.....                                                  | 7       |
|                                                                                                                                                          |         | 210 <b>Gumpowicz.</b> —Derecho político filosófico.....                                     | 10      |
|                                                                                                                                                          |         | 211 — Lucha de razas.....                                                                   | 8       |
|                                                                                                                                                          |         | 330—Compendio de Sociología                                                                 | 9       |
|                                                                                                                                                          |         | 212 <b>Guyau.</b> —La educación y la Herencia.....                                          | 8       |
|                                                                                                                                                          |         | 331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....    | 12      |
|                                                                                                                                                          |         | 471 <b>Hailman.</b> —Historia de la Pedagogía.....                                          | 2       |
|                                                                                                                                                          |         | 290 <b>Hamilton.</b> —Lógica parlamentaria.....                                             | 2       |
|                                                                                                                                                          |         | 213 <b>Hausonville.</b> —La juventud de Lord Byron.                                         | 5       |



| N.º del<br>Catal.º                                                         | Pesetas | N.º del<br>Catal.º                                                                        | Pesetas                                              |
|----------------------------------------------------------------------------|---------|-------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------|
| 324 Heiberg. — Novelas Danesas .....                                       | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 41 Heine. — Memorias .....                                                 | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 314 — Alemania .....                                                       | 6       |                                                                                           |                                                      |
| 396 Höffding. — Psicología experimental .....                              | 9       |                                                                                           |                                                      |
| 426 Hume. — Historia de la España contemporánea ..                         | 8       |                                                                                           |                                                      |
| 412 — Historia del Pueblo Español .....                                    | 9       |                                                                                           |                                                      |
| 214 Hunter. — Sumario del Derecho romano .....                             | 4       |                                                                                           |                                                      |
| 316 Huxley. — La educación y las ciencias naturales ..                     | 6       |                                                                                           |                                                      |
| 43 Ibsen. — Casa de muñeca.                                                | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 53 — Los Aparecidos y Edda Gabler .....                                    | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 423 Jitta. — Método de Derecho internacional .....                         | 9       |                                                                                           |                                                      |
| 217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.                      | 7       |                                                                                           |                                                      |
| 219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.                           | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 295 bis. Korolenko. — El desierto de Sajalín .....                         | 2,50    |                                                                                           |                                                      |
| 322 Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres .....                         | 6       |                                                                                           |                                                      |
| 299 Krüger. — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano .....      | 7       |                                                                                           |                                                      |
| 517 Lagerlof. — El esclavo de su finca .....                               | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 220 Lange. — Luis Vives .....                                              | 2,50    |                                                                                           |                                                      |
| 454 Larcher y Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato .. | 5       |                                                                                           |                                                      |
| 221 Laveleye. — Economía política .....                                    | 7       |                                                                                           |                                                      |
| 369 — El Socialismo contemporáneo .....                                    | 8       |                                                                                           |                                                      |
| 319 Lemcke. — Estética .....                                               | 8       |                                                                                           |                                                      |
| 288 Lemonnier. — La Carnicería (Sedán) .....                               | 3       |                                                                                           |                                                      |
| 321 Leroy-Beaulieu. — Economía política .....                              | 8       |                                                                                           |                                                      |
| 474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización .....             | 7       |                                                                                           |                                                      |
| 434 Lewis-Pattée. — Historia de la Literatura de los Estados Unidos .....  | 8       |                                                                                           |                                                      |
| 222 Lombroso. — La Escuela criminológico-positivista .....                 | 7       |                                                                                           |                                                      |
| 385-386 — Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ) .....                        | 15      |                                                                                           |                                                      |
| 382 Liesse. — El trabajo des-                                              |         |                                                                                           |                                                      |
|                                                                            |         |                                                                                           | de el punto de vista científico, industrial y social |
|                                                                            |         | 223 Lubbock. — El empleo de la vida. ....                                                 | 9                                                    |
|                                                                            |         | 438 Macaulay. — Estudios jurídicos .....                                                  | 3                                                    |
|                                                                            |         | 294 — La Educación .....                                                                  | 6                                                    |
|                                                                            |         | 305-306 — Vida, memorias y cartas ( <i>dos tomos</i> ) .....                              | 7                                                    |
|                                                                            |         | 460 Mac-Donald. — El criminal tipo .....                                                  | 14                                                   |
|                                                                            |         | 224 Manduca. — El Procedimiento penal .....                                               | 3                                                    |
|                                                                            |         | 504-510-522 Marshall. — Tratado de Economía política (tres tomos) .....                   | 5                                                    |
|                                                                            |         | 225-226-227 Martens. — Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> ) .. | 21                                                   |
|                                                                            |         | 424 — Tratado de Derecho internacional. — Apéndice. — La Paz y la guerra ..               | 22                                                   |
|                                                                            |         | 410 Martin. — La Moral en China .....                                                     | 8                                                    |
|                                                                            |         | 481 Mattiolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil .....                             | 4                                                    |
|                                                                            |         | 173 Maupassant. — Emilio Zola .....                                                       | 10                                                   |
|                                                                            |         | 375 Max-Muller. — La ciencia del lenguaje .....                                           | 1                                                    |
|                                                                            |         | 298 — Origen y desarrollo de la religión .....                                            | 8                                                    |
|                                                                            |         | 366 — Hist. de las religiones.                                                            | 7                                                    |
|                                                                            |         | 455 — La Mitología comparada .....                                                        | 8                                                    |
|                                                                            |         | 160 Menéndez y Pelayo. — Martínez de la Rosa ..                                           | 7                                                    |
|                                                                            |         | 152 — Núñez de Arce .....                                                                 | 1                                                    |
|                                                                            |         | 284 Meneval. — María Estuardo .....                                                       | 1                                                    |
|                                                                            |         | 383 Mercier. — Curso de Filosofía: Lógica .....                                           | 6                                                    |
|                                                                            |         | 387-388 — Psicología ( <i>dos tomos</i> ) .....                                           | 8                                                    |
|                                                                            |         | 392 — Ontología .....                                                                     | 12                                                   |
|                                                                            |         | 427 — Criteriología general.                                                              | 10                                                   |
|                                                                            |         | 418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses ..                                             | 9                                                    |
|                                                                            |         | 118 Merimée. — Colomba .....                                                              | 2                                                    |
|                                                                            |         | 133 — Mis perlas .....                                                                    | 3                                                    |
|                                                                            |         | 450 Merkel. — Derecho penal.                                                              | 3                                                    |
|                                                                            |         | 230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ) .....                      | 10                                                   |
|                                                                            |         | 296 Mommsen. — Derecho público romano .....                                               | 15                                                   |
|                                                                            |         |                                                                                           | 12                                                   |



| N.º del Catál.º                                                                 | Pesetas |
|---------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 440-373 — Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....                        | 18      |
| 398 Mouton. — El deber de castigar.....                                         | 4       |
| 170 Molins. — Bretón de los Herreros.....                                       | 1       |
| 492 Morley. — Estudios sobre grandes hombres.....                               | 5       |
| 295 Murray. — Historia de la Literatura clásica griega                          | 10      |
| 312 Nansen. — Hacia el Polo.                                                    | 6       |
| 472 Nardi-Greco. — Sociología jurídica.....                                     | 9       |
| 232 Neera. — Teresa.....                                                        | 3       |
| 233 Neumann. — Derecho Internacional público moderno.....                       | 6       |
| 490 Nisard. — Los cuatro grandes historiadores latinos.....                     | 4       |
| 308 Nietzsche. — Así hablaba Zaratustra.....                                    | 7       |
| 335 — Más allá del bien y del mal.....                                          | 5       |
| 336 — La Genealogía de la moral.....                                            | 3       |
| 350 — Humano, demasiado humano.....                                             | 6       |
| 370 — Aurora.....                                                               | 7       |
| 405 — Ultimos opúsculos...                                                      | 5       |
| 431 — La Gaya ciencia.....                                                      | 6       |
| 466 — El viajero y su sombra.....                                               | 6       |
| 497 Nourrison. — Maquiavelo                                                     | 3       |
| 355 Novicow. — Los despilfarros de las Sociedades modernas.....                 | 8       |
| 365 — El porvenir de la raza blanca.....                                        | 4       |
| 407 — Conciencia y voluntad sociales.....                                       | 6       |
| 478 — La guerra y sus pretendidos beneficios....                                | 1,50    |
| 473 Papini. — Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.                           | 3       |
| 157 Pardo Bazán. — Alarcón.                                                     | 1       |
| 171 — Campoamor.....                                                            | 1       |
| 151 — El P. Luis Coloma...                                                      | 2       |
| 168 Passarge. — Ibsen.....                                                      | 1       |
| 483 Perrot. — Derecho público de Atenas.....                                    | 4       |
| 161 Picón. — Ayala.....                                                         | 1       |
| 417 Potapenko. — La novela de un hombre sensato..                               | 2       |
| 379, 432 y 433 Prevost Paradol. — La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> ).. | 16      |

| N.º del Catál.º                                                                                                                                             | Pesetas |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 384 Quinet. — El Espíritu nuevo.....                                                                                                                        | 5       |
| 235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....                                                                                                            | 6       |
| 236 — La Vida de los Santos. 56-57 — Memorias íntimas ( <i>dos tomos</i> ).....                                                                             | 6       |
| 422 Ribbing. — La higiene sexual.....                                                                                                                       | 3       |
| 237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas ( <i>dos tomos</i> ).                                                                                               | 20      |
| 397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499. — Ricci. — Derecho civil ( <i>diez y nueve tomos</i> )..... | 134     |
| 285 Rod. — El silencio.....                                                                                                                                 | 3       |
| 409 Roguin. — Las Reglas jurídicas.....                                                                                                                     | 8       |
| 415 Roosevelt. — New-York.                                                                                                                                  | 4       |
| 529 Rossi. — Sociología y Psicología colectiva.....                                                                                                         | 6       |
| 453 Rozan. — Locuciones, proverbios.....                                                                                                                    | 3       |
| 346 Ruskin. — Las siete lámparas de la arquitectura                                                                                                         | 7       |
| 446-439 — Obras escogidas, ( <i>dos tomos</i> ).....                                                                                                        | 13      |
| 122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....                                                                                                                | 3       |
| 441 — Estudios sobre Virgilio                                                                                                                               | 5       |
| 49 — Tres mujeres.....                                                                                                                                      | 3       |
| 512 Saisset. — Descartes, sus precursores y sus discípulos.....                                                                                             | 7       |
| 381 Sansonetti. — Derecho constitucional.....                                                                                                               | 9       |
| 518 Sarcey. — Crónica del Sitio de París.....                                                                                                               | 6       |
| 84 Sardou. — La Perla Negra                                                                                                                                 | 3       |
| 242-344-372 Schopenhauer. — El mundo como voluntad y como representación ( <i>tres tomos</i> ).....                                                         | 30      |
| 241 — Fundamentos de la moral.....                                                                                                                          | 5       |
| 465 — Ensayos sobre Religión, Estética.....                                                                                                                 | 4       |
| 464 — La nigromancia.....                                                                                                                                   | 3       |
| 458 — Estudios de Historia filosófica.....                                                                                                                  | 4       |
| 448 — Eudemonología.....                                                                                                                                    | 5       |
| 508 Scheel y Mombert. — La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....                                                                | 4       |



| N.º del<br>Catál.º                                                        | Posetas |
|---------------------------------------------------------------------------|---------|
| 511 Schuré. — Historia del drama musical.....                             | 5       |
| 524 — Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....                          | 6       |
| 401 Sienkiewicz. — Orso. En vano.....                                     | 2       |
| 430 Sieroszewski. — Yang-Hun-Tsy.....                                     | 2       |
| 320 Sohm. — Derecho privado romano.....                                   | 14      |
| 378 Sombart. — El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX.....  | 3       |
| 256 Spencer. — De las leyes en general.....                               | 8       |
| 247 — La moral.....                                                       | 7       |
| 253 — El organismo social..                                               | 7       |
| 254 — El progreso.....                                                    | 7       |
| 257 — Ética de las prisiones.                                             | 8       |
| 255 — Exceso de legislación.                                              | 7       |
| 248 — La beneficencia.....                                                | 4       |
| 246 — La justicia.....                                                    | 7       |
| 260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...  | 9       |
| 249 — Las instituciones eclesiásticas.....                                | 6       |
| 251-252 — Las instituciones políticas ( <i>dos tomos</i> )..              | 12      |
| 258-259 — Los datos de la Sociología ( <i>dos tomos</i> )....             | 7       |
| 250 — Las instituciones sociales.....                                     | 7       |
| 343 — Las instituciones profesionales.....                                | 12      |
| 351 — Las instituciones industriales.....                                 | 4       |
| 488-489 Squillace. — Las doctrinas sociológicas ( <i>dos tomos</i> )..... | 8       |
| 362 Starcke. — La Familia en las diferentes sociedades                    | 10      |
| 262 Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho..                       | 5       |
| 341 Stirner. — El Único y su propiedad.....                               | 12      |
| 376-377 Stourm. — Los Presupuestos ( <i>dos tomos</i> )..                 | 9       |
| 475 Strafforello. — Después de la muerte.....                             | 15      |
| 449 Stuart-Mill. — Estudio sobre la religión.....                         | 3       |
| 291 Sudermann. — El Deseo.                                                | 4       |
| 263 Sumner-Maine. — El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....      | 3,50    |
| 264 — La guerra según el                                                  | 7       |

| N.º del<br>Catál.º                                                                         | Posetas |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| Derecho internacional.                                                                     | 4       |
| 266 — Las instituciones primitivas.....                                                    | 7       |
| 267 Supino. — Derecho mercantil.....                                                       | 12      |
| 403 Suttner. — High-Life...                                                                | 3       |
| 106 Taine. — Florencia.....                                                                | 3       |
| 268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa ( <i>cinco tomos</i> ).....       | 34      |
| 74 — La pintura en los Países Bajos.....                                                   | 3       |
| 310 — Notas sobre París....                                                                | 6       |
| 104-105 — Roma ( <i>dos tomos</i> ).                                                       | 6       |
| 107 — Venecia.....                                                                         | 3       |
| 334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea ( <i>cinco tomos</i> )..... | 36      |
| 359 — Los filósofos del siglo XIX.....                                                     | 6       |
| 521 — Tito Livio.....                                                                      | 4       |
| 272 Tarde. — El duelo y el delito político.....                                            | 3       |
| 273 — La criminalidad comparada.....                                                       | 3       |
| 271 — Las transformaciones del Derecho.....                                                | 6       |
| 500-506 — Filosofía penal, ( <i>dos tomos</i> ).....                                       | 14      |
| 339-360 Todd. — El gobierno parlamentario en Inglaterra ( <i>dos tomos</i> ).....          | 15      |
| 400 Tehekhof. — Un Duelo..                                                                 | 1       |
| 239 Thorold Rogers. — Sentido económico de la Historia.....                                | 10      |
| 134 Tcheng-Ki-Tong. — La China contemporánea..                                             | 3       |
| 5 Tolstoy. — Dos generaciones.....                                                         | 3       |
| 7 — El ahorcado.....                                                                       | 3       |
| 71 — El camino de la vida..                                                                | 3       |
| 63 — El canto del cisne...                                                                 | 3       |
| 77 — El dinero y el trabajo.                                                               | 3       |
| 10 — El Príncipe Nekhli..                                                                  | 3       |
| 81 — El trabajo.....                                                                       | 3       |
| 15 — En el Cáucaso.....                                                                    | 3       |
| 115 — Fisiología de la guerra                                                              | 3       |
| 52 — Iván el imbecil.....                                                                  | 3       |
| 117 — La escuela.....                                                                      | 3       |
| 1 — La sonata á Kreutzer.                                                                  | 3       |
| 95 — Lo que debe hacerse..                                                                 | 3       |
| 48 — Los Cosacos.....                                                                      | 3       |
| 90 — Los hambrientos.....                                                                  | 3       |
| 3 — Marido y mujer.....                                                                    | 3       |

(Continúa.)